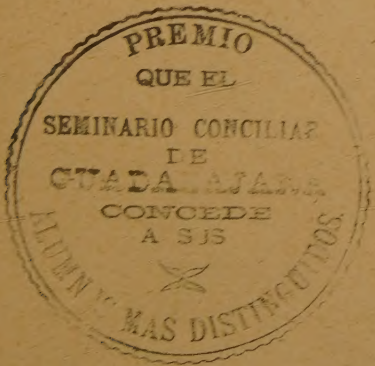
LA ENTRADA EN EL MUNDO

4 π

97-14

LA

ENTRADA EN EL MUNDO



LA

ENTRADA EN EL MUNDO

ó

GUIA PRACTICA

DEL JOVEN CRISTIANO

CUARTA EDICION CORREGIDA Y AUMENTADA

CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA

MADRID

IMPRENTA DE LA VIUDA É HIJO DE D. EUSEBIO AGUADO

calle de Pontejos, 8

1883

Es propiedad.—Queda hecho el depósito que marca la ley.

PROLOGO

DEL que encabezan las tres ediciones hasta hoy publicadas de esta obrilla, (*) reproduzco los párrafos siguientes:

«Porque si bien es cierto que, como el título mismo de esta obrilla lo dice, va encaminada particularmente á los jóvenes cristianos, con todo, por ti mismo verás,

(*) En las tres primeras ediciones este libro, que formaba el tomo IV de la *Biblioteca Manual del Cristiano*, llevaba el título siguiente: «*Guia práctica del Joven Cristiano, ordenada por D. Gabino Tejado, conforme á la obra escrita en Italiano por el Reverendo P. Bresciani, de la Compañía de Jesus, con el título de Avisos para conservar el fruto de la buena educacion recibida en el Colegio.*» Despues de haberlo pensado bien han creido más conveniente los editores mudar el título, poniéndolo como va en la portada.

lector benévolo, que, cualesquiera que sean tu edad, sexo y condicion, fácilmente puedes aplicarte y utilizar en provecho tuyo todas y cada una de las advertencias dirigidas aquí en especial á la juventud.

»Por de pronto, si fueres padre ó madre de familia, ayo, maestro ó, bajo cualquier otro concepto, director de jóvenes, no podrás negarme cuán necesario te sea conocer los especiales peligros que rodean en la época presente á esta preciosa porcion del humano linage, para que, avisado del mal que le amenaza, sepas evitarlo ántes que llegue, ó remediar en cuanto fuere posible sus estragos, si por desgracia no hubieres podido prevenirlos.

»Si además consideras que, dirigiéndose este librejo á los que entran ahora por las puertas del mundo, necesariamente ha de mostrarles lo que en general es la vida humana, y lo que es en particular la del siglo nuestro, tampoco me negarás, lector prudente, que sea precisa obligacion de todo hombre en comun, y en especial de todo cristiano, saber de la vida humana y del tiempo en que se vive, lo conveniente para conocer los males y los remedios, los

peligros y las precauciones, las armas de ataque y los escudos de defensa.

»En cuanto á vosotros, jóvenes cristianos, á quienes va directa y particularmente encaminada esta obrilla, recibidla con buena voluntad, os ruego, y sin recelos ni desdenes. Es el mensaje de recuerdo amoroso que, al despedirse de su juventud, os manda un leal amigo; es un libro de memorias en que os da anotadas sus propias y ajenas observaciones y experiencias, sus ilusiones y sus desengaños.

»Yo no he encontrado verdad sino en lo que Jesucristo me enseña: yo no he logrado ningun bien sino practicando lo que su santa Iglesia me manda. Aquí teneis porqué os invito á surcar las turbulentas ondas del piélago mundano sentados en la barquilla de S. Pedro, y bajo el estandarte de Jesus. La propia voz de Dios es la que me enseña que solamente bajo este estandarte, y en aquella barquilla puede el mísero navegante hallar rumbo derecho y puerto seguro.

»Declarado así mi propósito, é indicados los medios sustanciales de que uso para cumplirlo, exige ahora mi sinceridad

de cristiano que os diga cuatro palabras acerca de la portada de este tomito. En ella pongo por responsable de la presente obrilla, otra que escribió en italiano el R. P. A. Bresciani, de la Compañía de Jesús; y en descargo de mi conciencia, necesito daros una breve explicacion sobre este punto.

»El título mismo del opúsculo del Padre Bresciani indica ya claramente que su objeto y materia son idénticos en sustancia á los tratados en el presente. Si á esta identidad de objeto y materia se agrega la justísima autoridad que por su apostólico celo, por su ilustracion, por sus talentos y por sus virtudes merece en todos conceptos aquel dignísimo religioso, se comprenderá porqué he tomado su precioso opúsculo por regla y modelo de este mi humilde trabajillo....

»Pero la obra del P. Bresciani fué escrita ha ya veinte años; fué además aplicada á las especiales costumbres de Italia en aquel tiempo; y lo que es más, se proponia especialmente el provecho espiritual de una determinada clase de la juventud italiana, como lo indica el título mismo

de la obra, el cual, literalmente traducido dice: *Avisos (ammonimenti) de Tionide al jóven Conde de Leon. Medios para conservar el fruto de la buena educacion recibida en el Colegio.*

»Si habia, pues, de hacerse extensivo el provecho de estos *avisos* á toda la juventud contemporánea de nuestra España, necesario era darles nueva forma, de modo que pudiendo aplicarse á todas ó la mayor parte de las clases de la sociedad, se acomodaran tambien á las especiales necesidades y gustos de nuestra patria y de nuestro tiempo.

»Con este ánimo y propósito puse manos á la obra, cuyo resultado es la *Guia práctica del joven cristiano*, que ahora traigo bajo tu amparo, benévolo lector. Todo lo sustancial que hay en las piadosas y amenas páginas del P. Bresciani, he procurado que tambien se halle en éstas. Las formas son distintas; pero el espíritu, el propósito y la intencion son unos mismos en el presente libro y en el que le sirve de modelo y regla.

»El público español se dignará concederme que yo debia esta leal explicacion

á mi conciencia, á la juventud cuya atencion reclamo, á los lectores cristianos todos, y por último, al respetabilísimo é ilustre religioso cuyo nombre me he atrevido á estampar en la portada, y el cual tendría muy sobrada razon para quejarse de mí, si por una falsa modestia ó por una interesada omision, le hubiera yo puesto por responsable de desaciertos solamente mios.

»Conste, pues, que sin reservas ni disculpas me declaro exclusivamente reo de toda falta que el hombre piadoso y discreto pueda hallar en el presente libro. Consiento, y aun ruego, que lo bueno y útil que aquí se hallare, se adjudique de lleno al Rdo. P. Bresciani; que á él pertenece de derecho, pues por él me ha sido inspirado, y sin él acaso no me hubiera ocurrido.

»Siguiendo la pauta que él me trazaba he procurabo ¡oh jóvenes cristianos! proponeros algunos medios seguros para auxiliaros, en cuanto estuviere de mi parte, á conocer y evitar los peligros que contra vosotros suscitan, por un lado la natural flaqueza de la humana condicion, y la anti-

gua malicia del mundo en todos tiempos y lugares, por otro lado el ímpetu mismo de vuestro inexperto ardor juvenil, y las especiales perversiones de la triste edad en que vivimos.

»Al ver cómo la antigua malicia del mundo, junta con la sistemática depravacion que en el siglo presente os asedia, conspiran para pervertir á un tiempo mismo vuestra inteligencia y vuestro corazon, he querido mostraros al desnudo las grandes llagas abiertas por el error y el vicio en nuestra sociedad contemporánea, y ofreceros la única medicina capaz de sanarlas; es decir, la práctica sincera de nuestra santa Religion Católica.

»Y como quiera que esta medicina, por lo mismo que es la única eficaz, sirve hoy de blanco á los privilegiados ataques de la ignorancia y de la malicia, por eso he juzgado necesario consagrar una gran parte de la tarea presente á manifestaros la táctica especial de los varios enemigos de nuestra fe, y á daros armas seguras con que os defendais de sus ataques.

»Ciertamente mi propósito es harto más grave y más vasto de cuanto cabe en

la brevedad y sencillez del opúsculo que os ofrezco. Creo, sin embargo, haberos indicado lo más preciso para que os pongais en guardia contra las asechanzas del enemigo, ó cuando ménos para despertar vuestra curiosidad, y llamaros la atencion hácia riesgos que acaso no sabeis prevenir sino porque no estais bien avisados.

»Seguid, pues, hijos mios, seguid con confianza las breves advertencias que en este librillo os ofrezco; pues no es mi particular opinion ni mi pobre escasísima ciencia lo que os doy en ellas, sino que, como un eco fiel, os repito cuanto para un hombre sensato y de recto corazon recomiendan la voz de la razon, la del género humano, la de Dios y la de la santa Iglesia, fundada por su Hijo Unigénito Nuestro Señor Jesucristo.»

Muchas y muy graves cosas han acontecido en España desde que ha un cuarto de siglo que se publicaron por primera vez los párrafos preinsertos. No poco, por desgracia, se han acrecentado los males que ya entónces deploraba su autor, y los peligros que preveia. Quizás hoy, si hubiera de escribir un libro análogo á este, serian

más amargas sus querellas, y sus censuras más acres; pero quizás más bien nada ganara en ello el noble propósito que guió entónces su pluma.

Ya que hay, pues, quien se digna considerar este librejo bastante útil para reproducirle á su costa, salga de nuevo á luz tal y como fué compuesto de primera mano, sin más novedad que la del título y algunas correcciones de estilo y de lenguaje, acomodadas á ciertos cambios accidentales ocurridos en el proceso de nuestra vida pública, junto con alguna que otra adicion á lo sustancial del tratado, necesaria hoy para completar su objeto y su fin.

Pobre y todo como es la obrilla, parece ¡bendito sea Dios! que ha logrado algun bien: la divina misericordia quiera multiplicar sus frutos.

G. T.

INTRODUCCION.

Acabas de entrar en tu juventud, lector querido, y supongo que, ya en tu casa paterna, ya en Colegios ó Universidades, has recibido constantemente una sólida educacion. Juzgo, pues, preparado tu entendimiento con saludables enseñanzas, y fortalecido tu corazon con el ejercicio ilustrado, sincero, continuo de cristiana piedad y de prácticas religiosas.

Tu vida ha estado toda entera bajo la tutela y amparo de tus padres y de tus maestros. Hoy empiezas en cierto modo á pertenecerte á ti mismo; dejas de ser niño para empezar á ser hombre. Vas á entrar, pues, en un mundo que no conoces, y á encontrarte agitado por afectos que todavía no has sentido.

Bien puedo, por tanto, compararte á un lozano y robusto arbolillo recien arrancado del vivero, para ser trasplantado á campo abierto en que dé sus esperados frutos: si el experto agri-

cultor no cuida de sacar las raíces envueltas y resguardadas con gruesa capa de la tierra madre donde brotó la tierna planta, corre grave riesgo de que, al ser ésta trasplantada, ó se seque, ó crezca sin lozanía, ó degenere y, en vez de sabrosos frutos, no los produzca sino ásperos y bravíos.

No vayas, pues, á creer que desde el momento de completar tu primera educacion puedes abandonarte, juzgando que nada te obliga ya á cultivar tu corazon y tu inteligencia. Léjos de esto te aseguro que jamas has necesitado tanto de exquisita vigilancia y de continuos avisos como en este solemne instante en que comienzas á vivir la vida de los hombres.

Muchos padres hay que, por haber desconocido esta verdad, tienen la culpa de que sus jóvenes hijos, á quienes han visto salir de la niñez sencillos, pudorosos, sumisos, prudentes, llenos, en fin, de bondad y religion, se les vuelvan en poco tiempo díscolos, insolentes, desatentos, é inclinados á todo género de depravaciones.

Muy comun es que, en este caso, los padres mal avisados echen toda la culpa á los maestros de sus hijos; sin ver que los maestros, por buenos y sabios que sean, nada más pueden hacer sino despertar gérmenes de bien en las almas de los niños, é infundirles las primeras reglas y prácticas, que deben ser despues sostenidas y fecundadas en el curso de la vida.

La virtud en el alma del jóven rara vez es tan sólida y firme que no necesite de guias y puntales para no derrumbarse con estrépito: semejante al brote de la primavera, basta una helada, una racha de viento ó la menor rozadura para marchitarlo y arrancarlo de su rama.

¿Cómo extrañar, pues, que si al jóven inexperto le dejamos correr sin freno alguno, ó, lo que es peor, si le aguijoneamos con nuestro propio ejemplo, se precipite desbocado por sendas de perdicion? Démosle barro á mano, como suele decirse; dejémosle gastar y triunfar á su albedrío; pongámosle en plena libertad de escoger sus compañías y recreos; digámosle, si es menester, que no sea tan apocado que parezca un novicio; enseñémosle en toda regla el hediondo código de la deshonesta galantería y del falso pundonor; desatémonos ante él en invectivas contra la autoridad de nuestros legítimos Príncipes, escarnezcamos á su vista la virtud modesta, la piedad y el decoro; abrámosle nuestra biblioteca abundantemente surtida de todo género de venenos en forma de filosofía, de historia y de novela; hagamos todo esto, y quejémonos luégo de que nuestro mancebo sea un libertino precoz, un ateo desvergonzado, un espadachin provocativo, un petulante insufrible; ¡y digamos que la culpa es toda de los maestros y directores de su educacion, que no han sabido formarle en la escuela de la rectitud y del buen sentido!

Desengañaos, padres de familia: esto de educar á un hombre es obra más difícil, más larga y más atendible de cuanto podeis figuraros.

Pero no hay por esto que arredrarse: que vuestros hijos vean en vosotros buen ejemplo; que se convenzan de que jamas los abandona vuestra paternal vigilancia; y que, al dulcísimo calor del hogar doméstico, aprendan de sus madres aquellas reglas de conducta que sólo la dulzura de las madres cristianas sabe comprender y sabe inspirar; y estad seguros de que vuestros hijos no serán más ni ménos que lo que vosotros hayais querido que sean.

En cuanto á vosotros, amados jóvenes mios, oid sin empacho ni desconfianza los consejos que voy á daros. Algunos de ellos me han sido enseñados por experiencia bien dolorosa.

No creais que se trata de convertiros en cartujos, ni de espiar vuestros pensamientos y vuestros pasos con un recelo nimio que os moleste y os ofenda: no penseis que se quiere condenar todos vuestros afectos, y reprobar todas vuestras inclinaciones. No, amados mios. Empezais la vida de hombres; no se trata más sino de mostraros lo que es el hombre. No pretendo yo cerraros el paso al camino de las rosas; no quiero más sino mostraros dónde están las espinas.

Venid conmigo: hagamos juntos el viaje de la vida: yo ya sé en dónde se encuentran los pasos peligrosos, las sendas torcidas que con-

ducen al abismo, los pantanos infectos á cuyos bordes hemos de pasar, las pérfidas mansiones donde, buscando placer y reposo, nada más hallamos sino dolor y muerte.

I.

CREENCIAS RELIGIOSAS.

Ante todo procurad, amados mios, poner en Dios el principio y el fin de todas vuestras acciones; pues siendo Dios la fuente de todas las virtudes como supremo bien, preciso os es referir á su santo servicio vuestra vida entera, si quereis mantener sólido y firme en vuestro corazon el gérmen de las virtudes que en la niñez hayais practicado.

Amad á Dios, os digo, y pensad que sólo le ama el que guarda sus santos Mandamientos: confiad en su misericordia y temed su justicia, pues ya sabeis que *el temor de Dios es el principio de toda sabiduría;* y miéntras quede un resto de él en vuestro corazon, nada será irremediablemente perdido para vosotros, por grandes que sean los peligros que os cerquen, y los dolores con que Dios quiera probaros.

Pensad frecuentemente, hijos mios, en que esta vida no es sino valle de lágrimas, y que nuestra humana condicion nos condena á gozar

de escasos bienes, mezclados con un sin número de males.

Pensad que en lo más florido de vuestra primavera, cuando más bello os parezca el mundo, y más sueños de felicidad os prometa lo porvenir, puede repentinamente tocaros la mano de Dios, y borraros del número de los vivientes.

Pensad que ya, como hombres que sois, conocedores del bien y del mal, no tendreis bastante excusa ante el Eterno Juez si habeis violado sus Mandamientos; que no os valdrá alegar ni la inexperiencia de la juventud, ni el ardor de las pasiones. En el mundo y ante los hombres, la mocedad suele servir para disculpar extravíos que ante Dios no tienen disculpa que valga.

Porque, si es verdad que el mozo sabe ménos que el hombre maduro, sabe, sin embargo, lo bastante para ser responsable ante Dios de las ofensas que le haya causado. Y ser responsable ante Dios, hijos mios, vale tanto como tener que darle cuenta estrecha de un alma que, ó eternamente privada de la vista de Dios padecerá tormentos indecibles y sin término, ó eternamente moradora en las mansiones celestiales, gozará sin fin, al par de los Angeles, las inefables purísimas delicias de la bienaventuranza.

Esta es vuestra fe, jóvenes cristianos: esta es la fe que, ademas de ser tan conforme á lo que la recta razon os dicta, y tan apropiada para satisfacer todos los nobles deseos de vuestro cora-

razon, tiene por irrecusable testimonio y confirmacion de su verdad la palabra de Jesucristo, la palabra de Dios-Hombre, depositada perpetuamente, y perpetuamente predicada por su santa Iglesia católica.

Esta es la fe que ya oisteis en el regazo de vuestras buenas madres, en cuanto pudisteis entender una palabra humana. Esta es la fe que aprendisteis de labios de vuestros maestros, y que habeis visto profesar á parientes, amigos y conciudadanos. Esta es la fe que confesasteis en el templo del Señor, postrados ante el ara del santo Sacrificio, cruzadas las manecitas infantiles, y clavados los ojos inocentes en la imágen del Redentor divino. Esta es la fe que recibisteis en la pila bautismal, y en la que fuisteis confirmados por el Sacramento, por la palabra y por el ejemplo del Sacerdote á quien Jesucristo dió encargo y potestad de ilustrar, de dirigir y de purificar vuestras almas para salvarlas.

Esta es vuestra fe. Procurad guardarla, no ya solamente como el más precioso, sino como el único tesoro de riquezas que jamas padecen menoscabo, ántes bien, acrecidas perpetuamente en el corazon del bueno, pueden darle cada dia abiertas más de par en par las puertas de la eterna bienaventuranza.

II.

PRÁCTICAS RELIGIOSAS.

Pero esta misma fe os enseña que no basta ella sola para vuestra salvacion, si no la avivais y fecundais con obras que, ante Dios, y ante el mundo tambien, os presenten como verdaderos cristianos.

Si en los negocios comunes de la vida es una verdad que no basta ser buenos, sino que es ademas preciso parecerlo, considerad vosotros lo que esta verdad crece en importancia, cuando se aplica á los negocios de nuestra Religion.

Dios, autor supremo de nuestro cuerpo como de nuestra alma, quiere que con todo nuestro ser, con todas nuestras facultades, con nuestro corazon y nuestros sentidos, le tributemos perpetuo homenage de reconocimiento y de gratitud. Por eso nos exige *culto interno*, es decir, adoracion en espíritu y en verdad, por medio de la *fe* que nos ilumine, de la *esperanza* que nos aliente y restaure, y de la *caridad* que, abrasándonos en santo fuego de amor de Dios por ser quien es, y de amor de nuestros prójimos por ser hijos de Dios como nosotros, vivifique nuestra fe, y aumente nuestra esperanza. Por eso tambien nos exige *culto externo*; es decir, que con-

fesemos con los labios la fe que tenemos en el corazon; que levantemos nuestros ojos al cielo, donde ponemos nuestra esperanza; que doblemos, en acto de humilde adoracion, nuestras rodillas para postrarnos ante su inmensa majestad, como siervos que somos de ella; que le reverenciemos, en fin, predicando la doctrina, rezando las oraciones, recibiendo los Sacramentos, practicando las obras que nos enseña y manda nuestra santa Madre la Iglesia.

¿Qué cosa más justa, ni más natural tampoco? ¿Habíamos de negar á Dios las demostraciones exteriores de amor y de respeto que tributamos á sus criaturas? ¿Creemos justo, ni nos satisface tampoco, encerrar dentro de nuestros pechos el amor que la simpatía, la gratitud, el trato ó cualquier otra causa nos inspiran hácia una persona? No: vemos al amigo, y estrechamos su mano; ausentes de él, le escribimos para comunicarle nuestro afecto: hallamos en la calle á una persona de respeto para nosotros, y nos descubrimos ante ella, y le cedemos el paso: doblamos la rodilla ante nuestros Reyes: con nuestros inferiores mismos, con los desconocidos nos juzgamos obligados á practicar ciertos actos exteriores que el mundo llama *afabilidad urbana*, *decente cortesía*.

Pues si todo esto nos parece justo y natural en cuanto se refiere al trato comun de la vida, ¿cómo no ha de serlo respecto á nuestro Dios y

Señor, cuando ademas sabemos que así nos lo enseña y manda por la voz de su Iglesia?

Las *prácticas religiosas* son, pues, amados mios, una parte tan esencial de nuestros deberes religiosos, que en vano se llamará cristiano, ni mucho ménos católico, el que las descuide ó menosprecie. Con ellas obedecemos á Dios que nos las impone; con ellas satisfacemos un impulso natural de nuestro corazon; con ellas perpetuamos y confirmamos el hábito de adorar interiormente á Dios á quien exteriormente reverenciamos; con ellas estrechamos el vínculo de union que nos liga con nuestros hermanos en la fe, dándoles saludable ejemplo con que les recordemos sus propios deberes.

III.

LOS DESPREOCUPADOS.

Todo esto son las *prácticas religiosas*. Conveniente me ha parecido explicároslo, á fin de que desoigais y desprecieis, como es justo, la doctrina y el ejemplo de tantos desgraciados como hallareis por el mundo en estos tiempos, que indiferentes ó adversos á las verdades de nuestra santa Religion, quisieran que, ó no pensáramos jamas para nada en que somos cristianos, ó nos fabricáramos una religion sentimental

y vaga, que á nada nos obligase, que en nada mortificase las depravadas inclinaciones de nuestra corrompida naturaleza.

Estos tales son los que el mundo llama *despreocupados*. Los hay de varias especies:

1.ª Los *sibaritas*. Estos son los que, dados por naturaleza y costumbre á toda clase de goces sensuales, profesan la máxima de que el hombre ha nacido para regalar su cuerpo, para no negarse gusto alguno, y para huir de toda contrariedad y mortificacion. ¿Cómo han de amar ni practicar estos una Religion que nos impone como deber fundamental el sacrificio de nuestras pasiones y la guerra perpetua con nuestros apetitos?

2.ª Los *positivos*. Estos creen que el hombre no tiene que hacer otra cosa en este mundo más que enriquecerse, y que las sociedades no deben pensar en otra cosa sino en los progresos materiales á que hoy se da, mala é imperfectamente, el nombre de *civilizacion*. Para éstos, el bello ideal de un individuo es el que amontona más oro en ménos tiempo, sean cualesquiera los medios; y el bello ideal de una sociedad es el de la que absolutamente no piense en otra cosa más que en hacer florecer las artes, las ciencias humanas, su comercio y su industria. Figúranse que el hombre muere todo entero, y que más allá de este mundo sólo está la nada. ¿Para qué quieren éstos la Religion? Así es que, ó no piensan en ella, ó la persiguen.

3.ª Los *sabiondos*. Llamo así á los falsos sabios, los filosofastros pedantes, adoradores de sí mismos, que se desdeñan de humillar su entendimiento, y de doblar sus rodillas ante el Sumo Dios incomprensible. Segun éstos, la Religion es cosa buena, cuando más para las mujeres, y para la gentecilla de poco pelo, que no sabe trepar á las alturas vaporosas de sus extravagancias filosofescas. ¿Cómo han de practicar éstos una Religion que nos pide entendimiento y corazon humildes? ¿Cómo ha de adorar á Dios el hombre que se adora á sí mismo como á una divinidad?

4.ª Los *sentimentales*. Estos son necios que, desdeñando estudiar las verdades religiosas, y estragados con el hábito de no tener más regla ni guia de sus acciones que los impulsos de su corazon, se figuran haberlo hecho todo con reconocer la existencia de un Dios, á quien de todos modos no pueden negar, y con profesar á los hombres un amor frio, inactivo, débil, que jamas ha producido una verdadera obra de caridad. Oyelos cantar con frases rimbombánticas las magnificencias del Criador y del mundo; míralos asistir á una comedia sentimental, ó leer una novela *humanitaria*, y verás cuál se deshacen en lágrimas de ternura, que no parece sino que son Angeles en forma humana. Pero diles que sacrifiquen al cumplimiento de sus deberes una sola de sus pasiones, uno solo de los capri-

chos de su corazon, y te llamarán tirano, gritando que quieres matar sus legítimas facultades, y convertirlos en estatuas. Para éstos la Religion cristiana es cosa muy bonita en cuanto les promete bienaventuranzas y les asegura de la misericordia de Dios; pero habladles de la justicia del Juez eterno; habladles de las penas con que amenaza á los despreciadores de su ley; mostradles las condiciones de abnegacion, de sacrificio, de humildad con que nos promete otorgarnos los tesoros de su bondad y clemencia; decidles que deben reprimir sus pasiones, sujetándolas al yugo de la razon; decidles que deben reconocer sus pecados, y confesarlos al Sacerdote de Jesucristo, y arrepentirse de ellos, y procurar la enmienda; decidles, en fin, que no son los impulsos ciegos del corazon los que pueden salvar nuestras almas, sino la fiel obediencia á los preceptos de la Iglesia católica; y os mirarán con cierto aire de compasion como á unos pobres hombres llenos de *preocupaciones jesuíticas*, de supersticiones plebeyas, y os volverán desdeñosamente la espalda para continuar profesando su comodísima religion, que no les estorba dar rienda suelta á las pasiones. Cuando *con el impulso de su corazon* hayan pervertido á una persona que era buena ántes de conocerlos; cuando les reconvengais porque con su sentimentalismo poético y vaporoso han causado la deshonra y la desgracia de una familia, todavía

tendrán el descaro bastante para deciros que lo sucedido «es una fatalidad, pero no culpa suya, porque su amor era puro».

Quisiera haber dibujado con perfeccion á esta casta de *sentimentales*, para que dierais su debido valor á las declamaciones de muchos, que vereis acaso extasiarse ante las grandezas del culto católico, y hasta celebrar enfáticamente ciertas bellezas de la Religion, y que sin embargo tienen y profesan, cuando bien los examinais, la propia religion que un caballo. Afectuosos quizá en su trato, melifluos en sus frases, y aun hasta dotados de cierta bondad (de la bondad que consiste en no hacer á otros cierta clase de males, contentándose con respetar su vida y hacienda, es decir, con no ser ladrones y asesinos), hallareis al fin de vuestro exámen, que en aquellas almas cauterizadas no cabe ni una idea generosa, ni un pensamiento varonil, ni un acto verdaderamente cristiano; hallareis, en suma, que á pesar de las formas, no hay allí más que un egoismo brutal y detestable.

Tal es la religion del *sentimentalismo*.

5.ª y última. Los *malvados*, que conocen y saben perfectamente cuánto es y cuánto vale la Religion católica para hacer verdaderamente buenos á los hombres, y verdaderamente libres á los pueblos; pero que, por lo mismo que saben y conocen esto, persiguen con injurias, con sarcasmos, con calumnias, de palabra y por escrito

una Religion que perpetuamente será un poderoso dique para impedir que su avaricia se apaciente de oro, y su ambicion tiranice á los pueblos. Estos son los desvergonzados, insultadores del Pontificado y del Sacerdocio, los opresores sistemáticos de la libertad de la Iglesia, los entusiastas encomiadores del *libre exámen* y del Protestantismo, nacido del libre exámen; los que pretenden divorciar la fe de la razon, y hacer á la palabra divina esclava ó reo de la miserable ciencia humana. Estas fieras dañinas son tanto más ó ménos violentas en sus ataques contra la Religion, cuanto mayor ó menor es su habilidad para encubrir los fines que se proponen. De ellos los hay que con toda la moderacion del mundo, con las apariencias más plausibles de racionalidad y tolerancia, bajo la fama de hombres sensatos y despreocupados que les granjean los necios y los bribones, saben ocultar el odio que profesan á la Iglesia de Jesucristo, y la sórdida avaricia ó la ambicion satánica que les roe las entrañas. Ya os los daré á conocer más adelante con todos sus pelos y señales, para que sepais evitar su conversacion y compañía.

Tales son, amados jóvenes mios, las principales sectas de *despreocupados* que os hallareis en todos los caminos y paradas de vuestro comenzado viaje por el mundo. Estos son los que, bajo todas formas, en todas partes y de todas las maneras posibles, querrán arrancaros del co-

razon vuestra fe, apartándoos de la fiel observancia de vuestras prácticas religiosas.

Pero Dios no os abandonará, á poco que pongais de vuestra parte. Estadme atentos, mientras que yo, enseñado por mi experiencia propia, os indico algunas reglas breves, claras y fáciles de observar, que espero en Dios han de poneros á cubierto de las asechanzas de los malvados, y de vuestros propios extravíos.

IV.

PLAN GENERAL DE VIDA.

Sois ya hombres, y como á hombres quiero hablaros.

El hombre, amados mios, no es ni puro espíritu ni pura materia. Dios nos ha dado un alma racional, distinta sin duda en todo de nuestro cuerpo, pero tan íntima y misteriosamente unida con él, que todavía no ha habido, ni probablemente habrá jamas ninguna ciencia humana que descubra y explique esta union, tan verdaderamente incomprensible, que, miéntras por un lado nos muestra á las claras hallarse compuesto nuestro ser como de dos hombres distintos, nos muestra por otro lado, y no ménos claramente, que este nuestro ser, tan dividido así en dos par-

tes tan distintas, es, sin embargo, el de un solo y único hombre.

La Religion, maestra infalible de toda verdad, nos enseña con sus dogmas, con sus preceptos y con sus consejos, todo cuanto nos importa saber y conocer acerca de esta union misteriosa, para que cumplamos el fin á que fuimos creados. Reglas y consejos nos da la Doctrina cristiana para enseñarnos á dirigir y gobernar nuestra carne y nuestro espíritu; dogmas nos ha revelado que llegan, en último exámen, á explicar el porqué de esas reglas y de esos consejos que nos propone.

Dícenos que en el juicio final, cuando ya nuestras almas, juzgadas por el Supremo Juez, estén gozando el premio, ó padeciendo el castigo de sus buenas ó malas obras, resucitarán nuestros cuerpos, y volviéndose á juntar á nuestras almas, eternamente gozarán, ó padecerán eternamente con ellas.

Este dogma, pues, nos enseña que en la vida eterna han de morar nuestros cuerpos y nuestras almas tan unidos é indivisos como lo están en ésta; y por consiguiente, nos explica el cómo alcanza la responsabilidad de nuestras acciones á una y otra de estas dos partes componentes de nuestra humana naturaleza.

Aquí teneis, hijos mios, uno de los principales motivos porqué la Religion nos impone tantos preceptos, y nos da tantos consejos que al

parecer sólo tienen que ver con nuestros cuerpos, como son los ayunos, las mortificaciones, la templanza, la castidad de obras y palabras, y otros semejantes.

Pues aprendamos de este grande y divino Maestro; y al ordenar el plan general de nuestra vida, tengamos igualmente en cuenta nuestros cuerpos y nuestras almas. ¡Desdichado el que, pensando sólo en la conservacion ó mejoramiento de su cuerpo, se olvida de cultivar y santificar su espíritu! ¡Desdichado el que, pensando sólo en su espíritu, y dejando su carne abandonada al ciego impulso de todos sus apetitos bestiales, deja que los vicios profanen un cuerpo que Dios se digna tomar por templo suyo en el Sacramento de la Eucaristía!

Cuerpo y alma viven aquí unidos en un solo ser; cuerpo y alma han de estarlo tambien en la vida futura. Velemos, pues, por ambos con igual atencion, proponiéndonos como fin último, *que el alma esté siempre lo más cerca de Dios, y el cuerpo lo más léjos de la tierra que sea posible.*

¿Cuáles serán los medios adecuados para lograr este fin? Voy á proponeros los principales, y de este modo os dejaré indicadas las reglas constantes, que, en todo el curso de vuestra edad, en cualquier estado ó circunstancias que os hallareis, deben ser guia perpetua de vuestra conducta, y base fundamental de vuestro plan de vida.

Estos medios principales son:

1.º La oracion cotidiana.

2.º La frecuencia de Sacramentos.

3.º La eleccion de un buen director espiritual.

4.º El trabajo cotidiano.

5.º La sobriedad y templanza.

De todos os iré hablando lo que juzgo importaros más.

V.

LA ORACION COTIDIANA.

Ante todo os encargo que no os dejeis vencer del sueño; consultad con ilustrados y prudentes consejeros, y con vuestra propia experiencia las horas que realmente necesitais dormir cada dia para conservar vuestra salud. No contraigais, por Dios, el detestable hábito de velar, sin urgente necesidad ó manifiesta conveniencia, hasta las altas horas de la noche. Perversa costumbre es ésta, introducida por desgracia en nuestra España, que contribuye, mucho más de cuanto podeis figuraros, á quebrantar no sólo las fuerzas del cuerpo, sino tambien las del espíritu; y que es causa, sobre todo, para producir en nuestro sistema completo de vida un desconcierto y una irregularidad bastantes á

perturbar é impedir el exacto cumplimiento de nuestros deberes cristianos y civiles.

No otra cosa nos enseña el antiguo refran: *á quien madruga, Dios ayuda.* Dios no es amigo de los holgazanes, perezosos y disipados; y de seguro á esta especie pertenece el que gusta de trasnochar, y regodearse entre linos hasta las tantas de la mañana, trastornando el órden eterno de Dios, que para una cosa hizo la noche, y para otra el dia.

Acostumbraos á recoger algunos instantes vuestra mente ántes de acostaros; á poneros humildemente en la presencia de Dios para hacer un atento exámen de vuestras palabras, pensamientos y actos durante el dia trascurrido; á pedir perdon de vuestras culpas ó faltas cometidas, y gracia para enmendaros y corregir vuestras imperfecciones. ¿Qué jóven de elevados sentimientos querrá prescindir de esta saludable práctica de levantar el corazon á su Dios cuando va á entregarse al sueño? Tanto valdria acostarse como un perro, sin otro deseo ni más preparacion que el estímulo ciego de un brutal instinto.

Haciendo lo que os digo, lograréis un sueño tranquilo, puro, reparador, y podreis madrugar sin esfuerzo alguno, y mezclar vuestras oraciones á los sublimes acentos con que la Iglesia de Dios saluda con sus cantos al nuevo dia.

Porque eso es tambien lo primero que debeis

hacer apénas desperteis. El hombre sale del sueño como de la muerte á nueva vida; y la mente que al despertar se vuelve ante todo á Dios, recibe en sí propia aquel divino aliento que la reanima. No hagais lo que el bruto irracional que, en cuanto abre sus párpados, en nada más piensa que en llenar el vientre; ántes bien, hijos mios, vuestro primer pensamiento sea dar gracias á Dios, que os ha sacado de las tinieblas á la luz, y con un suspiro de amor ofreceros á su voluntad, y pedirle su asistencia soberana durante el dia que comienza.

Levantaos sin pereza, y doblad devotamente la rodilla para adorar á Dios, Padre y Señor nuestro. Llamad por medianera y amparo de vuestra juventud á la Madre Santísima de amor y de pureza, la bienaventurada Vírgen María, y saludad al Angel de vuestra guarda, que cubriéndoos con sus alas, llevará al trono del Eterno vuestras humildes oraciones.

Muy exactos os quisiera yo en la práctica esta de la oracion cotidiana, si bien os aconsejo que nunca sea prolija, ántes bien que sea tan breve como fervorosa, humilde y llena de confianza. No es el sobrecargarse de devociones minuciosas, más propias para fatigar el labio que para nutrir el espíritu, lo que verdaderamente estima y agradece Dios, sino el cordial y fervoroso ofrecimiento de todo nuestro ser. Acostumbraos, pues, á rezar con afectos de piedad

verdadera las oraciones que hayais rezado en comun con vuestros condiscípulos, las cuales suelen ser breves, jugosas, y tales que, prestándose á ser continuadas sin interrupcion durante toda vuestra vida, os sirvan, por decirlo así, de vínculo que perpetuamente os ligue con vuestra edad de inocencia, y con vuestros hermanos de la infancia.

De no hacer lo que en este punto os recomiendo, ¿qué resulta por lo regular? Que el jóven se cansa ó fastidia fácilmente, y acortando hoy una oracion, olvidándola enteramente mañana, va un dia tras otro quedándose punto ménos que sin ninguna; y á poco que se atraviese una gira de campo, una partida de caza, sucede que se levanta presuroso, se viste lo mismo, sale corriendo de su casa, aplazando el rezar para cuando vuelva; y cuando á la noche vuelve, llega cansado y rendido de tal modo, que quiera Dios se acuerde de persignarse ántes de entregarse al sueño. Por el contrario, el hábito de rezar poco y bueno, ademas de ser siempre oracion grata á Dios, que la acoge en olor de suavidad, se hace duradero, sin que en nada lo mermen ni impidan las más graves ocupaciones de la vida, ni los casos fortuitos.

Es tan exacto lo que os digo, que me ha sucedido muchas veces viajar en compañía de jóvenes á quienes su ilustracion y jovialidad no les impedia por cierto acordarse de sus coti-

dianas devociones, con tal fidelidad que, despues de haber corrido la posta toda una noche, al despertarse con el nuevo dia, y miéntras los demas viajeros (que á veces eran protestantes, ó algo peor) roncaban en los cojines de la diligencia, ellos se santiguaban y rezaban con la mismísima holgura que si estuviesen solos en su alcoba. Navegando tambien en buques de vapor, he visto á otros salirse muy tempranito de sus camarotes, y en llegando sobre cubierta, arrodillarse para invocar á Dios con alguna oracioncita breve y fervorosa, levantarse despues tan alegres, mezclarse con los demas viajeros, bromear largamente á propósito del marco, y en prácticas joviales pasar la mañana.

Tan cierto es que el ser cristiano como Dios manda, para nada en este mundo estorba, ni cuesta tampoco más trabajo que el querer de veras serlo, y tener á mucha honra el parecerlo siempre y en todas partes.

VI.

LA FRECUENCIA DE SACRAMENTOS.

Si la oracion cotidiana es el tributo de adoracion, de amor y de gratitud que diariamente ofrecemos á nuestro Dios y Señor, la Confesion y Comunion frecuentes son otras tantas

renovaciones que ante el ara santa del Cordero inmaculado hacemos del pacto con que le juramos fidelidad en la pila del bautismo: son á manera de descansos que vamos haciendo en el viaje de la vida, y desde los cuales, al medir el espacio ya recorrido, divisamos el que aún nos falta que recorrer, y restauramos las fuerzas para continuar nuestro camino.

Si sois cristianos sinceros, amados mios; si teneis en el alto precio que se debe la amistad de vuestro Dios, no habreis olvidado seguramente las inefables dulzuras que prueba el alma cuando, descargado el peso de sus culpas en el seno misericordioso del Sacerdote, juez de la penitencia, abrimos á nuestra vez el seno para recibir en él la misma carne, y sangre misma de nuestro Salvador Jesucristo, que se nos da como pan de vida en el augusto Sacramento. No habreis, no, olvidado el puro gozo en que el alma se inunda, las lágrimas tiernas, las celestiales delicias, los varoniles propósitos que hemos encontrado al jurar nuestra fe en manos de María Santísima, y de nuestro Angel custodio.

En verdad os digo que vivir apartado de los Sacramentos, y querer conservarse honrado, honesto, feliz y satisfecho de sí propio, cosa es imposible para quien guarde en su alma un solo resto de fe.

Sin duda que hallaréis en el mundo quien os diga lo contrario; no dejaréis de tropezar con

seductores, ó seducidos, que os afirmen que el hombre puede ser virtuoso, leal y fuerte sin necesidad de practicar la Religion frecuentando los Sacramentos. Pero yo á mi vez os afirmo que lo que esos hombres tienen por virtud, por lealtad y fortaleza, ó serán vicios verdaderamente horrorosos, ó meras apariencias de virtud, cuyos perfumes jamas llegan al cielo.

Con el propio interés que os recomiendo frecuentar los Sacramentos, os encargo tambien, queridos mios, que si absolutamente no os lo impiden gravísimas é inexcusables ocupaciones, asistais diariamente al santo sacrificio de la Misa.

Esta práctica viene á ser una manera de frecuentar los Sacramentos; pues bien sabeis que por ella participamos de los augustos misterios en que liberalmente se nos dispensan los frutos de la preciosa sangre de nuestro Señor Jesucristo.

Allí podreis tambien emplear un cuartito de hora, que bien poco es, en meditar las grandes verdades cristianas, buscando así para vuestro espíritu un pasto verdaderamente varonil, que no le deje enflaquecerse ni ser poseido por las pasiones que le cercan á todas horas, y mucho más durante la primavera de la vida. Tened presente que la mayor parte de los jóvenes á quienes veis rendidos y dominados por sus apetitos sensuales, no lo están sino porque han dejado enervarse su corazon, y disiparse su espíritu

por falta del nutritivo alimento que les dan la meditacion, la oracion y las lecturas espirituales.

Por última vez, pues, os ruego que asistais diariamente al santo Sacrificio, si quereis merecer siempre de Dios nuevos dones de virtud perseverante.

¡Ah! ¡y cómo os avergonzaria vuestro descuido en esta parte, si leyeseis las relaciones que cada dia nos hacen los misioneros de la América Septentrional, pintándonos los trabajos y fatigas que pasan los pobres cristianos esparcidos en la bahía de Hudson, en las costas de Terranova, y en las orillas del rio Colorado, para tener el consuelo de oir una Misa! ¡Espanta y enternece aquel valeroso afan con que se lanzan al través de rios helados y de inmensos desiertos de nieve, recorriendo á veces espacios de setenta y más leguas para llegar al pie de algun humilde templillo de madera, y no cabiendo en su reducido espacio, estarse horas enteras arrodillados en medio de la nieve, descubierta la cabeza, inclinada la frente, y venciendo con el interno calor de su fe y de su caridad el frio que hiela sus miembros! Y aun no pára en esto su piedad; pues suele acontecer que, no pudiendo el santo misionero confesarlos á todos durante el dia, se están aquellos fervorosos cristianos esperando su turno hasta la noche, sin tomar alimento alguno, por gozar el

consuelo de comer el sagrado Pan eucarístico una vez siquiera ántes de morir.

Esto hacen aquellos fieles cristianos; y vosotros, rodeados de tantos templos, hallando siempre á vuestra disposicion la caridad de tantos Sacerdotes, ¿no tendreis un ratito libre que consagrar á vuestro Dios, ó rehusaréis aprovecharlo por no dejar quizás la lectura de una novela, ó por no levantaros una hora más temprano?.....

VII.

LA ELECCION DEL DIRECTOR DE CONCIENCIA.

Nada habria yo hecho con recomendaros en general la fiel observancia de las prácticas mencionadas, si no os mostrase ahora la necesidad de que procureis cada cual escoger un Sacerdote digno para encargarle de dirigir vuestra conciencia, y de señalaros los medios oportunos para que estas mismas prácticas que os encomiendo, os sean provechosas.

De grave y trascendental importancia es este negocio de elegir director espiritual, pues aquí se trata nada ménos que de adoptar como á un segundo padre, en cuyas manos hemos de poner enteramente la cura de nuestras almas, con quien hemos de consultar los actos más de-

cisivos de nuestra vida, á quien hemos de tener por guia de nuestros pasos, por quien hemos, ademas, de ser avisados y libertados de los escollos y riesgos que pueden suscitar contra nosotros las astucias de los malos amigos, las lisonjas de los aduladores, las malas artes de los fraudulentos, las asechanzas de los falsos.

Ya veis, pues, amados mios, que el asunto merece bien ser meditado.

Pedid, ante todo, á Dios que se digne poner en medio de vuestro camino á un Sacerdote tan ilustrado y prudente, tan caritativo y santo como le halla siempre quien de veras quiere hallarle. No os dejeis llevar en este punto, ni de vuestro solo deseo, ni de vuestro propio dictámen. Resolveos ante Dios, y previo el consejo de vuestros padres ó maestros, á escoger un director que sea, no tanto de vuestro gusto, como del gusto de Dios á quien quereis servir.

Bueno fuera que en este particular estuviera siempre de acuerdo nuestra propia inclinacion con el interes de nuestras almas, y aun estoy cierto de que la divina Providencia, al mirar la rectitud de nuestras intenciones, no nos niega jamas la gracia de proporcionarnos un director que, á un mismo tiempo, nos agrade y santifique, y á quien amemos tanto como respetemos. Pero sea siempre la voluntad de Dios la que escojamos al resolvernos, y no la nuestra; sea nuestra salvacion lo que ante todo busquemos, y no la

mera complacencia de nuestro amor propio, ni la ciega inspiracion de nuestra simpatía.

Por fortuna, hijos mios, la santidad tiene en todas partes un perfume que trasciende; y por mucho que humilde se esconda, hemos de percibirla si estamos bien resueltos á encontrarla. Poneos, os digo por última vez, en manos de Dios; tened el firme propósito y el sincero deseo de hallar un buen director espiritual, y le hallareis, no tengais duda. Gracias al cielo, el número de Sacerdotes dignos es harto mayor de cuanto los malvados quisieran; pues ciertamente, á cumplirse su deseo, serían bastante más numerosas las excepciones de esta regla general.

Ya vereis, amados mios, ya vereis de cuánto consuelo, de cuánto provecho y ayuda os sirve ese leal amigo que la Religion nos da; ese juez misericordioso encargado por Jesucristo de corregir nuestras faltas, de perdonar nuestras culpas, de dar oportuna medicina á las enfermedades de nuestro espíritu, de poner seguro dique al turbulento mar de nuestras pasiones, de recibir nuestras lágrimas de arrepentimiento, de alentar nuestra flaqueza, y restaurarnos de nuestros desmayos.

Bajo el suave imperio de su potestad sagrada, vereis cuán fácil y dulce se os hace la vida cristiana, y conocereis toda la verdad de aquellas divinas palabras con que el Salvador nos dijo que «su yugo era suave y ligera su carga».

Porque esto importa mucho inculcarlo bien en vuestra mente. Cuanto en esta parte se os propone y aconseja, va no sólo encaminado á vuestro bien, sino tambien conforme á vuestras fuerzas. No pretendo yo, ántes os lo he dicho, sujetar vuestra mente ni vuestros actos á la monótona medida de un compas, no. Sé bien lo que vuestra edad exige, la prudente libertad que conviene daros, y el punto hasta donde os es lícito y provechoso seguir el impulso de vuestras juveniles inclinaciones.

Yo no quiero más sino que, como hombres que ya sois, pero hombres que al cabo empiezan á serlo, considereis la gran falta que os hace oir perpetuamente consejos, que os guien para salvaros de los riesgos de vuestra inexperiencia.

La filosofía sensual y corruptora de nuestros tiempos os está diciendo á cada momento que los instintos de la juventud son siempre nobles y fructuosos para el bien. Algo hay de verdad en esto, y líbreme Dios de negároslo. Pero la propia filosofía que tanto os adula por una parte, se da por otra tan buena maña para corromperos, que al inspiraros una excesiva confianza en vosotros mismos, nada ménos hace que daros el veneno, cerrándoos todo camino para que halleis la triaca.

Yo no os adulo, porque os amo. Os digo que podeis hacer mucho bien al mundo; os confieso que sois una generacion llamada quizás á

cerrar muchas llagas abiertas en nuestro siglo por la depravada herencia de ateismo y perversion moral que nos legó el siglo pasado. Pero tambien os advierto de las artes de esta sirena de hoy dia, de este filosofismo moderno, tan necio como corruptor, que á todas horas os está cantando las excelencias soberanas de la razon del hombre, queriendo persuadiros á que basta seguir el mero impulso de vuestras pasiones para ser felices y honrados.

Esto no es verdad, hijos mios; esto no es verdad. Ya os lo demostraré más adelante. Por ahora me limito á deciros: ¡Ay del que no quiere más oráculo que su sola razon, ni más guia que su propio dictámen, ni más juez que su propia conciencia! No gozará, no, ni de paz en esta vida, ni de Dios en la otra.

VIII.

EL TRABAJO COTIDIANO.

No podeis figuraros la tentacion de triste risa que me asalta cada vez que oigo á un hombre decir muy formalmente: «Yo trabajo para hacer mi pacotilla, y cuando la tenga hecha, retirarme á descansar».

¡A descansar! ¡Insensatos! ¿Y cuándo descansa el hombre? En el sepulcro. Miéntras anda

por esta miserable tierra, de tal manera es el trabajo una condicion de su ser, que si se entrega al ocio, se mata.

Empapado en el sudor de nuestra frente ha de estar el pan que comamos: Dios lo ha dicho: tal fué el decreto de su justicia soberana para castigar la prevaricacion de nuestros primeros padres, cuya herencia de pecado y de expiacion llevamos nosotros sus míseros hijos.

Pero de tal modo se ordenan en Dios el rigor y la clemencia, la justicia y la misericordia, que allí donde nos impuso el padecer como ley de nuestra vida, nos dió la vida misma como premio del padecer. Ningun dolor hay que, aceptado por Dios, no lleve en sí mismo su recompensa; y en este caso se halla cabalmente, más que otro dolor ninguno, la pena universal del trabajo.

Con el trabajo se acrecientan nuestras fuerzas; con el trabajo se pule y ensancha nuestro espíritu; con el trabajo sustenta el pobre su vida, y aumenta el rico su hacienda; con el trabajo se cierra la puerta á los vicios, y se camina con pie firme por las sendas de virtud; con el trabajo se sirve á Dios, y se enaltece la dignidad humana.

¡Dichosa ley por cierto, dichosa pena cuyo cumplimiento, miéntras más exacto es por nuestra parte, nos hace siervos más obedientes á Dios, y señores más poderosos de nosotros mismos!

Baja y ruinmente piensan del trabajo los que sólo le consideran como medio de ganar sustento, riquezas, comodidades y mundanos honores. Ciertamente el trabajo produce estos resultados; pero ni es su orígen esa miserable codicia que le atribuye como causa y principio la grosera filosofía de nuestros tiempos, ni es tampoco su último fin esa satisfaccion de apetitos brutales en que se quiere hacer consistir el bien supremo.

La causa y el principio del trabajo es el precepto de Dios; su fin inmediato es satisfacer nuestras necesidades, y su fin remoto el perfeccionamiento del hombre. Pero como quiera que á su vez el perfeccionamiento del hombre tiene por fin último el que, haciéndose cada vez ménos imperfecto, se acerque cada vez más á su Dios, de aquí resulta que el fin último del trabajo, como el de todas las obras del hombre y el del hombre mismo, no es sino servir á Dios en esta vida para gozarle en la otra.

Esta es la doctrina cristiana, la doctrina verdadera y únicamente noble respecto al trabajo. El trabajo es obligatorio, porque Dios lo manda; es necesario, porque es obligatorio; es útil y noble, porque con él se perfecciona el hombre; y es santo, porque á favor del perfeccionamiento que alcanzamos trabajando, nos elevamos cada vez más á nuestro Dios.

Siendo tal, como es, la doctrina relativa al

trabajo, ya comprendereis, amados mios, porqué, no sólo el pobre, sino tambien el rico, todos estamos obligados á trabajar: el pobre lo está inmediatamente para ganar su sustento; el rico para perfeccionarse; todos para cumplir el precepto divino.

Digo más; el rico está más obligado á trabajar que el pobre, porque éste no puede trabajar más que para sí, miéntras el rico puede trabajar para sí y para el pobre. Si el rico con su trabajo logra hacerse más rico, esa riqueza más tendrá con que socorrer al pobre.

¿Qué sería ya del mundo si solamente los pobres trabajasen? Lo que era cuando habia esclavos: un campo sangriento de batalla entre potentados viciosos y siervos infelices, entre holgazanes despiadados y trabajadores desesperados.

Tened bien presente lo que ántes os he indicado: de tal manera el trabajo es una ley de la vida humana, que el que se entrega al ocio, se mata. Se mata, porque la ociosidad es madre de todos los vicios, y los vicios matan al hombre. Se mata, porque en fuerza de no ejercitar ni su cuerpo ni su espíritu, se enerva y perece consumido por el tedio.

¡Cuántos suicidios hay que únicamente proceden de la ociosidad! ¡Cuántos infelices hemos visto cometer este crímen, el más horrendo de los crímenes, única y puramente porque no tenian en qué ocuparse!

Trabajad, pues, jóvenes cristianos; trabajad para no caer en vicios, para evitar el tedio de la vida, para no incurrir en una degradacion vergonzosa que tronche vuestros cuerpos, y corrompa y embrutezca vuestras almas.

Pero trabajad con sistema y con método. *Con sistema*, es decir, incesantemente, todos los dias, y dedicándoos cada cual á la índole de trabajo para que os hagan especialmente aptos vuestras facultades físicas y morales: *con método*, no atropellando, por decirlo así, vuestras tareas, sino repartiéndolas ordenadamente en las diversas horas del dia, alternándolas con honestos recreos, y renovándolas por medio de oportunos descansos.

En cuanto trabajeis, ya sea para cumplir necesarios deberes de vuestro cargo y estado, ya sea voluntariamente, no os conteneis con ménos que aspirar á la perfeccion de vuestro trabajo. No os conteneis, digo, con ménos; pues aspirando y todo á la perfeccion, aún habeis de quedaros tan léjos de ella, como lo quedan siempre las imperfectas obras del hombre, imperfecto por naturaleza.

Tambien en este punto de ordenar y dirigir vuestro trabajo cotidiano, os será de más provecho que cuanto al pronto podais figuraros, vuestro director espiritual. Consultad con él todo el sistema y método de vuestra vida, y seguid dócilmente sus inspiraciones y consejos, que no

os pesará. Ese hombre que veis ahí perpetuamente encerrado en su celda, y á quien nunca se encuentra por el mundo, sabe de las cosas del mundo y de la vida bastante más que los filósofos y sabios del siglo. Consultadle aun en lo que os parezca que tiene ménos que ver con vuestra conciencia; y ya vereis, como he visto yo por larga experiencia propia, cuánto vale, en lo que respecta á los negocios comunes de la vida, el parecer y consejo de un buen director espiritual.

IX.

SOBRIEDAD Y TEMPLANZA.

Sería causaros una ofensa, queridos mios, el detenerme mucho á demostraros todo lo grosero, lo brutal, lo repugnante que es ante los hombres, y lo injurioso que es á Dios, el espectáculo de un jóven que se deja dominar por la embriaguez y la glotonería.

Cuéntase de cierto Ministro español, que le importunaba diariamente una señora, pidiéndole para su marido un humilde destino en la Administracion de Rentas Estancadas. Impacientada la pretendiente de que uno y otro dia le repitiera el Ministro promesas que no se cumplian nunca, desmandóse ya en una audiencia á reconvenirle agriamente por la inhumanidad,

decia ella, con que la engañaba, desentendiéndose de su miseria. Picado en lo vivo S. E., quiso tomar desquite; y observando que la pretendiente iba ataviada con algun más lujo de lo que, á ser cierta, permitiera su triste situacion, díjole:

—Podrá V., señora, encontrarse en toda la infelicidad que pinta; pero miéntras más lo reparo, más lo voy dudando; pues esa mantilla que V. trae, bien le habrá costado sus cuarenta duros..... No, pues el vestido, no lo ha hecho V. con mil reales..... Y en cuanto al abanico.....

Trazas llevaba el Sr. Ministro de continuar esta revista de inspeccion, cuando, interrumpiéndole la pretendiente, le replicó mirándole con desenfado:

—Tambien yo quisiera saber á punto fijo si V. E. es Ministro ó prendera.

No cuenta la crónica si la pretendiente sacó de la audiencia la solicitada gracia para su marido. Pero sea de esto lo que se quiera, á mí me parece que en aquella ocasion estuvo tan oportuna, ya que no respetuosa, que muchas veces la he recordado al conocer en ciertos círculos de buen tono á varios jóvenes elegantes, de tal manera duchos é instruidos en toda especie de guisos y manjares, de golosinas y de vinos, que, al oirlos con tono magistral ostentar sus grandes conocimientos culinarios, y viéndolos relamerse al solo recuerdo de un banquete opíparo, me he

sentido tentado de preguntarles: Oiga, caballerito, ¿V. es marqués ó cocinero?

Mala idea da de sí el jóven que mucho se complace en hablar y gustar de comidas y de bebidas: señal es de que anda y vive tan pegado á la tierra, y tan esclavo de su vientre, que no sé yo cuándo le quedarán tiempo y libertad para cultivar su espíritu y ennoblecer su corazon. Mucho más tiene de bestia que de hombre quien tanto caso hace del pienso, por más que dore la fealdad de su vicio con cierto barniz de buen tono, que, si bien se mira, le hace todavía más repugnante. Y dicho que tiene más de bestia que de hombre, imagínese lo que tendrá de cristiano. ¿Cómo ha de ser cristiano el que ni siquiera es hombre?

Lo peor de este negocio está en que el vicio que voy censurando, es más común de lo que se cree. La gula refinada y artística, por decirlo así, de estos tiempos, ha corrompido muchas conciencias. No sería difícil encontrar á más de un político venal, de un empleado público concesionario y de un militar insurrecto, arrastrados á violar sus deberes nada más que por tener buena mesa.

¡Y si al cabo el vicio este de la gula se contentara con sus inmundos goces propios, y no quisiera ribetearlos con los que son propios de otros vicios! Pero de tal modo está trazado en el alma del hombre el camino de la corrupcion,

que rara vez se anda por él la primera jornada sin que se le recorra todo, hasta llegar al abismo, que es su término.

¿Cómo podrá no ser perezoso el gloton? ¿Cómo pondreis en aquella mente embrutecida un solo pensamienro digno de un hombre, ni en aquel corazon petrificado un solo sentimiento religioso? ¿Cómo se enfrenará aquella carne jamas mortificada, cuando se lanza en pos de todos sus brutales apetitos? A la intemperancia sigue necesariamente la molicie, y la molicie es madre de toda perversion.

El pobre hambriento, á quien jamás se negará un pedazo de pan caritativo en la mesa del hombre sobrio, rara vez sacará del suntuoso banquete del potentado más que desprecios y agrias repulsas. ¡Tanto endurece la sensualidad el pecho de los hombres!

Acostumbraos, pues, jóvenes cristianos, á ser tan parcos en la satisfaccion de vuestras necesidades corporales cuanto os lo manda la Religion, y la razon os lo aconseja: la razon, sí, pues cuando no por respeto á la dignidad de vuestras almas, por consideracion al ménos á vuestra propia salud, no debierais consentir en vicios que estragan y aniquilan las fuerzas corporales á par de las del espíritu.

Los vapores de la orgía traen en pos de sí las bromas indecentes, las disputas acaloradas, que suelen terminar en desazones de graves con-

secuencias. Durante mi juventud he visto salir de los banquetes más de un duelo sangriento.

Esta sea la última advertencia que os haga en el particular. ¡Quiera Dios que nunca vuestra experiencia propia llegue á mostraros la triste exactitud de cuanto os dejo dicho!

X.

PELIGROS.

Resumiendo ahora el plan general de vida que os dejo trazado, veis que, para el perpetuo cultivo de vuestro espíritu, os propongo como ejercicios permanentes y medios fundamentales, la oracion, la frecuencia de Sacramentos y la lectura espiritual; para la cristiana conservacion de vuestro cuerpo, os he propuesto la sobriedad y la templanza; para mantener, en fin, el debido equilibrio entre vuestras facultades físicas é intelectuales, os he propuesto el trabajo cotidiano, metódico, prudente, continuo. Por último, á fin de daros un guia seguro que os dirija en todo lo concerniente al mejor desempeño de cada uno de estos ejercicios fundamentales, os he propuesto la buena eleccion de un director espiritual, y la fiel sumision á sus preceptos y consejos.

Tócame ahora señalaros, de una manera es-

pecial y bien determinada, los peligros de varia índole que han de asaltaros en el curso de la vida, como otros tantos enemigos aprestados para destruir el buen fruto de las virtudes que os recomiendo.

Milicia es, dice Job, *la vida del hombre sobre la tierra;* y verdaderamente, hasta tal punto la existencia de los mortales en este valle de lágrimas es un combate sin tregua, que el mismo Dios hecho hombre nos dijo de sí «que su alma estaba triste hasta la muerte».

Milicia es la vida, sí; combate contra el mundo que nos cerca, combate contra nuestras propias pasiones, contra la rebeldía ó sequedad de nuestro espíritu, contra los apetitos de nuestra carne; combate, en fin, y para decirlo con las palabras de nuestra Religion, contra el perpetuo enemigo del género humano, que, como leon rabioso busca incesantemente á quién devorar.

En esta milicia de la vida, los jóvenes son los combatientes más briosos, pero tambien los más temerarios. Por esto la juventud tiene sus peligros propios, que nacen de sus mismos brios y de su misma juvenil temeridad. La suma y el tamaño de los peligros que os rodean, son tanto mayores cuanto mayor es, por decirlo así, la porcion de vida que os toca recorrer respecto al hombre maduro. Vuestro campo de batalla es tanto más extenso, cuanto ménos habituadas te-

neis vuestra vista á medirlo, y vuestras plantas á cruzarlo.

Ya os he dado las armas para entrar en la pelea; ya os he mostrado la gloriosa bandera de Jesucristo que habeis de seguir. No me negueis, amados mios, vuestra atencion sostenida, y oid ahora los combates que se os preparan, y tomad exacta nota de los peligros que os rodean.

De estos peligros, unos hay que tienen por causa inmediata vuestro mismo ardor juvenil, y que nacen por tanto principalmente de vosotros mismos; otros hay que proceden especialmente del mundo en que vivís, y de la época, no en verdad afortunada, que os toca atravesar.

Poned atento oido á los singulares rumores que el siglo actual nos manda desde todos los ángulos de la tierra, y á todas horas y por todas partes oireis divinizar al hombre, como si hubiera llegado para él la hora de romper todo vínculo con el dolor y la muerte, que perpetuamente le asedian y le amenazan. Dios ha permitido que en esta edad nuestra haya logrado el humano ingenio descubrir algunas fuerzas ocultas de la naturaleza, y poner la materia más dócilmente al servicio de sus necesidades. Atribuyendo á solo su talento lo que es más bien obra del tiempo y providencia de Dios, el hombre, al mirar la rapidez con que camina por en medio de los bosques y al través de los mares; al ver cómo se multiplican las industrias y las artes consagradas

á su comodidad y regalo; al escuchar este bullicioso movimiento que por todas partes levanta el llamado *espíritu de la civilizacion moderna*; al fijar su atencion en este espectáculo, más lleno de ruidos que de felicidad, ha vuelto á ensoberbecerse como al pie de la antigua Babel, y se atreve á proclamar la horrenda blasfemia de que el hombre se basta ya á sí mismo, y que no necesita de Dios.

Este grande é incomensurable infortunio es lo que da su sello principal al siglo en que vivimos: esto es lo que hoy arranca gemidos tan hondos del seno de nuestra madre la Iglesia; y ésta, finalmente, es la raíz de los peligros especiales que en la edad presente cercan á la juventud. A la comun y perpetua perversion del hombre, que con elegancia y exactitud hacia decir á un antiguo poeta castellano:

> «Como á nuestro parecer,
> Cualquiera tiempo pasado
> Fué mejor,»

júntase hoy esta especial corrupcion que consiste en el desprecio de Dios y en la adoracion del ingenio humano.

Pero todavía no es éste el signo más distintivo de nuestra edad infortunada; pues al cabo ni es la primera vez que el hombre se ha rebelado contra su Dios, ni la primera tampoco en

que Dios le ha castigado con tremendas expiaciones. Lo que sí es tan propio y peculiar de los tiempos actuales que nada hay que se le parezca en los siglos pasados, es esta conspiracion que se ha tramado permanente y sistemática contra la verdad y el bien, organizada con tan diabólicas artes, que ha llegado á ser como una segunda atmósfera de nuestras almas.

En todos tiempos ha habido hombres malos y pueblos corrompidos; pero lo que no habia jamás existido hasta hoy, era hombres y hasta pueblos enteros que, acusando como malo y detestable cuanto Dios y la sana razon del género humano han tenido siempre por amable y bueno, quieran poner como ley del mundo sus vicios y abominaciones.

Para que me entendais claramente: siempre ha habido quien huya de Dios, como si Dios fuese el mal, y no fuese en cambio la fuente del bien supremo: lo que no habia habido hasta hoy, es quien escribiese libros y fundase cátedras, y estableciese leyes para proclamar (¡blasfemia espantosa!) que Dios *es el mal*. Siempre ha habido quien se apodere injustamente de lo ajeno, robando lo que sabia ser propiedad de otro: lo que no habia habido hasta hoy es, ni hombres que se atrevieran á enseñar, sin que nadie se lo estorbe, que *la propiedad es el robo*, ni sociedades enteras que efectivamente se apoderaran de la legítima propiedad de los débi-

les, como se apodera un juez de los efectos robados.

Esta, ésta es la fisonomía propia de nuestro siglo; su carácter particular no consiste en que obre el mal, sino en su desvergonzado y bárbaro empeño en demostrar que el mal que él obra, es únicamente el bien; y que lo que siempre se ha tenido por el bien, es únicamente lo que debe llamarse el mal.

Y para llevar adelante esta obra de subversion de todas las verdades y de todas las virtudes, tiene nuestro siglo el singular privilegio de poseer y emplear todos los medios á propósito para envenenar todas las venas y arterias por donde corre la vida de las sociedades.

Para envenenar el espíritu, tiene la libertad absoluta de decirlo todo, y de escribirlo todo. Para envenenar el corazon, tiene la libertad absoluta de hacer todo el mal que quiera, con tal de que no perturbe el órden en las calles. Para envenenar los cuerpos, tiene la libertad absoluta de inventar y fabricar, de dar y de vender todo cuanto puede corromper los sentidos.

Con la filosofía enseña que la razon del hombre basta por sí sola para averiguar todas las verdades, y que no hay más verdades que las que averigua la razon del hombre.

Con la historia, falseando todos los hechos, y mintiendo con descaro inaudito sobre todas las cosas, se empeña en pintar como buenas

las acciones malas, y como malas las acciones buenas: cuando no puede hacer esto, se da trazas á calumniar á los que han obrado bien, y á justificar á los que han obrado mal, de manera que en las páginas de esta historia, verdaderamente escrita con tinta del infierno, todo santo aparece como un bribon, y todo bribon aparece como un santo. Así se propone hacer que los pueblos menosprecien ó detesten la memoria de sus hombres verdaderamente respetables, y de sus instituciones verdaderamente útiles, acostumbrándose á no apreciar sino las instituciones nuevas y á los trastornadores de la sociedad.

Con la literatura, en novelas, en comedias, en libros de viaje, en folletines de periódicos, y hasta en papeles para envolver dulces, pinta imágenes y siembra máximas propias para hacer amable el vicio y ridícula la virtud, para proclamar el imperio de las pasiones y maldecir de la sana razon; para confundir el mal con el bien, para pervertir el sentido comun, para corromper las costumbres públicas.

Con las ciencias, las artes y la industria se propone, no tanto satisfacer las legítimas necesidades del hombre, como despertar sus apetitos sensuales, hacerle amar toda especie de goces lícitos é ilícitos, y aborrecer toda especie de mortificacion; inspirarle un deseo inmoderado de riquezas y comodidades; prometerle que su talento y su trabajo bastarán á trastornar en

provecho suyo todas las leyes de la naturaleza; dar pasto, en fin, á la voracidad de todos sus sentidos, para que, pegándose cada vez más á los viles placeres de la tierra, se aparte cada vez más, con su espíritu y su corazon, del Dios santo y misericordioso.

Este es el siglo en que vivimos: tal y tan inmensa es la red de artes diabólicas con que sistemáticamente conspira contra toda verdad y contra toda virtud.

Muchos de los afiliados en esta vasta conspiracion os dirán, amados mios, que cuanto acabo de exponeros es pura exageracion de una cabeza acalorada. Pero sabed que ésta es cabalmente la más infernal de todas las artes de los malvados: aparentar que tienen punto ménos que por locos á los que descubren su artificio, y tratar de inspirar desdenes ú odios contra cuantos dicen la pura verdad.

Ya veis, amados jóvenes mios, si son profundos y tenebrosos los abismos que habeis de salvar. No con ánimo de arredraros os los presento yo como son, sino al contrario para que, advertidos oportunamente del peligro, podais evitarlo con mayor confianza. A ningun guerrero valiente ha arredrado jamás, sino que al contrario le ha dado mayor esfuerzo y mejor ánimo, el conocer bien la táctica y las armas de sus enemigos.

Manos, pues, á la obra, mis hijos queridos,

A combatir con valor contra vosotros mismos y contra el mundo. Si Dios está con vosotros, ¿quién podrá nada contra vosotros?

Vamos á hacer el recuento de los peligros, y á buscar en las filas de Jesucristo los caminos de salvacion.

XI.

PETULANCIA.

¿Veis aquel pulido mancebito, puesto, como dice con gracia un crítico contemporáneo, *entre la palmeta y el barbero*, que con marcial y desenvuelto porte, cigarro en boca, garrote en mano, va haciendo piernas como un potro cordobés, llenando toda la calle con su importante personita, mirando por encima del hombro al pasajero, y con desdeñoso continente dignándose apenas, aquí perfilar un saludo, más allá dirigir una sonrisa protectora?.....

En el afectado desaliño de su traje y apostura; en el presuntuoso aplomo con que enristra su lente para encender en rubor las mejillas de la dama que pasa por su lado; en el tono familiar con que dirige su hueca palabra al literato de moda, al cantante aplaudido, al político en candelero, y á todo género de *notabilidades*, como quien dice «nada nos debemos, yo soy de los tuyos»; en la tajante sentenciosidad con

que narra y califica todos los antecedentes, concomitancias y consecuencias del ruidoso *lance de honor* en que él ha sido actor ó juez ó testigo; para decirlo todo de una vez, en la atmósfera de vanidad, de presuncion y de vicio que rodea á nuestro imberbe personaje, estais viendo el retrato más comun del jóven petulante.

Indiferente y extraño á todo cuanto en este mundo merece verdaderamente llamar la atencion de un hombre, él se sabe al dedillo toda la crónica escandalosa de todas partes; lleva una estadística minuciosa de estas insignificancias que constituyen la vida entera de los círculos de *buen tono;* conoce la biografía de las yeguas de todos los carruajes elegantes, casi tan perfectamente como la de todas las bailarinas del teatro; está al corriente de todo lugar y de toda hora en que se ocupan los corruptores ocios de la llamada, en su especial lenguaje, *buena sociedad;* lleva cuenta minuciosa de toda novela reciente, de toda funcion teatral estrenada ó para estrenarse; penetra en todo su sentido, y pronuncia con perfecta correccion todas las palabras y frases que en el vocabulario de todos los idiomas expresan una depravacion moral ó una ridiculez en boga..... Todo lo sabe, todo lo posee; todo, ménos estas tres cosas: la Religion en que ha nacido, su dignidad de hombre, y la nocion de sus deberes.

¿Qué podrá esperar la patria de semejante

mancebo? ¿Con qué pensamientos de hombre, con qué sentimientos de cristiano pasará mañana ó esotro dia á ser esposo de una mujer honrada, y jefe de una familia? ¿Qué cuenta dará de sí ante el tribunal de Dios el desdichado que jamás dobló la rodilla sino ante los despreciables ídolos de la moda?

¡Infeliz! ¡Un dia llegará en que, agobiado por los años ó consumido por el tedio, sentirá en su alma fria un mortal vacío; y ya, si la gracia de Dios no le asiste, tendrá el corazon tan cauterizado, tan postrada la mente, que ni aun posible le será fijarse en una idea regeneradora, ni concebir un solo afecto de consuelo. Odioso á su familia, desestimado de sus conciudadanos, rechazado quizás de la Iglesia, verá precipitarse sobre él, como una montaña de hielo, una vejez prematura, sin amor y sin honra, sin fe y sin esperanza! Viejo vicioso y ridículo, ó víctima desesperada de achaques sin remedio, y de tormentos sin tregua, dichoso él si, al ménos, en una hora de angustia puede hallar en el camino de los dolores el recuerdo de una oracion de su infancia, y pedir misericordia al Dios bueno de quien ha vivido tan olvidado.

Jóven cristiano: no pienses que estoy aquí inventando un tipo caprichoso por el deseo de divertirte, ó con ánimo de llenarte de escrúpulos y de terrores. Te estoy contando historias que he visto con mis propios ojos; te estoy con-

fiando la amarga pena que inunda mi corazon cada vez que veo á tantos padres, negligentes ó mal avisados, mirar con estúpida indiferencia, cuando no con placer y hasta con orgullo, cómo sus hijos adolescentes van sepultando sus más nobles facultades en el piélago de vapores corrosivos que levanta siempre y en todas partes la vanagloria. Oid á estos padres desventurados: «¡Cosas de muchacho!» Le gusta un poco el ser aplaudido de los hombres, y festejado de las damas..... Eso es muy natural..... No hemos de encerrarle como á un cartujo..... Nada, nada; que conozca el mundo, que se eche á volar..... Ya le llegará el dia de sentar la cabeza».....

Y miéntras el triste padre dice esto, su hijo, arrullado por el canto de las sirenas, y cegado por el humo de los inciensos, vase cada dia apartando más de sus creèncias y de sus prácticas religiosas; va cada hora creciendo en amor propio, y en pereza de sentidos y de entendimiento; va formándose una idea falsa del mundo, y mucho más falsa todavía de la felicidad. Al cabo de cierto tiempo, es ya incapaz de pensar en nada grave ni honesto; y el progreso de la edad, del que su imprudente padre aguardaba remedio, no le ha dado sino estéril desengaño, y todo un abismo de vicios incorregibles.

Decidme ahora, amados mios: ¿pensais que puede jamas caber esta desgraciada suerte al jóven que viva como cristiano, es decir, que ore

y que trabaje, que frecuente los Sacramentos, y que vele un poco por su cuerpo y por su alma? No.

Yo sé bien que el jóven tiene por naturaleza algo de petulante..... ¡Ya se ve! ¡El mundo le sonrie tanto! Se siente á sí propio con tal fuerza de vida, que no es de extrañar si, queriendo vencer todo género de resistencias, y apurar toda clase de placeres, se deja llevar un poco del amor propio, que le inclina á coger los fáciles laureles del mundo corrompido. ¡Es tan grato esto de ser mirado, de ser tenido por persona!..... Y ademas, hay mucha vida por delante..... ¡Ya tendremos tiempo de darnos á cosas serias!.....

Todo esto es muy natural que el jóven lo piense y lo sienta. Pero cabalmente porque *es muy natural*, se necesita combatirlo con las armas *sobrenaturales* que nos da nuestra Religion. Al hombre le es natural todo lo imperfecto y dañoso, porque su naturaleza es imperfecta, quebrantada como está por el pecado original. Pero por eso justamente la misericordia de Dios nos ha dado en la palabra y el ejemplo de Nuestro Señor Jesucristo, y por el ministerio de su santa Iglesia católica, avisos que nos iluminen, consejos que nos guien, reparos que nos alienten, remedios que nos curen; pues con su doctrina nos enseña, con su ejemplo nos estimula, y con sus Sacramentos nos conforta y regenera.

Creedme, queridos mios: un jóven cristiano, por muy natural que la petulancia sea en la juventud, no será fácilmente dominado por este vicio. Porque, siendo cristiano, se examinará á sí propio frecuentemente, y el conocimiento de sus flaquezas le quitará muchas tentaciones de amor propio; siendo cristiano, amará mucho á sus prójimos, y á ninguno ofenderá con desdenes; siendo cristiano, sabrá que, aunque mortal débil y miserable, ha merecido que todo un Dios se humille hasta él para redimirle y hacerle heredero de su gloria; y sabiendo esto, habrá concebido de su dignidad una idea harto elevada para que le consienta cifrar todos sus gustos y pensamientos en mezquinas vanidades y en pueriles fruslerías. Siendo, en fin, cristiano, andará habitualmente en la presencia de Dios, y aunque en algun momento se distraiga y extravíe, bien pronto las prácticas que ejerce le encarrilarán llamándole por su propia virtud al buen sendero.

Estimado, pues, de los hombres rectos, y teniendo á Dios por amigo, el jóven cristiano, ó nunca será petulante, ó dejará de serlo muy pronto; y cuando lo sea, su petulancia será verdaderamente más digna de indulgencia que de agrias censuras; será un extravío pasajero, un tributo pagado inadvertida y casi inocentemente á la mocedad, no una perversion radical, completa y humanamente incorregible, de todos los sanos instintos, y de todas las facultades del hombre.

XII.

PEDANTERÍA.

Vicio es éste que suele andar junto con el anterior, y que, si bien se mira, no es más que una parte de él. La pedantería es la petulancia propia del jóven que la echa de sabiondo.

¡Miradle qué erguido viene, y cómo derrama en derredor de sí una especie de fuego fatuo que ni calienta ni ilumina! Cuando habla, en su hueca voz, en su mirada altanera, y en el aplomo doctoral de todas sus frases y movimientos, se descubre el afan de ser tenido por un pozo de ciencia, y por un ingenio peregrino. Cuando escucha, parece como que dispensa un favor; y en el aire de suficiencia con que entrecierra sus párpados y desflora una sonrisa, parece estar diciendo á su interlocutor: «¡Pobre hombre! ¡y creerá que me enseña algo!»

¿Se habla de ciencias naturales, de física, de química, de zoología, de mineralogía, de botánica? Nuestro imberbe Salomon conoce en este particular unas cuantas palabras griegas, tomadas al vuelo en la *Revista de ciencias* de un periódico, y sabe pronunciarlas con tal entonacion, que más bien parece oráculo sibilino descubriendo las maravillas de la naturaleza, que

un pobre ignorante, como es, con alguna memoria y sobrada vanidad.

¿Se habla de política? El está en los secretos íntimos de todos los Gabinetes, y en un santiamen repartirá como pan bendito, entre quien le acomode, el imperio del mundo.

¿Se habla de Historia? El ha recorrido, desde Herodoto hasta nuestros dias, las páginas de todos los *cronistas de la humanidad*, como dice él en su presuntuosa gerga; y en ellas ha aprendido acerca del *desarrollo progresivo de la autonomía humana*, cuantos datos son necesarios para entregarse con fruto á *las altas especulaciones de la filosofía trascendental.*

¡La Filosofía! Ese es el fuerte de nuestro mancebo. Aquí sí que amontona frases sin sentido, y palabrotas de pie y medio, mitad griegas, mitad germánicas. Escuchadle: va á penetrar *en el santuario de la Divinidad, y elevándose sobre el tiempo y el espacio*, va á derramar los torrentes de su *intuicion* por entre los abismos panteísticos de la *sustancia indefinida y del primitivo absoluto:* va á *sorprender al yo humano en el primer momento dialéctico de su involucion!!!*.....

De Dios, del universo y del hombre, todo lo sabe..... Lo único que ya no sabe es el Padre nuestro, porque lo ha olvidado: lo único que no ha sabido nunca es gramática castellana siquiera, para que al ménos le repugnaran algo los barbarismos filosofescos que tiene siempre en

boca. Porque no le pidais que hable como hablan las gentes: su prurito es cabalmente el de que nadie le entienda.

Imposible citarle libro que él no haya leido, ni autor de quien no tenga noticias. ¿Quereis conocer bien toda la ridiculez de nuestro mozo? Pues haced como que le entendeis cualquiera de las frases de esa gerigonza greco-germánica que le es peculiar, y contradecidle con cualesquiera otras frases que os acomode. El os replicará: pero insistid en contradecirle; y cuando le veais ya bien metido en un verdadero laberinto de réplicas y contraréplicas sin sentido ni ilacion, sin objeto ni fin, procurad decirle con aplomo, que sus opiniones están en contradiccion con cuanto afirma en su *Trigomilogía* el Conde de Reichibing-Haussen; y, á pesar de que ni existe siquiera el nombre de semejante ciencia, ni es nacido autor alguno que se llame de semejante modo, vereis cómo nuestro Aristóteles en agraz suda y grita para probaros que el Conde de Reichibing-Haussen es escritor afiliado en una escuela llena de *preocupaciones místico-católicas*, y que en toda su *Trigomilogía*, especialmente en su parte *exegética*, nada más se ha propuesto sino *vulnerar los fueros imprescriptibles de la razon humana*, *y suprimir al hombre pensante*..... ¿Eh? ¿qué tal?

Pero no, queridos mios: os estoy dando un mal consejo. No aumenteis con vuestras burlas

malignas la inmensa desgracia de ese pobre y desacordado mozo. Harto grave es ya el peso de ridiculez que se echa él sobre sí mismo, para que deba aumentarse con vuestros sarcasmos. Ved si en las vias de una prudente caridad hallais términos hábiles para apartarle de su mal camino; mostradle sencillamente cuán expuesto vive á ser afrentado entre los hombres, y condenado ante Dios, quien puede ser cegado por la soberbia hasta un punto tan miserable. Si nada llegais á conseguir, dejadle, y pedid á Dios por él; dejadle, no sea que, exaltada tambien vuestra vanidad juvenil con el espectáculo de admiracion que no le negarán algunos tan necios ó más necios que él, perdais de un solo golpe vuestro sentido comun, vuestra modestia y vuestra dignidad de hombres y de cristianos.

¡Oh divina Religion católica! ¡oh palabra tan sublime como consoladora, tan provechosa como santa, que prometes á *los pobres de espíritu el reino de los cielos*, *y á los mansos la posesion de la tierra!* ¿Cómo es posible que te desoiga ó te desprecie quien tan inmenso fruto espera de ti?

Pues, en efecto, ¿contra qué virtudes peca principalmente el pedante? Contra la humildad y mansedumbre ante Dios, y ademas ante los hombres contra la modestia, que no es otra cosa sino la propia humildad y mansedumbre, aplicadas al trato comun con los hombres.

Y ved aquí, hijos mios, cuán hondamente penetra la Doctrina cristiana al hombre todo entero, y dirige toda su existencia. Lo que en el mundo llamamos *urbanidad*, *buena crianza*, *cortesía*, ¿qué otra cosa es sino la misma *caridad* cristiana, aplicada al trato civil y á la vida terrena de los hombres?

Aquí teneis explicado el porqué un hombre que es sinceramente cristiano, no sólo parece ante Dios alma santificada y pura, sino que tambien es objeto de amor y de veneracion entre los hombres. Así se cumple la palabra de Jesucristo: *el que quiera ser mayor entre vosotros, hágase el menor*. Así se explica porqué todo el que quiere ser mayor, llega á ser el más pequeño; y cómo el que se empeña en ser el primero, acaba por ser el último.

Por eso el pedante, al perder la *posesion de la tierra*, pues tarde ó temprano se descubre la vanidad de su ciencia, y es objeto de ludibrio, pierde tambien el *reino de los cielos*, sólo por haber querido *ser mayor*. Por eso, nuestra Religion, tan sabia como santa, miéntras que á todos los hombres recomienda la humildad y mansedumbre, inculca tan especialmente á los jóvenes la modestia.

Tened, pues, presentes la doctrina y el ejemplo del Salvador de los hombres; y esto os bastará para no ser pedantes, y para ser modestos. El primer premio de vuestra humildad será el avisaros de lo mucho que ignorais, pues que

comenzais la vida: despues se os mostrará cuánto tiene que trabajar el hombre para saber algo; y así os libertaréis de la hinchazon que en el espíritu del jóven produce naturalmente la ciencia que va adquiriendo.

El niño, al abrir los ojos á la luz, y al ver tanto objeto distinto en el mundo, juzga que todo el mundo es suyo, y por eso le veis desearlo todo con antojo tan dominante, y apoderarse tan sin miramiento de aquello que desea. De la propia manera el jóven, al abrir los ojos de su razon, y al ver tanto horizonte como la ciencia le descubre, desea saberlo todo, y se apodera sin miramiento de lo que erradamente cree que posee. Se figura tocar con la mano todos los puntos de la vasta extension que confusamente abraza con su vista, y como, por otra parte, se siente fuerte y enérgico, fácilmente juzga que aquellas nuevas impresiones, recibidas por su inteligencia con tanto brio, le dan la posesion de la ciencia.

De aquí su presuncion de que todo lo sabe; de aquí el deseo de que se le tenga por sabio. Corrupcion de entendimiento; pues de lo mucho que se ve ignorar, debia deducir que mucho le falta aprender. Corrupcion de voluntad; pues convencido una vez de que, por mucho que aprenda, siempre sabrá muy poco, lo recto sería moderar los ímpetus de su curiosidad, y los estímulos de su presuncion.

El hombre no da un paso en que no vea su flaqueza, y no descubra sus imperfecciones. ¿Cómo con tal experiencia podrá no ser humilde y manso? Verdad es que la experiencia misma puede muy poco en el corazon del hombre si la Religion no le ayuda. Por eso, amados mios, yo que fio poco de la experiencia, os pongo ante todo como primer remedio y único preservativo de esta gangrena de la pedantería, el que mediteis y sigais la doctrina y el ejemplo del humilde y manso Jesucristo.

XIII.

EL ESPÍRITU DE CONTRADICCION.

Por esta vez, queridos mios, voy á hablaros con las palabras de un gran maestro de la vida espiritual, cuya lectura asidua os recomiendo muy mucho, á saber; el venerable P. Alonso Rodriguez, de la Compañía de Jesus, en su admirable *Ejercicio de perfeccion y virtudes cristianas*.

«Habémonos de guardar, dice (*), de porfiar con otro ó contradecirle, porque ésta es una cosa muy contraria á la union y caridad frater-

(*) Parte I, tratado 4.º, DE LA UNION Y CARIDAD FRATERNA, cap. XI.

na, y el Apóstol San Pablo nos avisa de ello escribiendo á su discípulo Timoteo: «Guárdate de porfías y contiendas, porque esas no sirven sino de desedificar á los que oyen... El que es porfiado en llevar adelante su parecer, aunque sea verdadero, tenga por cierto que el demonio le mueve á ello. Y la razon es porque lo que suele mover á esto es el apetito demasiado que tienen los hombres de honra humana: por esto procuran salir con la suya, por parecer sabios y entendidos, y quedar vencedores, ó por no parecer ménos que los otros. Y así, el demonio de la soberbia es el que les mueve á esto.

»Dos faltas puede haber aquí. La una es del que contradice á otro, que es el principio de la contienda y porfía, y el que emprendió el fuego; y así es mayor su culpa. En la cosa de que se trata, muchas veces no va nada en que sea así ó así; y en perder la paz y la caridad, lo cual se suele seguir de ahí, va mucho. El otro dice aquello de buena fe, y entiende que es así: dejadle con su buena fe, pues no va nada en ello... Aun cuando ello fuese algo, ó se le pudiese seguir algun inconveniente á vuestro hermano de quedarse en aquel parecer, dicen que es buen consejo no contradecirle entónces, sino despues aparte declararle la verdad, para que no quede en error; y con eso se consigue el fin, y se evitan los inconvenientes.

»La otra falta que hay que advertir aquí, es

que cuando aconteciere que otro alguno os contradiga, no porfieis vos, ni querais llevar adelante vuestro parecer, y salir con la vuestra, sino, despues que hubiéredes afirmado una ó dos veces lo que teneis por verdad, si no os creyeren, dejad á los otros sentir lo que quisieren. Y esto ha de ser callando, como si más no supiéredes, no con un sonsonete, con que algunos, no tanto se muestran rendidos, cuanto deseosos de parecerlo, y de que los otros queden cargados...

»El que porfía, fuera de la desedificacion que en eso da, es causa de que se pierda la paz y caridad, y que se sigan de ahí muchos inconvenientes y amarguras; y en lugar de ganar honra y estima como él pretendia, la pierde, porque le tienen por cabezudo, y amigo de salir con la suya, y que no sabe dar de sí. De Santo Tomás de Aquino se dice que, en las disputas escolásticas, nunca contradecia á ninguno porfiadamente, sino decia lo que sentia con increible mansedumbre y templanza de palabras, y sin despreciar á nadie, ántes con estima de todos; porque no pretendia salir de la disputa victorioso, sino que la verdad fuese conocida...»

Esto es ¡oh jóvenes cristianos! lo que la gran ciencia de la caridad os enseña por medio de uno de sus más ilustres apóstoles.

No es ésta ciertamente la doctrina que se os predica por la grande y vanidosa petulancia de este siglo discutidor que, convidándoos á poner

en duda y cuestion todo género de cosas, os incita nada ménos que á declararos en lucha abierta contra Dios, contra vosotros mismos, y contra los demas hombres. Por todos lados se os está diciendo que de la discusion sale la luz; que no hay más verdad para cada hombre que la que él ha discutido: que la discusion es única garantía y condicion necesaria de toda libertad y de todo bien...

Vosotros, amados mios, ois esta predicacion al entrar en el mundo; y como ella, por otra parte, es tan conforme á la natural petulancia y presuntuosa impaciencia de vuestra edad, os infunde ese desdichado prurito de disputar sobre todo, y de contradecirlo todo, con daño manifiesto de la propia verdad que se os dice nacer siempre de la discusion.

Esta funesta doctrina es la que os hace tan vanos y veleidosos que, sin respeto á la verdad, ni á vuestra conciencia ni á vuestra fama, disputais temerariamente el pro y el contra de todas las cosas, combatiendo hoy lo propio que defendiais ayer, defendiendo con ira esta tarde lo propio que con furor combatisteis esta mañana, y bastándoos que delante de vosotros se diga una cosa cualquiera, para que, sin que nadie os fuerze ni invite, metais el montante de vuestra suficiencia para decir al punto la contraria.

Esta fatal manía que ante el mundo mismo es siempre grosería é impertinencia, es ante Dios

falta de caridad y de humildad. Ella perderá al mundo, y el mundo, dominado por ella, perderá á su Dios, si la educacion cristiana no llega muy en breve á tiempo para curarla.

Ojalá, hijos mios, que en los Parlamentos, en las Academias, en los Liceos, en las casas, y donde quiera que se reunan hombres, ya que entre ellos sea inevitable el ver de distintos modos las cosas de un mundo *entregado*, segun dice el Espíritu Santo, *á sus disputas;* se tuviera al ménos como norma aquel gran consejo de la filosofía cristiana: «Unidad en las cosas necesarias, libertad en las dudosas, caridad en todas».

Con este solo principio, verdaderamente tan admirable como el entendimiento que le ha inspirado, teneis salvo cuanto el hombre debe á su propia dignidad, al respeto para con los demas hombres, y á la humildad para ante Dios. Tened vosotros presente esta grande y divina regla de discusiones cristianas; escribidla en vuestro corazon, y aplicadla á todas las circunstancias de vuestra vida; y en nombre de Jesucristo os prometo yo, ademas de la paz de vuestras almas, la posesion de toda la verdad que al hombre es dado poseer sobre la tierra.

XIV.

INGENIOSIDAD.

Llamo así á la especie particular de pedantería que consiste en quererla echar de agudo y de gracioso. Esta manía debe de ser ya antigua, y sus efectos han sido sin duda perpetuamente tan contrarios, como lo son hoy, á las virtudes de caridad, de castidad y de modestia, cuando ya San Pablo juzgaba preciso amonestar á los fieles de Efeso, que entre ellos no se pronunciara nunca *torpeza ni necedad, ni graciecilla impertinente. (Scurrilitas quæ ad rem non pertinet.)*

Dios os libre, hijos mios, que de cualquiera de vosotros haya lugar á decir en las casas y compañías que frecuenteis: «¡qué *chusco* es fulano!» Poco os respeta quien por tal os tiene; y estad seguros de que, aunque os desee y reciba con agrado, ni os estima ni os empleará jamas en nada grave ni honroso para vosotros.

El jóven que se habitúa á tener siempre en palabras y obras una ingeniosidad que lucir, acaba por perder toda capacidad de pensar, ni de ocuparse en cosa formal ninguna: su entendimiento se disipa y evapora á fuerza de desperdiciarse en imaginaciones y conceptos sin utili-

dad ninguna; su corazon llega á concebir una especie de aversion secreta contra la verdad, y toda su vida llega á convertirse en una farsa perpetua, consagrada al divertimiento de los demás.

Y aun con esto no digo sino lo ménos malo que puede sucederle; pues, por lo comun, los jóvenes dados á graciosidades y agudezas, pierden el respeto al prójimo tanto como á sí mismos, y fácilmente sacrifican á un chiste que les ocurre la honra ajena. Su más íntimo amigo, la persona más respetable para ellos, no está exenta de sus burlas, si le dan motivo ó pretexto para hacer reir á su costa. Las imperfecciones del cuerpo, las faltas de inteligencia ó de carácter, cualquiera de los desaciertos que en nuestra flaqueza podemos los hombres cometer una vez, ó de los defectos que habitualmente tengamos, son ocasion para que nuestro ingenioso mancebo luzca su graciosidad y agudezas implacables, á costa quizás de cuanto más preciamos en nuestra fama ó en nuestros intereses.

A fuerza de no ver en todas las cosas más que un lado ridículo, acaban estos tales por convertir en asunto de broma hasta lo más sagrado; y aun no parece sino que, á manera de ciertos insectos inmundos que buscan las flores más bellas para mancharlas con su baba, cuanto más santo y venerable es el asunto que se les ofrece, tanto más acerbos son sus sarcasmos, y más desvergonzada su irreverencia.

Pertenecen estos desdichados á la gran familia de aquellos infernales zumbones del siglo último pasado que, con Voltaire á la cabeza, su jefe y modelo, fueron por el mundo escarneciendo á Jesucristo y á su Iglesia. ¡Cuántos de estos infelices entregaron su alma al demonio, solamente por el gusto de que se les celebrase una gracia!...

Nada hay respetable para estos adoradores del ingenio. Ni el pudor de una doncella, ni la inocencia de un niño les estorbarán para soltar una palabrilla obscena que les bulla entre los labios; ni la canosa ancianidad más venerable estará libre de sus chanzas atrevidas; ni en el sitio más público ó más sagrado se abstendrán de alguna travesurilla que hilvanen en su cerebro vacío.

Molestos siempre, y jamas estimables para los hombres sensatos, acaban tambien por ser molestos aun á los necios que más celebran sus gracias; pues rara vez dejan ellos tambien de trocar sus presuntuosas agudezas en sandeces aflictivas, que suelen crecer en desvergüenza ó en falta de caridad todo lo que menguan en oportunidad y en chiste. A vuestra propia experiencia os remito, y vereis cómo, cada vez que de alguïen se dice: «qué *chusco* es fulano», suele añadirse: «pero se pone muy pesado algunas veces».

Cuidadc que no pretendo yo el imposible de

que en ninguna sociedad de hombres, y mucho ménos de mozos, se haya de estar siempre con la cara larga, y midiendo con un compás cuanto se hable y gesticule. Ni yo os aconsejo esto, ni lo queria tampoco el mismo San Pablo, á quien os he citado ántes. — « Vuestra conversacion, dice á los colosenses, sea siempre sazonada con gracia, con sal, para que sepais cómo debeis responder á cada uno». Es decir, sin ofensa jamas de la caridad, departid siempre entre vosotros con la dulce familiaridad de hermanos.

El honesto gracejo en las palabras no está reñido con la pureza de los pensamientos ni con la santidad de las obras. Conozco á muchos cristianos muy recomendables que, con general estimacion y universal respeto, pasan en el mundo por hombres de buen humor. Y aun suele el gracejo, cuando la caridad lo sazona, ser cierta señal de recta y tranquila conciencia.

Me acuerdo ahora de un buen Obispo católico de los Estados-Unidos, el cual, habiéndosele muerto de repente el humilde caballejo en que solia visitar su extensa diócesis, tuvo que meterse en una diligencia, donde halló por compañero de viaje á cierto ministro de la secta de herejes llamados *presbiterianos*. El tal ministro, al ver al pobre Obispo, quiso darle una zumba para avergonzarle y desacreditarle entre los demas viajeros, que eran tambien protestantes, y con aire burlon le dijo:

—¡Hola! parece que á S. I. tambien le gusta caminar sobre ruedas y en mullidos cojines. ¿Qué se ha hecho del caballejo de marras?

—Se me ha muerto: le respondió el Obispo sencilla y humildemente.

—¡Pobre animal! continuó el ministro zumbon: ¿no habrá podido V. S. I. administrarle los Sacramentos?

—No, señor, respondió el Prelado, sonriéndose dulcemente.

—¿Porqué? insistió el protestante.

—Porque era presbiteriano.

Calló el impertinente burlador, y estallaron contra él las risotadas que queria provocar contra el pobre Obispo, á quien todos los viajeros trataron con respeto y notable deferencia.

Vaya otra anécdota.—Érase un Sacerdote, tan famoso por sus agudezas como por su caridad para con los pobres. Hallábase un dia sin pan que dar á sus hambrientos hermanos, y propúsose á toda costa sacar limosna de cierto ilustre potentado, famoso tambien por su agrio carácter y su corazon sin piedad.—Llegó el humilde Sacerdote á casa del duro señor, y, segun lo temia, oyó una repulsa. Insiste el uno en pedir, y en negar el otro: el primero habla, perora, gime; mas nada logra del segundo sino irritarle hasta el extremo de que, ciego ya de cólera, levanta la mano, y de una descomunal bo-

fetada baña en sangre la boca y narices de su interlocutor.

—Bien; esto es para mí, dice el Sacerdote con acento dulcísimo; pero ¿y para mis pobres? añade, tendiendo la mano suplicante...

He aquí un chiste que hizo sin duda reir á los Angeles, pues que domaron la fiereza de aquel despiadado señor, y por primera vez le hicieron abrir liberalmente su bolsa al desvalido.

¿Quereis ser graciosos é ingeniosos, amados mios? Pues tened caridad, y lo sereis de la manera que puede y debe serlo un cristiano; es decir, con sobriedad, con oportunidad, y para hacer siempre algun bien, jamas para ofender al prójimo, ni por consiguiente á Dios.

XV.

LAS ALMAS DE VIDRIO.

En una comedia, no me acuerdo cuál, de nuestro antiguo teatro castellano, hay un galan caballero, tan gentil como pobre, que se lamenta con su criado de no tener caballo con que lucir su ecuestre gallardía en cierta fiesta para que estaba convidado aquella tarde. Propónele el criado que pida prestado el alazan á otro caballero amigo suyo. Accede el galan á la propues-

ta; y ya parte para ir á casa de su amigo, cuando al criado se le ocurre que acaso éste se hallase tambien convidado para la cabalgata, en cuyo caso no se podia contar con él. Detiénese entónces nuestro apuesto personaje; empieza á cavilar sobre los mil y un motivos que aquel su amigo podia tener para no prestarle el caballo; deduce de su cavilacion la probabilidad de que no se le prestase; y por esto sólo enciéndese en ira querellosa, y con marcial arranque sale á desafiar á su amigo, con ánimo resuelto de matarlo, no en el caso de que no le preste el caballo, sino sólo por haberse figurado posible que no se lo prestase.

En este cómico personaje teneis, amados mios, el tipo de ciertos jóvenes tan cavilosos y quisquillosos, tan dados á una absurda suspicacia, y tan exagerados en esto de los melindres del pundonor, que con ellos es imposible vivir en paz ni un dia.

No pensais siquiera en aludir á ellos en vuestra conversacion; nada tiene que ver con ellos una seña de inteligencia que os han visto dirigir á un amigo, y sin embargo, se les antoja que á ellos habeis querido provocar con tal palabra, inofensiva, aun dado caso que á ellos se refiriese; que de ellos habeis querido burlaros con aquel gesto indiferente; que de ellos murmurabais al decir al otro aquel recado al oido.

¿Pasais distraidos junto á ellos, y no les sa-

ludais? ¿Vais ocupados en un gravísimo pensamiento, y les saludais con frialdad involuntaria? ¿Dejasteis de cumplimentarles el dia de su santo? ¿Omitisteis convidarlos á la reunion que tuvisteis con otros amigos? ¿Os descuidasteis en no usar para con ellos cualquiera de los perfiles de la cortesanía más nimiamente cumplimentera? Pues ahí los teneis, foscos ya, con una cara grave como de majestad ofendida, que apénas os saludan, que nada os perdonan, que todo en vosotros los irrita; y quiera Dios no acaben por retaros á singular combate, para que les satisfagais de agravios que ni aun habeis imaginado causarles.

Pudiera decirse burlescamente de ellos, con más razon que del otro andante caballero:

Mis arreos son las armas,
Mi descanso pelear,
Mi cama las duras peñas,
Mi dormir siempre velar;

pues, efectivamente, en perpetua guerra consigo mismos y con el género humano, estos jóvenes sombríos pagan por donde pecan; es decir, por estimarse desmedidamente á sí propios, viven, como dice Santa Teresa con admirable frase, que vive el demonio en castigo de su soberbia: «*¡desventurada criatura que no puede amar!*»

El recelo tempestuoso, y la ira perpetua que

les devora las entrañas, los lleva instintivamente á ejercitarse en el manejo de toda clase de armas, y los constituye en matasietes y duelistas de profesion. Llegan á figurarse que el mundo entero se les va á caer encima, si, con un par de estocadas ó media docena de balazos dados en el *campo del honor*, no logran conquistar fama de temerones.

Dios os libre, hijos mios, de abrigar este género de alma tan vidriosa y anticristiana, y líbreos tambien de que vuestra mala estrella os ponga en contacto con semejantes matones. Cualquiera de estas dos calamidades os empeñaria en esos que el mundo llama *lances de honor*, y que no son sino crímenes ante las leyes humanas, y sacrílegas profanaciones de la caridad fraterna ante las leyes divinas.

Pero esto bien merece que lo tratemos en párrafo aparte.

XVI.

EL DUELO.

¡Qué horror, qué horror, amados mios! En esta sociedad que se precia de filantrópica y culta; en medio de esta civilizacion que ha levantado profanos altares á la razon humana, ¿cómo es posible que ni las leyes ni las costumbres, ni la fuerza de la opinion, ni el brazo de la

justicia basten á desacreditar esta feroz é insensata práctica del duelo?

Al ménos en la Edad-Media, que le dió orígen, se fundaba esta bárbara costumbre en un principio santo. Creíase en aquellos siglos de fe ruda, cuando todavía el mecanismo político de las sociedades no habia dado al poder público la fuerza que hoy tiene, y cuando era, por consiguiente, necesario que cada cual fiase principalmente á sus puños la defensa de su hacienda y persona; creíase, digo, en aquella edad llamada de *barbarie* que, de dos contendientes citados á la liza, el que llevara razon y justicia, tendria á Dios de su parte, y saldria vencedor. Por eso estos combates singulares se llamaban *juicios de Dios*, y por eso los autorizaban las leyes públicas, y eran contados entre las costumbres legítimas, porque en el fondo se los consideraba justos, y en cierto modo, porque el estado de aquellas sociedades los hacia necesarios.

Esto era entónces. Pero hoy dia ¡gran Dios! que se hace alarde de no creer en tu Providencia; hoy que precisamente los que más impíamente te niegan son los principales defensores y perpetradores de este nefando crímen; hoy que no tiene el duelo más orígen que la ira y la soberbia, ni otro móvil que saciar la sed de venganza; hoy que está declarado y penado en todos los códigos del mundo como un crímen de sacrilegio; hoy que, con la misma y aun mayor energía que

en la Edad-Media, lo anatematiza la Iglesia hasta el punto de negar sepultura eclesiástica á los reos y cómplices y consentidores de un duelo; hoy, en fin, que habituadas casi todas las naciones de Europa á esta especial publicidad desvergonzada que ha extinguido en las almas casi todo sentimiento de verdadero honor, se tributa culto idolátrico y casi exclusivo al vil interés y á todos los apetitos degradantes de cuanto siempre se ha llamado *honor* entre cristianos... ¿hoy qué es, qué significa el duelo?

¿De qué manera, bajo qué pretexto plausible puede justificarse esa culpable benignidad con que la preocupada opinion del mundo le califica, ni lo que es aún peor, esa connivencia de los magistrados mismos y de las autoridades, que visiblemente protegen y aun alientan el duelo, ya omitiendo impedirlo cuando pueden, ya oscureciendo oficiosamente la verdad cuando lo juzgan, para no castigarlo como deben?

¿Qué cuenta no darán á Dios del escándalo por ellos causado esos hombres constituidos en dignidad, á quienes á veces vemos medir sus armas en lances sangrientos, sin respeto quizás á sus propias canas, con desprecio de las mismas leyes que están encargados de guardar, con ofensa del Dios en cuyo nombre ejercen el poder ó poseen la elevada dignidad que tienen? ¿Qué ejemplo dan á los jóvenes, en quienes el ardor de la sangre, al ménos, y la imprevisora

temeridad de sus años pudieran servir de alguna disculpa?

Jóvenes cristianos, ¡la provocacion ó la aceptacion de un duelo es una profesion pública de ateismo: es una violacion de los deberes religiosos, de los deberes sociales, civiles y políticos; es renegar de su fe, es echarse en brazos del demonio, escupiendo en el rostro al Angel de la caridad; es tan horrible como el suicidio, tan criminal como el asesinato, tan vil como el robo!

¡Oh Dios santo y misericordioso! ¡oh Salvador Jesucristo, tan lleno de paciencia y mansedumbre! Tú perdonaste á tus enemigos, bendijiste á tus perseguidores, pediste á tu Padre Eterno por tus verdugos! ¡Y tus hijos, en una edad en que, si por algunos desdichados se te niega tu naturaleza divina, se te confiesa al ménos por todos como maestro y autor primero de nuestra civilizacion; por una miserable cuestion, á veces, que ni alcanzar debiera á resfriar la caridad más tibia, salen á disponer, unos contra otros, de la vida que tú les diste, y que es sólo tuya!...

Y no solamente salen, sino que salen en toda regla, conforme al espantoso código establecido por barateros casuistas, que miden con una frialdad satánica el alcance de una bala ó la longitud de un acero; que afectan constituir un tribunal de *conciencia;* ¡como si la conciencia tuviera

nada que hacer donde Dios no está! ¡que se hacen árbitros de la sangre, de la vida y del honor de los hombres; que impasiblemente y sin un solo remordimiento, despues de haber visto á un padre de familia quizás morder espirando el polvo sangriento, escriben un acta firmada por ellos, declarando que los réprobos combatientes *se han portado como cumple á buenos caballeros!...*

Y aun no pára en esto el escándalo, sino que ademas esta acta se publica en la primera llana de todos los periódicos; y en vez de servir, como debia, de cabeza de proceso para que los tribunales juzgaran y castigaran, no sirve sino de ostentosa, solemne y hasta honrosa impunidad, cuyo menor mal consiste en probar á una sociedad toda entera que ni las leyes de Dios, ni las leyes de los hombres tienen fuerza ninguna contra las sugestiones del orgullo feroz y de la cólera homicida!

Y aun no queda aquí el escándalo: sino que, para hacerlo todavía más repugnante y verdaderamente inconcebible, sucede que esas mismas leyes y autoridades que con su omision y su aquiescencia protegen el crímen de los hombres cultos que se matan solemnemente delante de testigos, con florete ó pistola, son quizás implacables con el hombre rudo del pueblo que, si bien no ménos criminal en darse de navajadas con un adversario, tiene al ménos el pudor de

esconderse para hacerlo, y obra como quien sabe que su crímen está penado por las leyes, y perseguido por la justicia.

El crímen cometido con navaja, sin escándalo, por dos hombres rudos, y acaso embriagados, á quienes pudiera servir de disculpa su propia rudeza ó su embriaguez, es perseguido sin piedad, y castigado con un suplicio ó con un presidio infamante. Y el mismo crímen, cometido con florete ó pistola por dos *caballeros*, preparado con sangre fria, perpetrado á la luz del sol, pregonado despues con encomio, de palabra, por escrito y en impresos públicos, no solamente no es castigado, sino que saca por premio una aureola de respeto y admiracion, bastantes á oscurecer el brillo de las leyes que lo condenan, y á cegar la vista de las autoridades encargadas de impedirlo, de juzgarlo y de castigarlo!

¿Y á una sociedad en que esto es posible, se la llama culta? ¿Y puede haber en ella cristiaños que presencien impasibles semejante escándalo, y que, ó dominados por una preocupacion incalificable, ó comprimidos por una cobardía indigna de cristianos, dejen de protestar con todas sus fuerzas, y de poner el grito en el cielo con más energía que si se tratara de defender sus propias vidas y haciendas?...

XVII.

EL VERDADERO VALOR.

Pero aquí os estoy ya oyendo preguntarme: —¿Y qué hemos de hacer nosotros contra una costumbre tan acreditada, segun V. mismo confiesa, que las leyes mismas con todo su rigor no pueden destruirla, ni las autoridades con todo su poder alcanzan á castigarla? Si se nos causa uno de esos agravios que suelen en el mundo provocar estos *lances de honor*, ¿hemos de devorar en silencio el insulto, y arrostrar la fama de hombres cobardes y sin honra? Si, en cambio, hemos sido nosotros los agraviadores, y se nos reta en consecuencia, ¿hemos de negar la satisfaccion que se nos pide con las armas en la mano?

Estos y otros argumentos parecidos son los que el error y la perversion oponen para defender y justificar el duelo. Voy á responderos con cristiana lealtad, amigos mios.

Ante todo, llamo vuestra atencion sobre la casi absoluta imposibilidad que hay de que un jóven cristiano, es decir, que viva cristianamente, se halle comprometido en uno de estos lances.

La cosa es clara: si sois cristianos, y vivis como cristianos, es imposible que agravieis á

nadie de manera que le exciteis á desafiaros; y es seguro que, si por desgracia os habeis excedido alguna vez para con otro en palabras ó en obras, ó lo habreis hecho sin ánimo de ofenderle, y entónces la caridad y el buen sentido os mandan manifestárselo así, ó habreis realmente incurrido en falta con intencion, y en ese caso debeis pedir perdon al ofendido, devolviéndole multiplicado con vuestra humildad y arrepentimiento el respeto que le habeis negado.

Si sois cristianos y vivis como cristianos, no es fácil que os halleis en sitios ni con gentes que puedan agraviaros. Pero si, por alguna coincidencia desgraciada, por error ó malquerencia de otro, os viereis de él agraviados, la caridad os manda perdonarle y no pedirle cuenta. Si el agravio que se os ha inferido es tal que no puede causar grave daño á vuestra estimacion, ¿qué sacrificio haceis con perdonarle y callaros? Y si es tal que puede dañaros gravemente, ¿qué mérito no alcanzais ante Dios, llevándolo con resignacion y en silencio, y perdonando y amando con toda vuestra alma al que os lo causó?

Pero aquí me direis que os exijo, como un deber comun y ordinario, sacrificios de amor propio, y esfuerzos de caridad heróica; y que el heroismo no se manda, ni todos podemos ser santos.

Esto no es verdad: todos podemos ser santos. Pero voy á transigir con vuestra flaqueza;

enhorabuena, no os exijo que seais santos. Os concedo plenamente el derecho á pedir cuenta de una ofensa grave que se os haya causado. Todavía os concedo más, y es que puede haber ocasiones en que fuera escandaloso el callaros.

En este caso os digo, primero, que en el acto mismo de pedir cuenta á vuestro ofensor, teneis la obligacion, comun y ordinaria para todo cristiano, de llevarle ya perdonado. Para todo cristiano es obligacion comun y ordinaria aquella que, no cumplida, le pone en pecado mortal; y ésta es la obligacion de no guardar odio ni rencor contra nadie.

Esto supuesto, os digo ahora que si la ofensa que se os ha causado es de tal modo grave que exige realmente el pedir cuenta de ella, teneis, primeramente, el medio de reconvenir con prudente mesura á vuestro ofensor, y excitarle con vuestra misma prudencia á que os desagravie. Si no podeis conseguir esto, abierto teneis el camino de los tribunales de justicia, que cuidarán de desagraviaros en la forma y modo que prevengan las leyes.

Si los tribunales os negaran la justicia que se os debe, cuenta darán á Dios los inicuos magistrados. Pero vosotros nada más teneis que hacer. ¿Pedisteis justicia á los hombres, y los hombres no os la hicieron? Pues pedid vosotros á Dios misericordia para con esos hombres injustos. Eso es lo que hace un cristiano.

En resúmen: ¿os han ofendido? Perdonad y olvidad, y sufrid en silencio. ¿No teneis valor suficiente para sufrir en silencio, ó creeis necesario pedir cuenta de la ofensa? Perdonad de todos modos, y reconvenid dulcemente á vuestro hermano para que os desagravie. ¿Os niega vuestro hermano el solicitado y justo desagravio? Acudid á los tribunales para que se os haga justicia, pero sin deseo de venganza. ¿Os niegan justicia los tribunales? Pues sufrid, callad y orad por vuestros ofensores.

¿Habeis tenido la desgracia de ser vosotros los ofensores y no los ofendidos? Pedid perdon á vuestro hermano, y que no se ponga el sol de aquel dia sin que os hayais reconciliado con él. ¿Os niega vuestro hermano el perdon que le pedis, y se obstina en tomar de vosotros una venganza sangrienta? Respondedle que sois cristianos; que no podeis batiros; que no podeis disponer de vuestra vida ni atentar á la de otros; que no podeis ultrajar las leyes divinas, ni violar las leyes humanas.

¿Os tachan de cobardes? ¿Se burlan de vuestra mansedumbre? Compadecedlos, porque esos desgraciados no conocen el celestial goce de perdonar y de amar: compadecedlos, porque esos infelices son esclavos miserables de las viciosas preocupaciones del mundo, y no saben medir los quilates del valor cristiano, único valor verdadero.

Podrá ser que con esta conducta perdais, durante algun tiempo nada más, la estimacion de los necios. Pero ¿qué os importa á vosotros semejante estimacion? ¿Habíais por eso de enemistaros con vuestro Dios, y de desacreditaros con las gentes sensatas? Esta sí que fuera insigne necedad.

Necedad es de todos modos, como quiera que considereis el asunto; pues lo propio que tiene de criminal y de sacrílego, eso mismo tiene de absurdo y disparatado.

Figúrate que en una reunion hay un sujeto burlon ó iracundo que, desmandándose contigo, te llama *majadero*. O lo eres, ó no lo eres. Si no lo eres, ¿comenzarás á serlo porque aquel otro te lo haya llamado? Y si lo eres, ¿dejarás de serlo despues que le hayas dado una estocada? Esto en el caso de que seas tú el que la dé; porque si te la dan, entónces, ademas de quedarte tan majadero como ántes, llevas contra ti el tener agujereado el pellejo; para con los malignos, un motivo más de que se burlen de ti; para con la gente juiciosa y honrada, la tacha doble de ser majadero y espadachin; para con Dios, finalmente, la inmensa desgracia de haberle tan gravemente ofendido. De manera, hijo mio, que has hecho una valiente jugada.

¿Te escuece que te tengan por cobarde, en el sentido que el mundo necio da á la palabra *cobardía?* Pues ten un poco de paciencia; que

cuando ya el mundo no se acuerde para nada de ti, y te olvidará bien pronto, te llegarán ocasiones en que pruebes tu valor.

¿Quién te dice que el dia mismo en que hayas cometido la *cobardía*, segun el mundo, de no aceptar un reto, no tendrás ocasion de arrojarte quizás entre las llamas de un incendio ó en la creciente de un rio para salvar á un niño ó á un anciano? ¿Quién te quitará que, lidiando heróicamente en la guerra contra los enemigos de tu patria, llenes el universo con la fama de tus proezas?

Óyeme un caso que viene aquí muy á pelo. En el último tercio del siglo XVII, famosa edad de caballeros matasietes y de estudiantes pendencieros, hallábase estudiando en la Universidad de Padua cierto jóven, tan insigne por su nobleza como ilustre por sus maravillosos talentos y sus heróicas virtudes. Resplandecian entre esta últimas la modestia y humildad, en tan sumo grado, que eran bastante causa á que la envidia oculta de sus condiscípulos matones le motejase continuamente de *maricon*, *gallina*, más hecho para llevar rueca que espada, y para habitar entre cartujos que entre caballeros.

Crecieron un dia con tan desenfrenada impiedad estos habituales insultos de los estudiantes contra nuestro jóven, que uno de ellos, indignado de verle sufrir sin impacientarse de semejante zumba, llamóle mal caballero, cobarde,

vil, y otras lindezas de este jaez, todo porque no pedia satisfaccion en duelo de los agravios que haciéndosele estaban.

—¿Para qué he de pedir esa satisfaccion? preguntó nuestro humilde mancebo.

—Para arrancarles la lengua, respondió su interlocutor.

—Dios me lo prohibe, replicó el mancebo.

—¿Es decir, que si os atacaran, no os batiríais, y os dejaríais ensartar como un pollo?

—¡Oh! en ese caso, repuso el jóven, verian esos valientes que tambien mi acero tiene aguda la punta.

—¡Bah! tú serás siempre un villano sin sangre en las venas.

Aquí quedó el diálogo. Deshízose el bullicioso grupo. Pasáronse unos cuantos dias, y he aquí que cierta noche, al volver nuestro jóven á su casa, se encuentra repentinamente asaltado por dos bravos que, espada en mano, le gritan:

—¡Alto, ó eres muerto!

El jóven da entónces un paso atrás, desenvaina su tizona, cierra denodado contra los dos adversarios, y zis, zas, á éste quiero, á éste no quiero, los desconcierta, los desarma, y los pone en vergonzosa fuga.

El mancebo, que no era fanfarron, guardóse el lance para su coleto, y á nadie lo refirió; pero no pudo éste quedar tan oculto, que no trascendiera y llegara á oidos de los estudiantes; los

cuales desde entónces miraron ya á su modesto compañero con algun más respeto, y se guardaron muy mucho de dirigirle ni una sola palabra descompuesta.

Nuestro mancebo no por eso dejó de ser tan modesto y humilde como convenia á los designios del Dios que le guardaba para escribir su ilustre nombre en los anales de la Iglesia, que hoy le venera en sus templos, y le llama San Francisco de Sales.

Tan cierto es, hijos mios, que aun para con el mundo mismo, la suprema habilidad en este asunto del duelo como en todos los demas de la vida, es cumplir con nuestros deberes de cristianos.

XVIII.

AFEMINACION.

He aquí otro vicio, no raro por desgracia en los jóvenes, diametralmente opuesto al de la matonería, y cuyo orígen es también, sin embargo, la vana estimacion de sí propios, y cuyo móvil especial es el deseo de agradar á cierta clase de personas, y ser festejados de ellas.

El alma se me cae á los pies cada vez que me encuentro por el mundo á uno de esos mancebos de espíritu tan vacío y de corazon tan

ruin, que ni en sus cabezas perfumadas y cabellos ensortijados cabe un pensamiento de hombre, ni en su afeminado pecho se alberga jamas afecto que no sea inspiracion de un sentimentalismo tan corruptor como despreciable.

Entro en su gabinete, y me trastorna aquella atmósfera de perfumería que, repartida con nimia profusion, clasificada como un laboratorio de química, y entre una batería asombrosa de tenacillas, limas, tijeras, pinzas, cepillos, brochas, peines, gomas, polvos, ceras y jaropes de toda traza y catadura, se mira en jarros y cajas enfiladas delante del espejo, y esperando á que el Adonis de aquel oloroso templete los vaya utilizando para guisar su delicado cútis y sonrosadas uñas, sus undosos cabellos y anillada barba, sus lindas manos, ajenas á toda buena obra, su boca de eterna risa, y de donde jamas ha salido una palabra grave.

Abro sus cómodas y escaparates, y me pasmo ante aquel laberinto de trapos y baratijas que, á manera de un mercader de ferias, tiene allí simétricamente compartido en seccion de chalecos y corbatas de innumerables telas, formas y labores; en seccion de pantalones, gabanes, levitas, *paletots*, fracs, de varias hechuras y de todos los colores imaginables; en seccion de corsés y pecheras, de cintas y botones, de broches y guantes, de bastones y cadenetas, de charoles y fieltros... ¿qué sé yo? Aquel mozo ha

despoblado las anaquelerías de todos los *almacenes de novedades* de Europa.

Cada vez que recibo una carta suya, creeria ántes de abrirla, si yo fuera galan mundano y presuntuoso, que era un amoroso mensaje de la más relamida cortesana: tal y tan risible es la femenil exquisitez de aquel oloroso pliego, tan terso y lustroso, tan timbrado y orlado, escrito con pluma de cristal guarnecida de plata, sembrado de polvos de oro, y sellado con un camafeo de pulidos esmaltes. Escribiéndome á mí esta especie de billetes, figuraos qué será de los que su frívolo caletre hilvane en almibaradas frases cuando se dirija á la Marquesita para preguntarle cómo ha pasado la noche, á la Condesita para remitirle un ejemplar de la novela de moda, y en fin, á todas las damas y damiselas, de quienes se juzga ser ídolo y maravilla, para negocios de la propia importancia, poco más ó ménos.

Su habla parece el aura que suspira; sus movimientos la ondulacion del sauce. El corte de su chaleco es para él un negocio de Estado; el lazo de su corbata un verdadero arco de iglesia. Su filosofía es un catálogo de todos los refinamientos inventados en el mundo para satisfacer todos los caprichos de la humana vanidad; su política y su historia están reducidas á saber cuándo da un baile la mujer del Ministro; su literatura es el *album de las modas*...

¡Divino Señor! ¿y es éste un hombre hecho á tu imágen y semejanza? ¿Y por él, para redimirle, para restaurar su dignidad de hombre, te hiciste tú hombre como él, y derramaste tu preciosa sangre en el Calvario? ¿Y la Iglesia de Jesucristo le tiene por miembro suyo, y le hace partícipe de sus tesoros de salvacion? ¿Y mañana será ese hombre un padre de familia? ¿Y podrá quizás la fortuna caprichosa colocarle entre los legisladores de su patria, entre los gobernantes del Estado? ¿Cuál será la religion y la moral de semejante mujerzuela? ¿Qué cuenta dará á Dios del tiempo y del dinero malgastados en tan necias vanidades?

El Angel de su guarda llora, plegando ante él las alas abatidas, viendo cuán vanamente con sus avisos celestiales ha querido tantas veces encender en aquel seno helado una sola chispa de caridad. Ante sus ojos ha puesto al pobre hambriento y menesteroso, y no ha conseguido excitar en él un solo movimiento de compasion. Le ha hecho presenciar la muerte repentina y desastrosa de algunos de sus mismos compañeros en la disipacion, y no ha logrado sino infundirle un terror mujeril, tan pasajero como estéril.

¡Pluguiese á Dios que al ménos su corrupcion no pasara el límite de estas lastimosas frivolidades, sin que el progreso mismo de la edad convierta sus pueriles devaneos en vicios espan-

tosos, sus faltas en crímenes, y su indiferencia religiosa en impiedad feroz y desatada!

Verdaderamente este infeliz es más necio que cuanto él se figura. Pretende agradarse á sí mismo, y nada consigue sino depositar allá en el fondo recóndito de su adormecida conciencia un gusanillo roedor que le avisa de su propia degradacion, y le va llevando por sendas de flores á los abismos del *tedio*. Pretende agradar á las mujeres, y las mujeres, aun las más corrompidas, le desprecian y burlan sin tregua ni piedad. ¡A quien no pretende agradar nunca es á Dios, de quien jamas se acuerda!...

No extrañeis, queridos mios, que insista tanto en haceros odioso este vicio de la afeminacion, al parecer tan inocente; no lo extrañeis, porque vivimos hoy dia en una edad de molicie, tan universal y tan corrosiva, que no parece sino que ha resucitado entre nosotros el antiguo paganismo.

El furor industrial de nuestros dias ha multiplicado tan asombrosamente los productos de toda clase destinados á satisfacer la sensualidad y el lujo, que apagándose cada dia más en las clases acomodadas los pensamientos y los afectos varoniles, van los hombres convirtiéndose verdaderamente en mujerzuelas, y perdiendo privilegios de su ser de hombres, á medida que van perdiendo su ser de cristianos.

Y no penseis que, al deciros esto, pretendo

vedaros el uso de aquellas comodidades y de aquel honesto porte que estén en proporcion con vuestra clase y haberes; no. Al contrario: soy de los que piensan que el aseo y modesto aliño del cuerpo suelen ser indicios de la limpieza y rectitud del alma. En este punto, no sé daros mejor la medida conveniente, que recordándoos aquellos sabrosos versos de nuestro clásico:

« Quiero seguir al pueblo en el vestido;
En las costumbres, sólo á los mejores,
Sin presumir de roto y mal ceñido.
No resplandezca el oro y los colores
En nuestro traje, ni tampoco sea
Igual al de los dóricos cantores.
Una mediana vida yo posea,
Un estilo comun y moderado,
Que no lo note nadie que lo vea».

Dentro de los límites de esta moderacion cabe anchamente conciliar los legítimos miramientos que debemos á nuestra posicion social, y á los respetos del mundo en que tenemos precision de vivir, con las reglas de templanza, y hasta con los preceptos de mortificacion que nos impone nuestra fe cristiana.

Dos clases de jóvenes hay á quienes os aconsejo no dispenseis nunca vuestra confianza: á los que no recen sus oraciones por mañana y

tarde, como decia San Vicente de Paul, y á los que habitualmente anden sin reparo desaliñados y sucios.

En este particular, hijos mios, como en casi todos los actos de la vida humana, suele no ser posible ni conveniente fijar reglas muy minuciosas. Todo depende de la intencion con que se obra. Proponeos, en primer lugar, servir á Dios; trazaos en vuestra propia conciencia cristiana el justo límite de lo que debeis á vuestra dignidad y á los respetos del mundo; y consultad, sobre todo, á vuestro director espiritual para que confirme vuestra eleccion, si es buena, ó para que, en otro caso, rectifique vuestro extravío.

Haya humildad en vuestro corazon, y será modesto vuestro porte; llevad como primer propósito el de no ofender á Dios, y vereis cuán fácil se os presenta en todo este negocio la norma cristiana que debeis guardar, y cuán difícil es que incurrais en degradantes afeminaciones.

XIX.

LA GALANTERÍA.

De todas las corrupciones y miserias que pérfidamente oculta nuestro siglo, disfrazándolas con nombres al parecer honestos y decentes,

ninguna hay más peligrosa para vosotros, amados jóvenes mios, ninguna más enemiga de la modestia, del reposo, de la cultura intelectual y de la pureza del corazon, que la corrupcion de costumbres significada con el nombre de *galantería*.

Ninguna, digo, más peligrosa ni más funesta, porque ninguna otra hay que tenga caminos tan multiplicados y expeditos para promover, nutrir y acrecentar en vuestros pechos el natural hervor de las juveniles concupiscencias.

Hubo un tiempo para España, queridos mios, en que la religiosidad de las almas y la decencia de las costumbres ponian entre el hombre y la mujer barreras que jamas se saltaban impunemente por el uno ni por la otra. No es esto decir que aquella nuestra antigua sociedad estuviera exenta de hipocresías con que se ocultaban flaquezas y liviandades, que por desgracia no faltarán donde quiera que haya hombres y mujeres. Pero es indudable que entónces las severas leyes del honor, protegiendo harto mejor que en nuestros dias el recinto del hogar doméstico, auxiliaban muy poderosamente á la Religion, de quien eran hijas, para guardar la castidad de nuestras mujeres, y para reprimir los livianos antojos de nuestros hombres.

Si en el curso de vuestros estudios literarios habeis tomado alguna noticia de nuestro antiguo teatro español, fácilmente habreis hallado en él

la confirmacion de cuanto os digo. Aquella desdeñosa altivez de nuestras damas, aquel respeto casi idolátrico con que las tratan los galanes; aquella severidad casi fiera con que padres, hermanos y tutores consideran como un mortal agravio contra el honor de su casa el más comedido obsequio de palabra ó de obra dirigido á sus hijas, hermanas ó pupilas; aquella decente sobriedad con que nuestros poetas dramáticos de entónces presentaban, *muy rara vez* por cierto, en escena el personaje de una mujer casada; la crueldad feroz con que los maridos castigaban, no ya el delito manifiesto, sino la más leve sospecha de delito en sus mujeres; aquella multitud de artificios inventados por damas y galanes para burlar un momento la vigilancia de los padres, y hablar algunos instantes, separados por los gruesos hierros de una reja ó por la altura de un balcon; aquel no suponerse, ni por un momento siquiera, que un galan hable á una dama, ó que ésta le escuche galanteos, sino con fin honesto de contraer matrimonio: todos estos caracteres y otros muchos más que pudiera señalaros como esenciales y perpetuos de nuestro antiguo teatro español, llegan á presentarnos un cuadro vivo de las costumbres de aquellos tiempos.

En este cuadro vivo, si bien hallamos numerosos ejemplos que prueban cuán funesta y peligrosa es en todos tiempos y lugares la natural

fragilidad de las mujeres, y la emprendedora fogosidad de los mancebos, hallamos tambien fielmente pintadas la cristiana decencia de costumbres, la honesta comunicacion entre los dos sexos, á que nuestros mayores daban el nombre de *galantería*.

No quiero yo deciros, Dios me libre, que todo aquello fuera tortas y pan pintado; ni tampoco os recomiendo este cuadro literario de nuestro teatro antiguo, como código de moral, y ejemplo saludable que debais seguir en el punto de que tratamos. He querido únicamente daros una idea de lo que ántes pasaba en este particular, para que, por medio del contraste, podais entender todo lo repugnante, lo corruptor, lo indecoroso de lo que hoy pasa.

Dejemos por de pronto á un lado la falta de buena crianza, cuando ménos, que hay en dirigir la palabra á una mujer entre las bocanadas de humo del cigarro; y apartemos desdeñosamente nuestra vista de la irrespetuosa petulancia con que la moderna galantería se precia de mostrar delante de las mujeres posturas y movimientos que aun en un cuerpo de guardia harian poco favor á personas bien educadas. Hoy dia suele llamarse *buenas maneras* en sociedad, á cosas que nuestros padres hubieran, con razon, tenido por innobles groserías.

El jóven galan de estos tiempos ha de tener suficiente desenfado para repantigarse en una

butaca, con una pierna sobre otra, y desde aquella trípode lanzar miradas atrevidas y señas inconsideradas, sin dársele un ardite de padre ni de madre, de amigos ni de contertulios; ha de tener bastante marcialidad para acercarse con todo aplomo y con cierto airecillo de conquistador á estrechar la blanca mano de la señora de sus pensamientos, ora la encuentre en su casa, donde al ménos no da escándalo, ora en medio del paseo, ó en el palco de un teatro, ó hasta en el sagrado de un templo.

La galantería de estos tiempos es una familiaridad ilimitada, en la que caben licencias que en otro tiempo se habrian llamado, con razon, liviandades deshonestas, y que habrian podido pagarse hasta con la vida. La Religion las llama pecados graves, y en nombre de la castidad pide estrecha cuenta de ellas al jóven cristiano.

¡Y si al ménos esta licenciosidad de trato y de las costumbres estuviera solamente autorizada entre jóvenes destinados á ser esposos! Peligrosa siempre, y no decente nunca, condenada de todos modos por nuestra Religion, tendria á lo ménos algun género de excusa ante el mundo. Pero no: esta licenciosidad es moneda corriente en todos los dominios de la moderna galantería.

El galanteo era ántes la puerta del matrimonio; pero hoy ha tomado puesto entre los pasatiempos lícitos, sin que la conciencia de un jóven se sienta gravada, ni se alarme el pudor

de una doncella, porque se pasen semanas y meses y años, escribiéndose mutuamente melosos billetitos, dirigiéndose frases apasionadas, mostrándose en público con toda la intimidad de Calixto y Melibea; y todo esto sin que haya mediado ni una sola palabra que suene á matrimonio, y quizás sin que los padres mismos de la doncella ni del mancebo hayan preguntado una sola palabra que indique, en los de ella, cuidado por la honra de su hija, ni en los de él, cuidado por la castidad de su hijo.

El mancebo, olvidado de Dios y de todos sus deberes, se abandona á los sabrosos ocios de sus livianas imaginaciones; descuida sus estudios y sus trabajos; emplea la mañana acicalándose en su tocador y leyendo novelas; la tarde caracoleando en la calle ó en el paseo, á pie ó á caballo, para flechar ojeadas y suspiros; la noche, en fin, ocupado sin estorbo alguno en tiernas pláticas al borde de la chimenea ó en un rincon del gabinete.

La doncella, recelosa de su madre, desabrida con sus hermanos y criados, entregada á todos los estragos de una melancolía sentimental, nutrida por el ocio, envenenada por la pereza, exaltada con el estímulo de los recuerdos, atenta únicamente á satisfacer las voracidades de una sensualidad sin freno, sin dar más tregua á sus celos y cavilaciones, á sus iras y desdenes, á sus ternezas y sobresaltos, que el tiempo em-

pleado en imaginar adornos para su cuerpo, y en añadir encantos á aquella fatal belleza que ha de robarle, si su Angel custodio no la defiende, el honor y la paz en esta vida, y la salvacion en la otra.

A este sentimentalismo corrosivo, engendrado por la mala educacion primera, sostenido por la criminal tolerancia de nuestras costumbres públicas, y perfeccionado por todo este sistema de sensualismo grosero de nuestra edad; ¡á esto se llama hoy *galantería!*

¡Dios mio! ¡Y esa pobre niña, que por sendas de impudor va caminando al deshonor y al infierno, será mañana cabeza de familia, centro del hogar doméstico, esposa nuestra ó de nuestros hijos, madre de nuestros ciudadanos!

Y tú, jóven imprudente, ya que no seas malvado, ¿te parece que nada más hay que hacer con una mujer cristiana, sino adular su femenil vanidad, tan excitable ya de suyo, con lisonjas que ella y tú tengais la desgracia de creerlas inspiradas por un afecto inocente y sin peligros? ¿Tan poco respeto te inspira la dignidad de una mujer cristiana, que nada más sabes hablarle sino de su belleza y de su elegancia? ¿No ves que es una criatura por quien Jesucristo derramó, como por ti, su preciosa sangre, y la que puede, en fin, pedirte en el gran dia del juicio tan espantosa cuenta del mal que le has hecho?

Y si estas consideraciones de obligatoria

caridad no te mueven, muévante al ménos razones de prudencia. Ya que no tengas compasion de tu víctima, tenla de ti, desgraciado jóven. Tenla de esa imaginacion incendiada, que va con sus llamas devorando tu salud y tu conciencia, tu alma y tu cuerpo; tenla de esa mente, que se te va disipando en pueriles torneos de ingenio, y que va perdiendo todo el vigor para adquirir y retener las ideas varoniles; tenla de ese corazon que va falseando sus más puros afectos, adulterando sus instintos más legítimos, perdiendo la facultad de los nobles deseos y de las nobles aspiraciones; tenla de tu porvenir, cuyo reposo y decente sostenimiento penden del cultivo de la ciencia ó del arte á que te has consagrado; tenla de tu patria, en cuya general corrupcion tomas más parte de la que piensas; tenla, en fin, de tu alma que, entre las manchas más oscuras con que puede presentarse ante su Juez eterno, ninguna llevará quizás tan difícil de lavarse como éstas de la impureza, que á un mismo tiempo ennegrecen el cuerpo y el alma.

Cosa es que pasma, por cierto, la indulgencia con que el mundo suele contar en la lista de inocentes *mocedades* este grande enemigo de la juventud cristiana. En vano la Iglesia multiplica sus avisos paternales para prevenir á los jóvenes contra los riesgos y asechanzas de este demonio, el más astuto, el más tenaz enemigo de las almas juveniles: en vano la sabiduría de todos los

tiempos le ha condenado como al adversario más temible de la felicidad de los individuos, de la paz de las familias y de la prosperidad de las naciones: en vano la experiencia diaria confirma cuanto la Religion y la razon cuentan de sus estragos. En vano todo, pues la humana corrupcion, ingeniosa siempre para disculpar sus vicios, y para ocultar sus deformidades, se empeña en hablar y tratar de esta gran deformidad de nuestras costumbres públicas, como si apénas la contase en el catálogo de los pecados capitales.

¡Señor! ¿á dónde vamos á parar? ¿Es posible que el sentido moral se haya cegado hasta semejante punto en los corazones? ¿Es posible que en una sociedad cristiana se miren con semejante indiferencia las ofensas gravísimas de Dios? ¿Es posible que, sin haber perdido todo género de razon y de sentimientos religiosos, conspiren de esta manera las leyes y las costumbres para relajar los vínculos que son el fundamento de la familia, y sin los cuales la nacion más culta en nada se diferenciaría de una horda de salvajes?

Jóvenes cristianos: en verdad os digo que si vosotros, con vuestra doctrina y vuestros actos, con vuestras ideas y vuestro ejemplo, no os apresurais á protestar contra todas estas degradaciones del sentimiento cristiano y del sentimiento moral, comprendidas bajo el nombre comun de *galantería*, sereis responsables ante

Dios y ante la patria de haber dejado morir en España hasta la última esperanza de extirpar tantas ponzoñas como nos han traido las grandes corrientes de perversion que se han levantado en la Europa de los tiempos actuales.

XX.

MÚSICAS Y DANZAS.

Para ejercitarse en sus satánicas empresas necesitaba la galantería poseer un campo espacioso y oportuno. ¿Qué haria con encerrarse entre paredes, y limitarse á corromper la juventud en el recinto doméstico? Aquí podia haber lugar para el vicio, pero no para el escándalo; y el escándalo es el pasto sabroso de las almas sensibles de estos tiempos.

—«¿Cómo haré yo, dice el espíritu de este siglo de las luces, para raer de los rostros la vergüenza, y de los corazones el remordimiento?—Es muy sencillo; haré de la impudencia un ramo de comercio libre; la extenderé á todas las clases de la sociedad; la disfrazaré con el nombre de *honestos recreos*, de pasatiempos lícitos; la pondré en el primer capítulo del poderoso código de la moda; la identificaré con el progreso de la industria y de las artes; me atreveré hasta

explotarla como medio de gobierno ó como recurso de beneficencia (*); la intercalaré en los protocolos de la diplomacia, y la haré apéndice obligado de la cortesana política; llamaré *buho siniestro*, ridículo Aristarco al hombre de bien que intente mostrarme tal como el diablo me ha hecho; y me arreglaré, finalmente, en todo y para todo, de manera que se me tenga y venere como una muestra de cultas sociedades y de civilizacion adelantada».

(*) Ahí están, si no, los bailes y funciones teatrales, dadas por empresas particulares, y por los Gobiernos mismos, á beneficio de personas necesitadas y de asilos públicos de caridad. Sería curiosa una estadística hecha para comparar el mezquino socorro que los *beneficiados* suelen obtener por este medio, con la suma de escándalos y perversiones de la moral pública y privada que se ostentan en muchas de las tales funciones *á beneficio*.

No, no es *caridad cristiana* la que se ejerce por medio de un deshonesto bailoteo, ni las lágrimas del desgraciado se mezclarán verdaderamente nunca con las lágrimas vertidas por una coqueta filantrópica en la representacion de un drama sentimental, ni mucho ménos con las indecentes bufonadas de una *piececita verde*. La *caridad cristiana*, que es la única madre de la verdadera *beneficencia* y de la sana *filantropía*, tiene una alcurnia demasiado noble para que deba ser alimentada con el mezquino y degradante socorro que puedan ofrecerle los productos de la mundana vanidad, y las contribuciones del vicio.

Esto se dijo para sus adentros el impudente sensualismo de la edad que atravesamos; y para realizar su plan, nos dió, entre otros regalos de su especie, los bailes y conciertos, los teatros y paseos, los liceos y casinos; en resúmen, las fiestas y regocijos que ogaño se estilan.

Corramos el telon, y vamos á ver algunas escenas de este edificante cuadro.

Ante todo, venid conmigo, padres y madres de familia, jefes de fábricas, maestros de talleres; venid conmigo á una de estas reuniones de tarde, celebradas por lo comun al aire libre, bajo los nombres del *Ariel*, de la *Camelia*, la *Juanita*, etc., etc., y á las cuales se convocan en los domingos y demas dias de fiesta vuestros criados y criadas, vuestros obreros y dependientes. Venid á ver cómo esos hijos é hijas del pueblo, encargados á vuestra tutela, y de cuyas almas os hacen en gran manera responsables la sociedad, que os los da para vuestro servicio, y la Religion que los pone bajo el amparo de vuestra potestad directiva; venid á ver cómo pierden, entre brincos y comilonas, entre requiebros y murmuraciones, hasta el último resto de fidelidad y de sumision que en vano les exige vuestra autoridad.

Allí es donde se juntan para remedar, con toda la perfeccion posible, los desenfrenos de vuestro lujo, la impudente sensualidad de vuestros goces, los alardes de vuestra mundanal va-

nidad, los refinamientos de vuestra molicie, y el espectáculo de vuestras liviandades.

Os han oido decir constantemente que la vida se ha hecho para gozar, y ven que en efecto vosotros no la empleais en otra cosa: quieren gozar como vosotros. Os oyen á cada instante quejaros de vuestra posicion, por buena que sea, y aspirar con frenética ambicion á saliros á toda costa de vuestra esfera social: quieren tambien imitaros en esto; y mal avenidos con el nombre y suerte de criados y criadas, de oficiales y dependientes, aspiran á ser señoritos y señoritas. Os ven poco escrupulosos en la eleccion y uso de medios para enriqueceros, y en vuestro ejemplo han aprendido á imaginar que no hay más felicidad sino la que se compra y se vende: procuran enriquecerse como vosotros, y al efecto os sisan y os roban.

Si vosotros consentis esa clase de reuniones; si las leyes y costumbres públicas formadas por vosotros, las autorizan y protegen por lo ménos, cuando no las elogien *como medios*, dicen, *de civilizar al pueblo;* si vosotros sois los primeros en darles ejemplo de todos los vicios y vanidades que se ostentan en teatros, bailes y conciertos, ¿cómo podreis extrañar que esos pobres hijos del pueblo, con las mismas pasiones humanas que vosotros, pero sin el correctivo de vuestra ilustracion, y de los miramientos propios de vuestra clase, se arreglen allá sus conciertos

bailes y teatros, en que ostenten á su manera sus vicios y sus vanidades?

¿Cómo podeis extrañar que, aleccionados en tan fatal escuela, os traten sin amor, os sirvan sin diligencia, no os obedezcan sino de mala manera y á regañadientes, y miren con despego vuestra hacienda, con indiferencia vuestra salud, con envidia vuestros bienes, con odio vuestra autoridad? ¿Cómo podreis extrañar que formen conciliábulos, y tracen planes para hurtaros con la sisa, ó para robaros con la violencia? ¿Cómo podreis extrañar que, corrompidos hasta la médula de los huesos, propaguen su corrupcion á vuestra mujer é hijos?

¿Quereis criados y dependientes fieles, sumisos, celosos de vuestra hacienda, de vuestra vida y de vuestra honra? Pues reanudad los vínculos de la familia, disueltos hoy por esta desenfrenada irregularidad de las costumbres públicas. Educad á los que Dios puso por súbditos de vuestra autoridad, y por imitadores de vuestro ejemplo.

Miéntras así no lo hagais, preparaos á ver aumentarse constantemente, en proporciones monstruosas, esa profusion, ya tan grande, de reuniones donde por poco dinero acuden los jóvenes del pueblo á perder su fe, su honra, su probidad y su respeto á toda ley y autoridad divina y humana.

Es muy posible que, no queriendo reconocer

en vosotros la culpa de estos males, me negueis que vuestra propia perversion sea tan honda como yo os la pinto. Pero seguidme algunos instantes más, y venid ahora á ver retratadas algunas de las reuniones donde se luce el espectáculo de vuestros recreos favoritos. Vereis si tengo razon.

El teatro representa una sala iluminada profusamente, y decorada con cuantos ornamentos de comodidad y lujo han podido acumular en ella la vanidad y la molicie. La casa donde se celebra el sarao, pertenece quizás á un ilustre y opulento magnate, que en cierto modo tiene derecho, cuando no deber, de ostentar aquella vistosa magnificencia; pero puede tambien pertenecer á un perdulario intrigante, que aparenta riquezas para engañar á incautos; ó á un oscuro advenedizo, enriquecido, sin saberse cómo, de la noche á la mañana; ó á un modesto padre de familia, honrado, pero débil, á quien los caprichos de su mujer ó el importuno ruego de sus hijas hacen gastar en saraos y banquetes todo lo que tiene y mucho más.

Sea de esto lo que fuere, nada importa de ello á los convidados á la fiesta, quienes habiendo jurado fiel y perpetuo culto á todos los placeres y disipaciones, acuden á donde quiera que el goce los llama, sin meterse en más averiguaciones.

Puede tambien la fiesta ser dada por un em-

presario público que, á cambio del oro que espere, abra por su cuenta el templo de la corrupcion, y prepare en él tanto mayor número de exquisitas abominaciones, cuanto mayor sea su avaricia, seguro como está de lograr un numeroso concurso de viciosos y necios de toda clase y condicion, que acudan á su llamamiento.

Tomemos asiento, y echemos la lente, pues va á comenzar la fiesta.

Es ya cerca de media noche, hora en que en las casas de Dios se despierta para pedirle misericordia y tributarle alabanzas; hora en que las familias morigeradas y cristianas se entregan á un sueño tranquilo, despues de un dia laborioso, para pasar á otro dia en que tampoco abandonarán la virtud ni el trabajo. Pues esta misma es la hora en que comienza nuestro imaginado sarao.

Atencion, que la sala empieza á poblarse. Allí, como desterradas en un gabinete contiguo, están las ya ancianas madres de familia, colocadas en el punto y forma convenientes para no ver ni oir la manera con que sus hijas se exponen á perder la modestia, la honra y el alma.

Por el medio de la sala, en los corredores y galerías, en los bosquetes y jardines pasean éstas libre y desembarazadamente, prendidas del brazo de galanes perfumados, que llevan la seduccion en los labios y el hastío en el corazon. ¡Cuán artística y ricamente ataviadas aparecen las va-

garosas beldades! ¡Qué desvergüenza tan inocente se pinta en sus rostros helados! ¡Qué impudor tan repugnante el de sus escotadas vestiduras!

Jóvenes casadas y viudas en agraz compiten en descaro y coquetería con las más tiernas doncellas. Todas á un tiempo mismo, como agitadas por un mágico impulso, se espian mutuamente, se devoran de envidia y arden en vanidad: todas murmuran unas de otras, y ¡pluguiese á Dios que sus recíprocas injurias no tuviesen fundamento! todas manejan con admirable habilidad el fácil talento de pasarse horas enteras hablando de frivolidades que rara vez dejan de ser completamente necias, y que suelen ser con más frecuencia corruptoras.

A esta bizarra lidia de vicio y de insensatez nada tienen que oponer la prudencia de los maridos ni la tutela de los padres; pues estos, bulliciosamente agrupados en espesos corrillos, ó simétricamente repartidos al rededor de una mesa, ocupan el gabinete frontero al de las respetables mamás, ya urdiendo un complot contra el reposo de la patria, ya averiguando el modo de enriquecer su bolsa y manchar su conciencia en una especulacion donde la probidad es lo de ménos y el lucro es lo de más; ya, en fin, arriesgando toda una fortuna en la vuelta de un dado, en los azares de una sota, ó en el giro de una ruleta.

Suele suceder que, junto á estos mismos gru-

pos ó formando parte de ellos, se ven legisladores y gobernantes para quienes nada vale ni importa aquel triple espectáculo de conspiracion, de estafa y de hurto que le ofrecen los danzantes políticos, los danzantes bolsistas y los danzantes jugadores. Allí están impasibles, divertidas, y hasta entusiasmadas quizás con los progresos de la industria y de las artes, las propias autoridades que persiguen al insurrecto armado en la plaza, al raterillo vil en la calle, y en la taberna al baratero.

Pero ¡silencio un instante!... Ya se oyen los preludios de una orquesta... Ya cruzan el vaporoso espacio de las salas emponzoñadas los cadenciosos acordes de una música voluptuosa y muelle.

Mirad, mirad, jóvenes cristianos. ¿Quién es esa niña, apénas adolescente, que enlazada á aquel mancebo como la yedra al olmo, hace saltar sus rizos sobre la desnuda espalda, y ondular las gasas de su vestido como la cola de una serpiente? ¿Es una furiosa bacante, resucitada de los panteones del antiguo paganismo, para mostrar á los cristianos toda la degradacion de que los libertó el sacrificio del Calvario? Y ese caballerito que le sirve de pareja, compitiendo con ella en la femenil apostura, en los delicados ornamentos, en la blandura de sus ondulaciones, ¿es un ennuco del Bajo Imperio, vestido de frac, ó un bailarin del teatro de la grande

Opera? ¿Quién es ella? ¿Quién es él? ¿Quiénes son los ellos y ellas de las demas parejas?

Son jóvenes cristianos, miembros de familias decentes, acaso ilustres, que en una reunion de *buena sociedad*, están bailando el *wals íntimo*, la *schotish*, la *mazurka* y la *polka amazurkada*.....

Pero no: esto no es verdad, no puede serlo: los jóvenes verdaderamente cristianos, las familias verdaderamente decentes, y mucho ménos las ilustres, no pagarian tan indecoroso tributo á los caprichos de la moda, ni sofocarian la voz del Evangelio, que les grita dentro de la conciencia, para sepultar en el lodo de esa inmunda danza hasta el último resto de sentido moral y de buen gusto.

No: jóvenes cristianos y familias decentes no irian á esa espantosa feria de vicios y de vanidades, donde se pierde la salud, se malgasta el dinero, se desperdicia el tiempo, se embrutece el espíritu, se corrompe el corazon, se disipa el alma, se olvida á Jesucristo, y se conquista el infierno.

No: jóvenes cristianos y familias decentes, por ninguna exigencia de clase, por ningun miramiento con los caprichos de la moda, por ninguna consideracion de mundano interes ni de respetos humanos, podrian parar ni un instante en una atmósfera donde ni pueden respirar ni respiran nada de cuanto Dios y la razon han tenido siempre por verdadero, por bueno y por bello.

¿Quereis conocer, amados mios, toda la exactitud de cuanto os voy diciendo? Pues recordad el disgusto interior, el malestar de cuerpo y de alma que habreis sin duda sentido al dia siguiente de una de estas reuniones. Decidme francamente, con la mano puesta en el corazon, si no habeis experimentado en esta especie de diversiones una postracion de espíritu, ó una sensacion parecida á la embriaguez, y con la cual vuestra misma conciencia os avisa de que nada hay allí que pueda verdaderamente dar ni paz á vuestro corazon, ni aun el recreo mismo que íbais buscando.

Comparad luégo las impresiones que os deje una fiesta de esta clase, con el dulce y tranquilo recuerdo que en cambio conservareis de esas modestas reuniones de familia donde en union con amigos sinceros, y ya bien probados, hayais pasado las primeras horas de la noche, entretenidos en decentes y honestas lecturas, en juegos verdaderamente lícitos, donde el fin es la inocente diversion y no la ganancia; en conciertos musicales, donde, sin pretender nadie que se le tenga por un artista sublime, se toca y se canta, respetando en todo y siempre lo que las gentes cristianas y honradas jamas dejan de respetar.

Con franqueza os declaro y advierto que aun en esta misma clase de reuniones puede haber algun peligro para la pureza de vuestros corazones, y la paz de vuestra conciencia. Pero no

quiero que digais, ni yo os lo exijo tampoco, que vais á vivir como cartujos. Yo no quiero más sino que esteis siempre alerta con vosotros mismos, y que llevando á todas partes el firme propósito de no ofender á Dios, os aparteis de una clase de sitios y de diversiones donde el peligro es tan manifiesto, que sólo el arrostrarle es ya una temeridad de que se debe dar cuenta á Jesucristo.

No quiero yo prescindir de lo que conviene á vuestra edad, ni pretendo que os pongais en abierta pugna con todos y cada uno de los miramientos debidos á vuestra respectiva clase y condicion social; sino que rechaceis con toda vuestra fuerza, y condeneis con vuestro ejemplo mismo, aquellas prácticas sociales, aquellas costumbres universalmente recibidas que veais estar en manifiesta contradiccion con las virtudes de modestia, de castidad y de prudencia que os enseña y explica la Religion cristiana.

Si vuestra voluntad es santa, si vuestra intencion es recta, siempre teneis á Dios que os auxilia con su gracia, un Angel que os guarda con su celestial escudo, á la Iglesia que os enseña y ora por vosotros, y un director espiritual que os ilustra y os guia.

Armado con estas armas, el cristiano, al caminar por el lodazal del mundo, podrá mancharse los pies; pero el barro no le llegará nunca al pecho.

XXI.

PASEOS PÚBLICOS.

Permitidme que dé á este asunto alguna más importancia de la que acaso vosotros esperais.

Si algun recreo hay inocente, ninguno por cierto lo es más que el de salir á dar un paseo en donde esparcir la vista y el ánimo, reposar de las tareas del dia, ejercitar nuestros miembros, y contribuir á la conservacion de nuestra salud de una manera muy importante.

Hasta aquí nada hay en el paseo que no sea lícito, y que no pueda hasta convertirse en obligatorio. La parte agria y espinosa de este negocio comienza en aquel punto en que tomamos el paseo como teatro de nuestra vanidad ó de nuestras liviandades, y lo convertimos en una distraccion favorita del ocio vicioso, y en estímulo diario de los devaneos juveniles.

Todos sabeis bien lo que os digo. ¿Qué vais á hacer en el paseo favorito de la moda, cuando acicalados ya y compuestos, salis de vuestras casas (á veces en horas bien incómodas, como al anochecer en dias de invierno), á recorrer aquellas alamedas, dando vueltas como los cangilones de una noria; ó bien, sin dar una sola vuelta, asaltais la primera silla que se os

depara, y os acomodais en ella con la actitud de un espectador que, sentado en su luneta, se dispone á ver correr el telon y empezar el espectáculo?

¿Habeis ido allí á pasear? No, pues que desde luégo os habeis sentado, ó dais unas vueltas que más son para marear la cabeza y fatigar el cuerpo, que para hacer ejercicio y respirar el aire: no, pues bien veis que todo se encuentra ménos desahogo, en aquella especie de ratonera que á veces forma el reducido espacio comprendido entre las sillas y los coches, donde ni se anda con desembarazo, ni se respira con libertad.

Y si vosotros mismos vais en carruaje, no me direis que vuestro propósito es pasear, cuando sufrís la molestia de llevar vuestro vehículo empotrado en aquella fila de coches que parecen ensartados como las cuentas de un collar; tirando el freno á aquellos pobres caballos que, con su nariz hinchada y su boca espumante, parecen pediros aire respirable y espacio donde moverse; tragando, en fin, aquel polvo ó aquel barro que os mancha la cara y os tapa el aliento.

¿A qué, pues, habeis ido al paseo? Pregunta es ésta que acaso no os habeis hecho nunca á vosotros mismos. Pero ya que yo os la hago, ¿quereis respondérosla bien? Pues figuraos que habeis ido esta tarde á confesaros, con las buenas disposiciones de un buen cristiano, y con ánimo de comulgar mañana. Habeis acabado

vuestra confesion, y os quedan dos horas de tarde. Teneis costumbre de pasear todos los dias, y no veis porqué no hayais de hacerlo tambien hoy. ¿Os remorderá la conciencia por ir á un paseo solitario donde nadie os distraiga ni nada os tiente?—No. ¿Tendríais escrúpulo, cuando ménos, de ir al paseo de moda como otros dias?—Sí.

¿Qué significa esto? Que en aquella hora de concentracion espiritual y de piadosa contricion, veis claramente lo poco espiritual y lo nada piadoso que es irse á un sitio consagrado por la moda para hacer gala de desenvoltura, para ostentar elegancia y lujo, para remover todo el fango de intrigüelas cortesanas, para dar pasto á la voracidad de la lascivia, para alargar la hebra de los galanteos hilvanados en el baile ó en la visita, para emplear, en fin, peligrosamente siempre, y santamente nunca, un tiempo lleno de ocios corruptores, y que pudiera estarlo de virtudes y de buenas obras.

Esta es la verdad, queridos mios: bien sabeis todos vosotros que lo es. Pero, por lo mismo que lo sabeis, no contribuyais, os ruego, con vuestro ejemplo á perpetuar un género de disipacion harto dañoso á la reforma apetecible de las costumbres públicas.

Vosotros en particular, los que seais jóvenes de viso por vuestra riqueza ó vuestra cuna, tened en cuenta que esto de los paseos públicos es una

de las causas más inmediatas de corrupcion para las clases inferiores y de mediana fortuna. No suelen éstas corromperse en las diversiones que cuestan dinero y para las que se necesita poseer riquezas. Por eso los paseos, en donde el veneno se les da de balde, son causa inmediata y muy eficaz de su corrupcion. En los paseos conocen las exquisiteces del lujo, y se aficionan á ellas: en los paseos conocen la molicie, y aun otros varios vicios propios de las clases acomodadas, y adquieren el desdichado antojo de imitarlos y aun de exagerarlos. Os recuerdo con este motivo cuanto os dejo dicho respecto á los bailes populares.

Para la gente rica y de elevada clase, el paseo de que voy hablando, no es sino uno de los infinitos alimentos del vicio con que pueden contar; pero para las clases inferiores y de escasa riqueza, estos paseos son casi el único teatro de disipacion y de malas costumbres que pueden conocer y en que pueden ser actores.

Y la cuestion es clara: el escándalo de las cosas de suyo escandalosas, es tanto mayor cuanta mayor es su publicidad; y nada más público que lo que pasa donde todo el mundo puede verlo, como sucede en los paseos públicos.

Conque, amados mios, ya veis que entre vuestros deberes cristianos entra rigurosamente el de no proteger y secundar con vuestro concurso una costumbre que, sin ser en ningun caso

santa ni inocente para vosotros mismos, puede ser de grave consecuencia para la desmoralizacion de otros.

Nada más os digo en este punto. Al buen entendedor, pocas palabras.

XXII.

VISITAS.

¿Teneis la bondad de decirme qué vais á hacer en esa casa á donde no os llama ni una obligacion que cumplir, ni una obra de caridad que practicar? ¿Qué negocio de interes legítimo os lleva allí? ¿Qué enfermo vais á curar ó asistir? ¿Qué afliccion vais á consolar? ¿Qué desgracia vais á impedir? ¿Qué humano respeto vais á prestar? ¿Qué ciencia ó qué arte vais á aprender?

¿No podeis responderme á ninguna de estas preguntas? Pues dejad de hacer esa visita; porque nada bueno, ni siquiera indiferente, os proponeis en ella. Cuando ménos, y os hago mucho favor, vais á perder vosotros el tiempo, y á quitárselo á otro. Y como Dios condena el ocio, y pide cuenta de las palabras ociosas, es evidente que con esto solo vais ya á ofender á Dios. No hay escape.

—«Pero, señor, os oigo ya decirme: ¿No ha de ir uno á casa de otro sino precisa y única-

mente para negocios y obligaciones? ¿No puede uno ir á casa de un amigo, nada más que por el gusto de verle y para hablar con él un rato? ¿Qué significa el antiguo proverbio: *en el camino de la casa de tu amigo no dejes criar yerba?*»

Poco á poco; no nos embrollemos. Si nuestro amigo es verdaderamente nuestro amigo, y si nosotros somos verdaderamente amigos suyos, por fuerza hemos de tener, no solamente ocasiones plausibles, sino motivos obligatorios para ir á su casa. ¿No es hombre nuestro amigo? ¿No vive en el mundo? Pues entónces por fuerza nos ha de dar ocasiones de cumplir para con él la palabra del Apóstol: «Regocijáos con los que se regocijan, y llorad con los que lloran».

¿Tuvo un motivo de contento? Vamos á estrechar su mano, y á decirle enhorabuena. ¿Tuvo una tribulacion? Vamos á consolarle, y á remediársela con cuantos medios estén en nuestra mano.

¿Vive nuestro amigo tranquilo y feliz, ó al ménos sin graves tribulaciones y sin notables regocijos? Entónces realmente no necesita de nosotros, y en cambio pueden necesitar otros á quienes por lo mismo debemos atender.

No quiero yo deciros por esto que si verdaderamente, despues de cumplidas todas nuestras obligaciones, tenemos un poco de tiempo libre, no podamos y aun debamos frecuentar el trato de nuestro verdadero amigo; pues ademas de que

esta comunicacion entra de lleno en el catálogo de los *honestos recreos*, no puede ménos de ser tambien grata á Dios, como un medio adecuado para nutrir y acrecentar la union de fraterna caridad entre los hombres.

Por consiguiente, no hay que tergiversar el sentido de mis preguntas, suponiendo que quiero hacer vivir á todas las gentes como trapenses ó ermitaños. Esto fuera bueno si yo estuviese escribiendo un *Ejercicio de perfeccion cristiana*. Pero mi propósito no es tan elevado, y toda mi pretension se limita á apartaros, hijos mios, de las ocasiones manifiestas, flagrantes, de pecar gravemente.

Esto supuesto, vuelvo á preguntaros: ¿Qué vais á hacer en esa visita á donde no os llama ni la recíproca correspondencia de un sincero afecto de amistad, ni la necesidad patente, ni la obligacion indeclinable, ni un lícito y manifiesto provecho? ¿Vais nada más que á que alaben vuestro talento? ¿á que admiren vuestro porte, y se luzca vuestra majeza? ¿á emplear de cualquier modo un tiempo que no sabeis cómo gastar, y que por el hecho solo de que vosotros no lo sepais, sé yo ya que está malgastado?

¿O son ménos inocentes vuestros fines? Por ejemplo, ¿quisierais, miéntras estais en esa casa, que el padre de esa jóven ó el marido de esa señora á quienes habeis ido á visitar, os leyeran en el corazon vuestras intenciones ó deseos?

¿Estais seguros de que no os lleva allí la atmósfera de maleficencia que hay en aquella familia, ó el prurito mismo que teneis vosotros de averiguar y revolver vidas ajenas?

Vicio casero, y harto universal por desgracia, es éste de la murmuracion, el más ingenioso, el más atractivo, y por consiguiente, el más peligroso de todos los medios inventados por Satanás para destruir la paz y concordia entre los hombres. Hija, por lo comun, de la envidia, y dócil instrumento en manos de la malignidad, esta gangrena social de la murmuracion se ha hecho mucho más mortífera que nunca desde que, consagrada como un derecho político en el código de las costumbres públicas de la Europa moderna, se juzga todo el mundo autorizado para escudriñar los actos y las palabras y hasta las intenciones del más oscuro ciudadano.

En vano la moral eterna, queriendo suavizar esta acerbidad de las costumbres políticas, pide y aconseja, y hasta manda por medio de leyes civiles, que la censura y exámen no recaigan sino sobre la vida pública. En vano todo, pues ni es en sí cosa tan fácil como se cree vulgarmente el trazar la línea divisoria entre los actos propios de la vida pública y de la vida privada; ni aunque fuera fácil, se evitaria la natural inclinacion de los hombres á sorprender los secretos de sus semejantes, ya para saciar una curiosidad instintiva, ya para utilizar en provecho de su interes

ó en la satisfaccion de sus pasiones la noticia de las flaquezas de otros.

Y he aquí el orígen primario, el gérmen fecundo, y el pasto nutritivo de estas pasiones políticas que cada dia nos empeñan más y más en guerras civiles, y que propagándose como un mortal contagio, de persona en persona, de familia en familia, de partido en partido, de pueblo en pueblo, de provincia en provincia, amenazan convertir á nuestra pobre España en un osario, y de hecho la han convertido ya en un inmenso lago de sangre.

Y he aquí cómo este vicio de la murmuracion, que en todos tiempos y en todas partes ha sido funesto á la paz y concordia de los particulares, es hoy una inmensa calamidad pública, de trascendencia mucho más vasta y fatal que nunca lo ha sido.

Jóvenes españoles, esperanza de la patria: penetraos, por Dios, de los deberes que la caridad cristiana nos impone; acostumbraos en el trato familiar á la prudente reserva que no gusta de escudriñar vidas ajenas, ni de publicar ajenas flaquezas, ni mucho ménos de formar juicios temerarios ni de inventar ó auxiliar calumnias; y que, si alguna vez, por deber ó necesidad, tiene que tratar de la conducta de los demas hombres, sabe limitar su exámen y censura dentro del círculo que para un cristiano sincero tiene trazado siempre la palabra de Jesucristo y la doctrina de su Iglesia.

¿Os murmurar en la visita donde os hallais? Pues no mezcleis vuestra palabra con la de los murmuradores: protestad, si os parece prudente, con fraterna correccion; protestad, si os parece mejor, con vuestro silencio; y en todo caso, huid de aquel sitio emponzoñado en que se quiere excitar vuestras pasiones y arrancaros del alma hasta la última centella de la caridad.

Sólo con estas condiciones podrá ser útil al mundo y acepto á Dios vuestro trato con los hombres.

XXIII.

CAFÉS Y CASINOS.

Ántes de deciros una palabra sobre este particular, respondedme á las siguientes preguntas: ¿Porqué está tan mal visto el que un Sacerdote éntre en un café, que efectivamente raras veces habreis hallado en semejante sitio á ninguno, al ménos vestido con sus ropas sacerdotales? ¿Qué pensaríais de un Ministro de la Corona, ó de cualquier otra persona constituida en alta dignidad que frecuentase un casino?

El que los cafés y casinos sean sitios públicos, no puede tenerse como bastante para explicar la extrañeza que os causaria ver en ellos á esta clase de personas; pues sitios públicos son tambien los paseos y las calles, donde diariamente

los vemos sin que nos choque. Luego alguna circunstancia especial hay en cafés y casinos que los hace poco recomendables cuando ménos. ¿Cuál puede ser esta circunstancia?

La respuesta no es difícil: que los cafés y casinos son establecimientos directamente consagrados á entretener el ocio, y por consiguiente, tan ocasionados, como lo son en efecto, á ofrecer y dar satisfaccion á toda clase de vicios, pues que la ociosidad es madre de todos ellos.

Los cafés y casinos han venido al mundo cuando las clases inferiores de la sociedad, malamente deseosas de salir de su esfera, y ambicionando goces y comodidades propias de las clases superiores, han necesitado y exigido sitios y medios de satisfacer esta ambicion fácilmente y á poca costa.

El industrialismo, empujado por el espíritu de especulacion que le es propio, y que con nada tiene cuenta más que con ganar dinero, se apoderó de esta desdichada inclinacion del público, y halló manera de proporcionarle barato el gusto de sentarse en cojines de seda y terciopelo, de calentarse al fuego de magníficas chimeneas, de leer toda clase de periódicos, de ejercitarse en toda clase de juegos, de asociarse con facilidad y comodidad para toda clase de empresas lícitas é ilícitas, y de ofrecer, en fin, á la gula y destemplanza toda especie de atractivos y de regalos.

Comer por veinte reales en una fonda como

lo hace un duque en su casa, sin necesitar de cocina ni de cocinero; beber por dos ó pocos más reales una copa de exquisitos vinos ó licores sin necesidad de mantener bodega; disponer á poca costa de billares, barajas, ajedreces y otras clases de juegos que sería caro tener cada cual en su casa; pasarse, de balde, ó por un duro al mes, cuantas horas se quiera, abrigado en invierno, y fresco en verano, en una sala espléndidamente adornada, ya sabiendo novedades políticas, ya quitando honras particulares, ya echando un pacífico sueño en un comodísimo sofá, ya leyendo periódicos y revistas y libros, cuya adquisicion consumiria la fortuna de un particular... Para esto se han hecho las casas públicas conocidas con los nombres de *cafés*, *casinos*, *clubs*, *círculos*, *fondas*, etc., etc.

Los empresarios de estos establecimientos se hacen ricos; los adoradores de la civilizacion moderna los presentan como testimonio maravilloso de cuanto pueden la industria y el espíritu de asociacion; los Gobiernos los miran como otros tantos ramos de especulacion que favorecen el progreso del comercio y de la industria, y que aumentan con sus tributos las arcas del Tesoro público.

Hasta aquí todo va muy bien, y nada ocurre qué decir contra esta clase tan próspera de establecimientos. Pero ¿sabeis, amados mios, el mal de que son á un tiempo mismo causa y efecto

las tales casas públicas? Pues son causa y efecto de este bárbaro y grosero sensualismo de nuestros tiempos, que juzga no existir más bienes y más felicidad para el hombre què lo que regala su cuerpo y halaga sus sentidos; lo que contenta y satisface todas las depravadas inclinaciones de su corrompida naturaleza, y le aparta cada vez más de los puros y nobles goces del espíritu.

Las casas públicas de que voy hablando, no habrian podido ni establecerse ni conservarse en una sociedad donde se viviese cristianamente, es decir, donde la mayoría de las gentes aborreciera el ocio, estimase el cumplimiento de sus obligaciones, y, en vez de buscar ansiosa placeres y regalos, se inclinara más bien á huir las ocasiones de perderse.

En una sociedad cristiana, habria lo que el hecho mismo de existir esas casas públicas prueba que no hay ya en nuestra sociedad de hoy, es decir, *la vida de familia*. ¿Cómo un padre de familia, amante de su mujer, y celoso de la buena educacion de sus hijos, habia de tener gusto ni valor para pasarse horas enteras del dia y de la noche léjos de su casa, entre gente extraña, y de costumbres desordenadas cuando ménos? ¿Cómo un hijo de familia, respetuoso y amante de sus padres, habia de preferir á los tranquilos goces del hogar doméstico, y á la compañía de los suyos, esa peligrosa sociedad de gentes de vida viciosa ó disipada que suele po-

blar, y que mantiene de ordinario las casas públicas?

Ya se ve: en la familia donde la madre esté divirtiéndose en el baile ó en el teatro, dejando á su pequeñuelo en poder de la nodriza y la casa á merced de los criados, natural es que el padre se esté perdiendo el tiempo ó el dinero, ó ambas cosas juntas en un casino. En la familia donde ni el padre sabe inspirar respeto, ni la madre amor á los hijos ya mozos, natural es que éstos prefieran á la compañía de sus padres y al honrado retiro de su casa, el estarse haciendo carambolas en un billar público, ó apurando copas al rededor de una mesa, y pedanteando á su albedrío con cuatro camaradas descabezados, y hablando de cosas que nada les importan ó que grandemente les dañan.

En estas casas públicas, amados mios, es donde los jóvenes adquieren la mayor parte de los vicios que los hacen malos hijos de familia miéntras son mozos, y malos ciudadanos cuando á su vez llegan á ser padres de familia. En estas casas es principalmente donde aprenden las palabras obscenas, y las maneras indecorosas; donde se habitúan á murmurar de los particulares, y á conspirar contra los Gobiernos; donde adquieren esas ambiciones prematuras é impacientes que, á los veinte años de su edad, les hacen juzgarse ya aptos para dar leyes á su patria y gobernar el Estado; donde toman noticia y gusto

de esos refinamientos de comidas y bebidas que estragan los estómagos, embrutecen las inteligencias, y emponzoñan los corazones; donde se hallan á merced de los malvados que tienen interes en corromperlos, quitándoles su fe, apartándolos de sus prácticas religiosas, é iniciándolos en el secreto de los vicios más repugnantes.

En esas casas, en fin, es donde ha puesto sus principales templos y altares el demonio del juego. Pero de esta otra gran calamidad os hablaré en breve más despacio.

Por ahora concluyo con rogaros, queridos hijos mios, que mireis atentamente cuán fea y perjudicial cosa sea para vosotros el hábito de pasar vuestra vida casi entera en esas casas públicas, donde el menor mal que puede aconteceros, es el de que perdais el tiempo lastimosamente, y de que adquirais, en el hablar y en todo vuestro porte, vicios contrarios á la buena crianza, y á la modestia que deben resplandecer en un jóven cristiano.

No os diré yo que haya nada pecaminoso ni arriesgado en que, si vuestras facultades os lo permiten, entreis á tomar una taza de café ó una jícara de chocolate en alguno de estos establecimientos públicos, á donde concurran de ordinario gentes decentes. Lo que os aconsejo y os ruego de nuevo encarecidamente, es que no los escojais como habitual recreo, y mucho ménos como estancia casi permanente, á la manera de

algunos jóvenes conocidos por sus malas costumbres, que parecen no tener más casa ni hogar que los banquillos de los billares, ni más ocupacion que estarse al pie de una mesa bebiendo y fumando.

Esto es lo que os digo que no puede hacer un jóven cristiano.

XXIV.

EL JUEGO.

No me extenderé mucho en hablaros de este gran tropiezo de la juventud, que suele principalmente hallarse en las casas públicas de que acabo de hablaros.

Y digo que no me extenderé mucho, no porque el asunto deje en verdad de merecerlo, sino porque de tal manera son patentes los horrorosos estragos de este vicio, y tan manifiesta la ofensa que á Dios se hace con él, que ni bastarian mis palabras para extirparlo en el que ya le tiene, ni son necesarias muchas para encarecer, al que se halla libre de semejante degradacion, su fealdad y sus horrores.

Recordad, hijos mios, recordad las fisonomías particulares de las personas dadas al juego. En aquellas miradas, siempre recelosas, como de quien teme incesantemente á la justicia de los hombres; en aquellos rostros cetrinos y de-

macrados por el insomnio y por la continua sucesion de violentísimas emociones; en aquella sombría concentracion del espíritu, como de quien está en perpetuo contacto con todas las iras infernales; en aquella incapacidad absoluta de ocupar la mente un solo instante en ninguna idea elevada; en aquellos hábitos de disipacion que se revelan en todos los movimientos, en todas las palabras y en todos los actos; en estas señales, digo, y otras varias que pudiera mencionaros, está retratada la estampa dolorosa del jugador.

Para él no hay dia ni noche: su vida es una perpetua tiniebla. Sentado horas y dias, y hasta semanas enteras, al rededor de un tapête; devorado su corazon por la codicia; rodeado de rostros en que nada más se pinta sino angustia, odio, desesperacion ó satánica alegría, siente hervir la sangre en su pecho, y correrle por las venas como la lava de un volcan.

Come sin sosiego, y duerme sin reposo; en vano intenta divertirse ni pensar en otra cosa más que en los azares de la suerte. Cuando pierde se irrita como una hiena; y cuando gana, siente un género de placer, que más tiene de tormento que de goce. Su sed de oro es tan inextinguible que, aunque á fuerza de ganar, hubiese hecho suyo el mundo entero, sería profundamente infeliz si le faltaba con quién seguir jugando.

No le hableis de su familia: él no tiene más familia que sus compañeros de vida y de desgracia. No le hableis de la patria; su patria está donde hay oro y quien lo juegue. No le hableis de Dios: ¿qué le importa de Dios á quien tiene su alma dada al diablo?

¿Conserva por ventura un resto de probidad en el corazon? Pues miéntras le dure, que será bien poco, no jugará más que lo suyo, y sólo conocerá que está ya arruinado cuando, perdiendo hasta la idea de lo que es honor y religion, piense en jugarse su camisa, su mujer y sus hijos.

No tiene ya qué jugar, y lo necesita para no morir... Pues bien, para tenerlo, empezará pidiendo prestado dinero, que sabe no podrá restituir; luégo robará haciendo fullerías; luégo robará escalando casas; luégo asesinará para robar. Si Satanás se presentara á darle dinero, le venderia su alma.

De degradacion en degradacion, ha llegado ya al punto en que la justicia de los hombres puede llevarle al cadalso. Pues ni aun entónces teme todavía la justicia de Dios. En las gradas mismas del patíbulo está pensando en la jugada que le arrancó su última peseta. Si en aquel instante se le perdonara la vida, su primer movimiento sería pedir ó robar otra vez para probar de nuevo la suerte.

¿Y será preciso decir á un jóven cristiano

cuán apartado vive de Dios este infeliz? No, ciertamente. Lo que importa, amados mios, es preveniros de la fatal trascendencia que tiene el primer paso que se da en el camino de este vicio. ¡Dichoso el jóven que en un primer extravío pierde lo que haya jugado; y más dichoso aún si esta pérdida le pone en un descubierto que deba avergonzarle ante sus padres ó ante el mundo! Dichoso, digo, porque este primer escarmiento puede restituirle á vias de salvacion, miéntras que si, por el contrario, tiene la desgracia de ganar, corre gravísimo riesgo de que, cebado por la codicia, y viendo en el juego un medio expedito de proporcionarse placeres, haya comenzado en solo un punto la carrera de una perdicion que le robe para siempre la paz y el honor en la tierra, y la vista de Dios en el cielo.

Debo tambien, amados de mi corazon, advertiros de la facilidad verdaderamente escandalosa con que este vicio del juego puede seduciros, no tanto por el cebo de ganancia que en sí ofrece, como por la impunidad casi absoluta con que se ostenta en estos tiempos. No solamente las autoridades públicas parecen haber perdido toda la voluntad ó todo medio de reprimirlo, sino que transigen con él, y hasta le protegen y le estimulan.

Ahí están, si no, las loterías públicas, y las jugadas de bolsa autorizadas por las leyes, y brindando con la ruina á todo el que quiera

arruinarse. En algunos países hay grandes casas de juego, establecidas por el Gobierno mismo, y donde el vicio contribuye con cantidad no pequeña á mantener las cargas del Estado: la policía suele vigilar esas casas para protegerlas, y cree dar una gran muestra de moralidad limitándose á impedir que en el juego se hagan trampas.

Gracias al diablo, ya en España tambien hemos llegado á tan alto punto de *civilizacion*. Pero aun sin esto, todos sabemos, y vemos con nuestros propios ojos, cuán impunemente, en casas públicas y privadas, halla la juventud medios expeditos de enviciarse en el juego, hasta el punto de haber ya hecho inútil, y aun casi imposible, la vigilancia de las autoridades, caso de que éstas quisiesen ejercerla.

Yo no sé por tanto, queridos mios, daros mejor escudo contra las astucias de este enemigo tan seductor, que vuestra propia conciencia. Considerad lo que se ofende á Dios, las degradaciones y crímenes y desdichas horrendas á que el jugador se expone; y por compasion de vosotros mismos, huid de este vicio espantoso, que tanto ha poblado los presidios y ensangrentado los cadalsos.

Si el juego os divierte, jugad enhorabuena para gozar un honesto recreo, y no para ganar; jugad con personas honradas, por breve tiempo, y en horas que no perturben ni mermen vuestras

cotidianas tareas; jugad tan escaso interes, que ni la pérdida pueda afligiros, ni alegraros la ganancia; jugad, en fin, sólo para distraeros un rato, no para atormentar vuestro amor propio, ni para arriesgar vuestra tranquilidad, vuestro honor y la salvacion de vuestras almas.

Por último, tened presente que, de diez jóvenes que cometen el sacrílego y horroroso crímen de quitarse la vida, en siete, cuando ménos, ha sido el juego la ocasion del suicidio. He visto por mis propios ojos lo que os estoy asegurando.

XXV.

CORRIDAS DE TOROS.

Con franqueza os confieso, queridos mios, que nunca he podido comprender cómo personas á quienes tengo por cristianamente sensatas, ó aprueban y defienden sin rebozo este género de diversion, ó lo censuran al ménos con una indulgencia tal, que no parece sino que lo aprueban.

A estos defensores de las corridas de toros dirijo yo las siguientes preguntas:—¿Es ó no verdad que los lidiadores, por más que sean hábiles en su arte, y corporalmente bien dispuestos para ejercerlo con ventaja, se exponen á que un descuido, un error, una desgracia

cualquiera les quite la vida en las astas del toro? ¿Es ó no verdad que este manifiesto peligro en que se ponen, léjos de tener por objeto el hacer un servicio á Dios ni al prójimo, no reconoce más causa que el deseo de ganar dinero, divirtiendo al público á costa de su pellejo? ¿Puede un cristiano exponerse á perder su vida nada más que por divertir á la gente?

Despues preguntaria:—¿Conviene á la dulzura y mansedumbre que deben resplandecer en un pueblo cristiano, ese espectáculo sangriento, y cuya bárbara condicion es tal, que sólo cuando es más sangriento es más divertido? Las personas que hayan formado su inteligencia, su corazon y su buen gusto en la escuela cristiana, ¿pueden mirar sin horror ni remordimiento, sin repugnancia ni asco aquellos hombres afrontando la muerte por martirizar de mil maneras á un toro, y obligando cruelmente á un pobre caballo á sembrar la arena con sus tripas?

Aun dado caso que los lidiadores sean tan diestros y afortunados que salgan sin lesion de la corrida, ¿qué cristiano puede divertirse viéndolos á cada instante en riesgo de muerte? Y aunque no se vea derramada la sangre de ningun hombre, ¿qué cristiano mira sin empacho, cuando ménos, el cuerpo ensangrentado, los miembros esparcidos, la convulsion de agonía de aquellos pobres animales, especialmente los caballos?

Esto en cuanto á la lidia en sí misma, y sin tomar en cuenta la clase y actitud del concurso en la plaza; pues verdaderamente que ni en palabras ni en obras se saca de él nada que no merezca cristiana reprobacion. ¡Qué apretones tan irreverentes! ¡qué palabras tan obscenas! ¡qué gritería tan salvaje! ¡qué desprecio tan comun de todos los respetos humanos, y aun de la misma autoridad pública!

Y no hablaré tampoco de los desórdenes de embriaguez y de gula, de libertinaje y de pendencias que suelen obligadamente preceder, acompañar y seguir al espectáculo. Aquello es el vicio bajo su aspecto más grosero; aquello son los instintos más innobles de la criatura humana, presentados con todo el aparato de una brutalidad artística.

No llegaré yo hasta deciros, amados jóvenes, que haya pecado en asistir á una corrida de toros; y aun os concederé que en otras muchas diversiones hay riesgos harto mayores y daños bastante más profundos para la pública moralidad. Pero lo que sí os aseguro, es que un alma bien templada en las puras aguas del Cristianismo, no podrá jamas contribuir con su asistencia ni auxilio á la conservacion de un espectáculo que, cuando ménos, y por confesion de sus más ciegos encomiadores, es grosero y brutal.

Esto es lo único que os digo. Si vuestra mal

puesta aficion os lleva á la plaza, id enhorabuena: no por eso os negaré el nombre de cristianos, ni siquiera supondré nada contra la profundidad de vuestra fe ni el fervor de vuestra piedad. Lo que, de todos modos, os digo, es que, en igualdad de circunstancias, entre un cristiano que guste de toros y otro que no guste, me gusta á mí más el segundo que el primero.

¿Qué quereis? Será aprension, será preocupacion extranjeriza, será sensibilidad nerviosa ó pueril, será escrúpulo religioso...; lo que gusteis será. Yo os he dicho lo que siento. Respeto el parecer de quien no vea la cosa como yo; pero miéntras no se destruyan las repugnancias que mi conciencia cristiana opone á las corridas de toros, seguiré creyendo, y concluyo, que si se puede no ser mal cristiano yendo á los toros, se es mejor no yendo.

Sacad vosotros la consecuencia.

XXVI.

TEATROS.

Os debo la verdad completa, y en todas las cosas, amados mios, os la he de decir, repugne cuanto se quiera á las preocupaciones del mundo, y á vuestras propias preocupaciones.

Suponed un teatro perpetuamente ocupado

por un concurso cristiano, y en cuya escena nada se diga ni represente que pueda dañar á la fe y costumbres cristianas. Este teatro imaginado sería desde luégo legítimamente contado entre los honestos recreos, y aun pudiera convertirse en provechosa y útil enseñanza, que fuera realmente «espejo de las costumbres, é imágen de la verdad», como Ciceron le llamaba.

Es decir que, en sí mismo, el hecho de representarse en un tablado, ante un público más ó ménos numeroso, los sucesos históricos ó inventados que son objeto propio de la escena teatral; este hecho, digo, en sí mismo, nada tiene intrínsecamente malo, y aun pudiera llegar á ser hasta escuela de virtud y medio de pública instruccion.

Pero es el caso, hijos mios, que este propio hecho, inocente en sí mismo, y hasta convertible en bueno, ha sido por desgracia constantemente malo; y es, sobre todo en el siglo actual, uno de los medios más adecuados y poderosos, entre los innumerables inventados por el espíritu maligno, para falsear la verdad y corromper las costumbres.

El genio destructor del filosofismo contemporáneo debia naturalmente utilizar este medio tan eficaz para infundir en la mente y el corazon del pueblo las ideas disolventes, y los sentimientos perversos con que se afana por destruir el reino de Jesucristo, y el imperio de su Iglesia. El teatro

le da, en efecto, ocasion de seducir los entendimientos por medio de la palabra, los sentidos y la imaginacion por medio de la poesía y demas bellas artes, los corazones por medio del sentimentalismo. El teatro le proporciona un lugar perpetua y abundamente concurrido, donde, á favor de la declamacion y del espectáculo, se dé un culto sacrílego á las pasiones más perniciosas del corazon humano, y se adulen los más perversos instintos de la edad presente.

En el teatro, pues, puede cómoda y fácilmente concentrarse todo el veneno que el genio satánico de este siglo derrama en cátedras y academias, en periódicos y libros, en talleres y liceos. Allí puede, por medio de la música y el baile, representar al vivo las danzas lascivas y los cuadros obscenos que fuera de allí tiene encomendados á la pluma de algunos novelistas, y al pincel de algunos pintores. Allí puede, por medio de la ópera, juntar en uno la música voluptuosa, y la poesía sentimental, que afeminen las almas, embriaguen los sentidos y depraven los corazones. Allí puede, por medio del *drama* propiamente dicho, poner todas estas seducciones de la música y del baile, de la poesía y de la pintura al servicio de todas las doctrinas con que se puede combatir la verdad, y de todas las pasiones con que se puede minar la virtud.

Todo esto puede hacerse en el teatro; y efec-

tivamente, todo ha sido hecho por el espíritu de perversion sistemática que, como en otra parte os he dicho, caracteriza al siglo presente.

Bien conocereis que este librejo no es lugar oportuno para hacer una mencion crítica de las obras dramáticas representadas durante estos últimos tiempos en los teatros de España; pero básteme apelar á vuestra memoria, básteme llamaros la atencion hácia los espectáculos que hoy mismo se siguen representando, para obligaros á confesarme la impenitente porfía y la impune desvergüenza con que en el teatro se está sin interrupcion divinizando todas las pasiones, haciendo amables todos los vicios, y despertando el apetito de todas las sensualidades.

Recordad, si no, esos dramas, malamente llamados *históricos*, en que vemos magnates y príncipes, á quienes la historia imparcial tiene por justos y prudentes, ser representados como verdaderos monstruos de tiranía y de iniquidad; todo para ensalzar á súbditos rebeldes que, violando cuanto deben á Dios y á la patria, empuñan las espadas ó afilan los puñales, pidiendo para sí, como una corona de gloria, la fama de trastornadores de su patria, y el baldon de regicidas.

En esta clase de *dramas históricos* es sabido que el jefe de la conspiracion aparece siempre representado como un galan caballero, lleno de tierno amor, de puro patriotismo, de abne-

gacion generosa, y de todo noble sentimiento. Esto no quita el que, con tan bellas cualidades, se ande repartiendo la noche entre seducir á una mujer y asistir á una sociedad secreta, donde se jura con *odio santo* asesinar al Soberano y á todos sus defensores fieles. De esta manera se enseña la política cristiana en los tales dramas *históricos*.

Ocúrrele al poeta (y le ocurre por desgracia muchas veces) introducir en escena á un Sacerdote, á un Prelado, ó á un Pontífice. Pues estad seguros de que los representará como unas muestras hediondas de crueldad, de perfidia, de codicia y de lujuria: el mayor favor que les hará, será presentarlos como ejemplos repugnantes de frio egoismo, y de estúpida insensibilidad.

Imagina el poeta una de esas venganzas atroces que la historia señala entre las desdichadas consecuencias de las guerras políticas, empeñadas ya entre príncipes y súbditos, ya entre familias ilustres, ya, en fin, entre facciones populares. Pues vereis que el que mejor y más atroz y pérfidamente sabe vengarse, ese es el héroe del drama. Y el poeta, no solamente no dirá una palabra para hacerle odioso, sino que tendrá la insensatez de representarle como un modelo de todas las perfecciones.

Esto, en cuanto al dichoso drama *histórico*. En el llamado drama de *costumbres*, ó *comedia*

propiamente dicha, la corrupcion es de otra especie. En este género de composiciones el amor hace el gasto principal. ¡Qué *amor*, y qué *gasto!*

El amor de los amantes de esta comedia moderna es de ordinario un puro desenfreno de todos los estímulos de concupiscencia y de vanidad; un desenfreno que no perdona ni la respetable ancianidad de los padres, ni la cristiana prudencia de las madres, ni la fidelidad de los criados, ni la fama de las doncellas, ni la castidad de las casadas, ni el sagrado derecho de los maridos.

Para los poetas del amor, en el teatro no hay más Religion, ni más moral, ni más consideraciones sociales, ni más respetos humanos, que saciar los apetitos voraces de la lascivia. Pero no creais que este innoble y brutal desenfreno será condenado por el poeta; al contrario, su talento está en desfigurarlo de modo que aparezca sentimental, vaporoso, poético, bello, *puro como los Angeles, sereno como el cielo.*

Y Dios nos libre de que, metiéndose á moralizar, quiera presentarnos esto que él llama *amor* en pugna con lo que él entiende por *deber.* Dios nos libre, digo, de que el poeta caiga en semejante tentacion; pues entónces, en vez de presentarnos una verdadera lucha entre el verdadero amor y el verdadero deber, no nos presentará más que un miserable torneo mujeril de coquetería, de inconsecuencia, de liviandad,

cuyo término será, ó que el falso amor triunfe del verdadero deber, ó que el personaje combatiente, rendido en la lucha, tome el remedio casero de quitarse la vida.

Ademas de la comedia formal, en tres ó más actos, llamada de *costumbres* ó *de pasion*, hay un abundantísimo repertorio de *piececitas* en su mayor parte traducidas del frances, que son á la comedia formal lo que una puntita de ácido prúsico es al opio en grandes dosis; es, como si dijéramos, la desmoralizacion homeopática.

En estas *piececitas*, la víctima es por lo comun un pobre marido, entregado á las burlas de su mujer, y á las del público, por el enorme delito de ser excesivamente confiado en la fidelidad de su esposa y en la lealtad de sus amigos.

Es decir que, así como el *drama histórico* y la *alta comedia* se consagran principalmente á destruir la fe religiosa y la lealtad política, las *piececitas* toman á su cargo destruir alegremente la santidad del matrimonio.

Así, la obra del teatro es completa: por un lado destruye la *Religion*, por otro subvierte el *Estado*, y por otro disuelve los vínculos de la *familia*.

La ópera y el baile no son sino esmaltes y remates de esta triple cruzada teatral contra Dios, contra los individuos y contra los pueblos. La música es el trono del sensualismo que de-

grada y mata el arte varonil; el baile es la tumba del pudor.

Tal es el teatro de nuestros dias, salvas algunas pocas excepciones, muy honrosas sin duda para los poetas dramáticos y compositores músicos de quienes proceden; pero las cuales, no alterando sustancialmente la regla general, son insuficientes á limpiar el teatro de la lepra congénita de corrupcion que le caracteriza; lepra tan incurable de suyo que, al cabo de más de veinte siglos que el teatro lleva de existencia, todavía no ha tenido un solo período de perfecta sanidad; lepra tan universal y contagiosa que, partiendo de los bastidores mismos, y despues de envenenar en primer lugar la sangre de los actores, pasa á corromper la del público, infestando todo cuanto toca en el dominio de las bellas letras, de las bellas artes, de la Filosofía, de la Religion, de la Moral y de la Historia.

Aquí teneis explicado, hijos mios, el porqué la Iglesia en todos tiempos y lugares ha condenado el teatro como una depravacion de las costumbres públicas; y sólo contra su deseo y perpetuos avisos le ha tolerado, no como quien transige con el mal, sino como quien se resigna á soportarlo por falta de fuerza bastante para extinguirlo.

Contra esta verdadera calificacion de los espectáculos teatrales, calificacion que no negará

nadie que tenga buena fe, y ojos que vean y oidos que oigan, ¿qué valen las interesadas defensas de literatos, adoradores ciegos del ingenio, é indiferentes á la Religion y á la moral pública? ¿qué valen las querellas de escritores y artistas, cuya trabajosa subsistencia depende del teatro? ¿qué valen todas las consideraciones de economía y de política que alegan para protegerle espléndidamente los Gobiernos mismos?

Ante las conciencias sinceramente cristianas, y ante personas verdaderamente sensatas, la cuestion del teatro queda resuelta sólo con proponerla.—¿Es ó no peligroso de suyo, en todos tiempos y lugares, un espectáculo, que no ha existido ni existe, ni probablemente existirá nunca, sino á condicion de lisonjear las pasiones y de satisfacer la sensualidad? ¿Es ó no verdad que, en los tiempos actuales más que en otros, el teatro cumple esta condicion fatal de su existencia con más desenfreno, con ménos compensaciones, y que por consiguiente es, más que nunca, peligroso y corruptor?

—«Pero el teatro, se me dirá por algunos, no es preciso que sea siempre corruptor: V. propio confiesa que, en sí mismo, el hecho de representarse en una escena pública sucesos históricos ó fabulosos, no es esencialmente malo; sino que el mal está en que se representen inmoralmente hechos y cosas inmorales».

A esta objecion respondo: que yo no hablo

de lo que pudiera ser el teatro, ni de lo que debe ser; sino cuento con verdad lo que perpetuamente ha sido, y sobre todo, lo que hoy es; y digo: si siempre ha sido malo, y hoy es peor, debo rectamente deducir que en general y siempre es malo, y que hoy dia es pésimo.

—«Concedido, me replicarán otros; pero al cabo el teatro es una diversion que alguna vez puede ser útil, cuando ménos para que el público no busque otras diversiones peores y más peligrosas».

A esta réplica vuelvo yo á responder: que lo malo es malo; y que el que pueda haber algo peor, no autoriza á nadie para consentir en lo que es malo. ¿Qué dirian los que defienden al teatro con este último argumento, si para evitar que los ladrones se diesen á robar vasos sagrados, se les facilitasen los medios de robar impunemente las cajas del Tesoro público?

—«Pues, señor, dirán otros insistiendo; la cosa no será tan terrible como V. dice, cuando vemos á muchas personas sinceramente cristianas, y aun á algunos sacerdotes, no solamente asistir á los teatros, sino componer comedias y darlas á representar».

Buen argumento, si yo dijera que uno se condenaba irremediablemente por el solo hecho de ir al teatro ó de escribir comedias. Pero yo no digo tanto; no digo más sino que el teatro

es un lugar peligroso por las muchas ocasiones que ofrece de pecar. Digo que el cristiano debe huir de ocasiones donde tan fácil es caer en tentacion, cuando no en pecado, pues para cristianos se dijo: « el que busca el peligro, perecerá en él ». Digo que puede haber personas prudentes que, en ocasiones dadas y por motivos plausibles aun para la conciencia más cristiana, vayan al teatro: tal sería, por ejemplo, un padre de familia que á la suya llevase á un palco para ver una comedia en que se diesen ejemplos de verdadera virtud, y que respetase en su conjunto y pormenores todas las leyes de la moral y del decoro. Digo, por último, y no niego que, en realidad, el poeta que escriba una comedia verdaderamente moral, con verdadera intencion de causar un bien al público, hace, por lo que á él respecta, una obra buena.

En resúmen: por no ser el teatro en sí mismo una cosa esencialmente mala, como lo es el robo ó el adulterio, que son malos porque en ningun caso ni de manera ninguna pueden ser buenos; por no tener, digo, el teatro esta especie de *maldad esencial*, concedo como posible que, en alguna circunstancia rara, por alguna razon extraordinaria, puedan algunas personas ir al teatro sin cometer por ello ningun género de falta grave.

Pero añado que, probándome la historia y mi propia experiencia las condiciones de mal-

dad con que ha existido siempre y en todas partes el teatro, y más particularmente en los tiempos que corren, puedo, sin pasar por rigorista ni mogigato, aconsejar á los jóvenes que no tomen aficion á una clase de recreo donde tan inminente riesgo se encuentra de perder el alma.

Desde luégo, no se me negará el derecho, cuando no el deber, de advertir á la juventud de estos peligros y males que veo tan manifiestos. Una vez advertidos los jóvenes, la consecuencia se desprende por sí misma: «No vayais á donde tan fácil es perderos».

Una palabra, y sea la última, en el particular. A la persona más indulgente en esto de los espectáculos teatrales, á la que con más calor los defienda y proteja, preguntadle, suponiendo que tenga vivo en el alma un solo rayo de fe cristiana; preguntadle, digo, si le sería igual que la muerte le cogiera en la calle yendo á sus negocios, en un paseo, ó en tertulia con cuatro amigos, ó en un teatro... ¿A que escoge de seguro la calle ó el paseo ó la tertulia? ¿A que de seguro no escoge el teatro, ántes bien le horroriza la idea de morir en él?

¡Hola! ¿qué quiere decir esto? Que la conciencia ménos escrupulosa no es posible que falle sin reparo alguno acerca de lo que, próxima ó remotamente, y mucho más si es tan próximamente como el teatro, presenta por mu-

chos lados muchos y muy graves males. Pues basta, y aun sobra: con esto queda todo dicho en la cuestion.

XXVII.

LOS VIAJES.

¿Qué singular educacion es la de ese mozalbete, á quien veo saludar en italiano, comer á la francesa, vestir á la inglesa, y en ninguna cosa pensar, ni obrar, ni vivir como se vive y obra en su patria? ¿Qué causa inmediata produce en él esa petulancia con que magistralmente habla como testigo presencial de todos los sucesos, como conocedor de todos los hábitos y costumbres del mundo, como árbitro dispensador supremo de vituperios y elogios á todas las instituciones religiosas, sociales, políticas y civiles de todos los pueblos?

Pues ese es un jóven que, sin conocer apénas, no ya la historia y geografía de su patria, sino ni aun del pacífico y oscuro rincon donde se levanta su casa paterna, ha recorrido, en poco más tiempo del que se necesita para estudiar medianamente una poblacion no muy vasta, la mitad de Europa. En Lóndres pasó ocho dias durante la *grande Exposicion de la industria:* en París se detuvo media semana á su paso para Lóndres: llegó de un salto á Bruselas, y de

otro á Viena, á Berlin, á Moscow, á San Petersburgo; vió las orillas del Bósforo, dió la vuelta por Italia, y hoy se dispone á visitar en breve las dos Américas.

De vapor en vapor, á treinta millas por hora; de fonda en fonda, de plaza en plaza, ha visto pasar ante sus ojos, como los cuadros de una linterna mágica, pueblos, campiñas, rios, mares, desiertos, costas y fronteras, trajes y costumbres, razas y castas, instituciones y lenguas de todos los pueblos conocidos...

¡Válgame Dios! ¡qué Babel se le ha formado en aquella cabeza! ¡qué ideas tan superficiales de todas las cosas! ¡qué conceptos tan vanos de todos los hombres! ¡Cómo se han barajado en su cerebro las nociones del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto, de lo útil y de lo dañoso!

¡Con qué arrojo tan temerario quisiera trasplantar á su patria leyes y costumbres que sólo son buenas y provechosas en otras naciones! ¡Cuán estático admira, y cuán ciegamente adora establecimientos de artes, de industrias, de ciencias, que se imagina haber visto en el extranjero! ¡Cuán lastimosamente se ha alucinado, hasta el punto de ser ya incapaz de ver ni de concebir nunca las profundísimas miserias, los crímenes horrorosos, los groseros errores, los tremendos peligros que se hallan ocultos bajo el oropel de aquellas industrias, de aquellos artefactos, de aquellos monumentos que admira

y adora! ¡Cuán irremediablemente ha perdido la facultad de ver todo lo desgraciado que es el hombre en medio de esas prosperidades que le encantan, todo lo esclavizado que vive en medio de la aparente libertad en que le mira, todo lo degradado que hay en su ser, á vueltas de aquel engañoso brillo con que se le ofrece!

Decid á ese jóven viajero que aquellas asombrosas especulaciones del industrialismo inglés, por ejemplo, son la causa primera y principal del pauperismo siempre creciente que amenaza devorar á Inglaterra. No os comprenderá: él ha visto en calles y plazas, en fondas y cafés, en teatros y tiendas, en puertos y estaciones, prodigios tales de lujo y de comodidad, medios tan maravillosos para multiplicar goces de toda especie, que ni entiende ya cómo el hombre puede vivir en este mundo más que para gozar, ni concibe el innumerable enjambre de criaturas que penan amarradas al manubrio de un torno, ó sepultadas en minas hediondas, sin Dios y sin pan, sin luz y sin aire.

Tratad de inspirarle un solo movimiento de compasion hácia esas infortunadas víctimas de la codicia de los hombres, y de la sensualidad del siglo, y le hallareis helado para todo humano sentimiento; ó acaso vereis que estúpidamente compadece al libre y feliz habitante de las campiñas cristianas, que sin echar de ménos esas magnificencias de la industria y del comer-

cio, tiene, gracias á Dios, una fe que profesar, un cielo puro y limpio en donde poner los ojos y la esperanza, y pan que llevar á la boca, sin regarlo con lágrimas de desesperacion ó de amargura.

Pero, de todas las preocupaciones de nuestro jóven viajero, la más funesta, y sobre la que llamo más especialmente vuestra atencion, queridos mios, es el vacío que se forma en su conciencia religiosa.

Acostumbrado, durante el viaje, á no ver más que materia y goces materiales en todas partes; sin haber tenido tiempo, no ya para practicar debidamente su Religion, sino ni aun para acordarse de rezar sus oraciones diarias; habiendo atravesado naciones y pueblos en que, por universal consentimiento y aun con aprobacion y proteccion de los Gobiernos respectivos, se profesan indistintamente y con toda libertad, toda especie de cultos religiosos; rodeado quizás por la activa seduccion que en todas partes prosiguen los propagandistas del protestantismo para corromper á los jóvenes católicos; ocupado, en fin, y asediado nuestro viajero imberbe por tantos enemigos de su fe, acaba pronto por expulsarla de su alma, y cae en el abismo de la *indiferencia religiosa*.

¡Desgracia inmensa por cierto, amados mios, y una de las principales llagas de esta podrida sociedad materialista de nuestros tiempos!

La *indiferencia religiosa*, ó mejor dicho, *en materias de religion*, reconoce hoy dos causas principales: una, el abuso de la discusion; y otra, el sensualismo característico de nuestra edad.

A fuerza de oir el pro y el contra de todas las cosas, amados mios; á fuerza de ver puestas en tela de juicio todas las verdades, comienza á roer los espíritus la carcoma de la duda, y comienza por consiguiente la fe á entibiarse á proporcion que la duda va penetrando en las almas. Pero aun este grande enemigo de la fe podria muy poco si, no agregándosele el sensualismo para corromper los corazones, faltase un estímulo que en cierto modo nos interesara en acariciar y mantener las dudas de nuestro espíritu.

Me explicaré más, porque importa que entendais bien esto.

De tal manera es la fe una necesidad del hombre, y con tan suave imperio domina nuestro ser entero la Religion aprendida en la infancia, que todas las discusiones del mundo no bastarian á hacernos dudar de la verdad de nuestra fe, si el corazon no se interesase en ello, es decir, si las pasiones y apetitos, deseando soltar todo freno, no se empeñaran en sofocar la voz de la conciencia, para hacernos creer que puede no ser verdad aquella regla que nos está enfrenando.

Ejemplos. Al pedante vano y soberbio que

sufre la humillacion constante de ver que nada alcanza á comprender de la esencia de Dios, ni á recontar siquiera las innumerables y maravillosas obras de su omnipotente mano; al filosofastro orgulloso que quiere alzarse, con su sola razon, sobre todos los mundos visibles é invisibles para penetrar el secreto de todas las cosas; á éstos decidme, ¿no será bien fácil hacerles dudar de la existencia de aquel Dios cuya sola idea es su acusador y juez, su tormento y verdugo?

Por muy sólida que sea la fe de un avaro, ¿tardará mucho en dudar de la autoridad con que la Iglesia le manda desprenderse de algunos bienes para darle diezmos y primicias?

Por mucha religiosidad que supongamos en un hombre lascivo, ¿costará gran trabajo hacerle dudar del gran enojo con que Dios ve los pecados contra la pureza? Si sus deseos impuros se han puesto en una mujer casada, ¿no oirá con gusto á un protestante predicar contra la santa indisolubilidad del matrimonio?

Si otro protestante sale mañana negando á la Iglesia el derecho de imponer á los fieles abstinencias, ayunos y otras mortificaciones, ¿tardará mucho en oirle con placer, y en adherirse á su opinion, el hombre que gusta de regalar su cuerpo con opíparos banquetes, y en lechos mullidos de pluma?

Ya veis que la lista de ejemplos pudiera alargarse indefinidamente. Pero los citados bastan

para probar que nadie duda de la fe sin que á ello le impulse una pasion vergonzosa, ó le ayude un instinto innoble. Esto es lo propio que enseña el Espíritu Santo al decir que «del corazon del hombre nacen los malos pensamientos».

Pues bien, hijos mios; con esta nativa flaqueza del hombre, que le impulsa á dudar de todas las verdades que le son molestas, cuenta en primer lugar e genio diabólico de este siglo discutidor, para poner en duda las cosas más santas.

Y como entre todas las cosas santas, la más santa es la Religion, aquí teneis, amados mios, porqué las discusiones más atrevidas y temerarias de este siglo discutidor versan principalmente sobre materias religiosas. El demonio, que inspira este furor de disiparlo todo, sabe bien que, una vez deshecho el fundamento de la fe en las almas, pronto saldrán de ellas todas las virtudes para dejar libre el campo á todos los vicios.

Y aquí teneis, digo ahora, volviendo á nuestro asunto, las causas de esa *indiferencia religiosa* de nuestro jóven viajero. Sus viajes mismos han hecho para con él los oficios de la discusion. Ha visto en algunas partes que, junto á un templo del verdadero Dios de los católicos, se levanta una sinagoga de judíos ó una capilla de protestantes. Ha visto que, ante los Gobiernos y ante la opinion pública, los mismos derechos y la misma consideracion merecen los judíos, los herejes y los ateos que los católicos, si

ya no es que ha visto á los católicos perseguidos y ultrajados por ateos, por herejes y judíos. Ha visto que los hombres no son estimados del mundo por la fe que profesan ó por las virtudes que ejercen, sino por el dinero que tienen, ó por los talentos é industrias con que pueden hacérselo ganar á otros. Ha visto que la mayor parte de las gentes miran y tratan la Religion y las cosas que á ella pertenecen como negocios de segundo órden, y de poca ó ninguna importancia. Ha visto que, en cambio, la industria, el afan de enriquecerse y de gozar son el alma de los pueblos de la Europa moderna. Ha oido quizás conversaciones particulares y discusiones públicas en Parlamentos y Academias; ha leido quizás libros y periódicos; ha tenido quizás á su lado, y siguiéndole como una sombra de muerte, la compañía y el trato de agentes de la impiedad y de la herejía; y en aquellas conversaciones privadas y discusiones públicas, y en estas lecturas y en estas compañías, ha visto y oido constantemente que, ó no se habla de Religion jamas ni para cosa ninguna, ó se habla para enseñar que todas las religiones son igualmente buenas, y que todos los cultos son lícitos con igual derecho: ¡como si no hubiera un Dios Santo que nos hubiese enseñado la única Religion verdadera; y como si no hubiese una moral eterna que nos enseña no ser justo ni lícito dar al error los mismos derechos que á la verdad!

Colocad todas estas impresiones y seducciones diversas en el alma de un jóven que viaja sin guia y sin concierto; considerad en seguida el grande auxilio que á la perversion de su entendimiento presta el torbellino de goces y placeres que corrompen su corazon; y comprendereis cómo ha podido formarse en él esa *indiferencia religiosa.* Viendo la Religion olvidada y desatendida en unas partes, ha creido que es inútil. Viéndola en todas partes entregada al capricho de los hombres, ha juzgado que, en punto á Religion, se puede profesar la que se quiera. Su corazon viciado le dice que toda Religion es siempre un freno, pero que ninguna es freno eficaz sino la católica, porque sólo ésta es la verdadera. Y de aquí el que, miéntras tiene una indiferencia ó desdeñosa ó benévola para con todas las religiones falsas, sólo tenga un odio secreto y concentrado á la única Religion verdadera.

De aquí tambien, y por consiguiente, las burlas necias ó las blasfemias iracundas que le oireis contra las prácticas santas de nuestra Madre la Iglesia; de aquí el desprecio con que hablará de nuestros Sacerdotes y Pontífices; de aquí los elogios apasionados que hará de la libertad y de los progresos materiales de los pueblos protestantes; de aquí, en fin, el aplomo insolente con que os dirá que, en punto á Religion, cada cual es dueño de pensar y de hacer lo que quiera...

¡Qué dolor y qué vergüenza, amados mios! ¿De qué ha servido á ese jóven infeliz el tiempo y el dinero gastados en sus viajes? Ha perdido el temor de Dios, ha perdido el amor á su patria, y se ha llenado la cabeza de preocupaciones, y el corazon de vicios, que con suma dificultad, podrá ya, si acaso, echar de sí.

Y sin embargo: verdad es que esos mismos viajes, hechos en edad más adelantada, con más órden, con más calma y bajo la direccion de un guia amoroso, experimentado, religioso y prudente, pudieran haberle sido muy útiles, dándole á conocer lo que hay realmente bueno, y lo que hay positivamente malo fuera de su patria.

Pero el primer requisito indispensable para obtener este provecho, hijos mios, es conocer bien lo que hay en vuestra patria, ántes de que salgais á estudiar lo que se encuentra fuera de ella. Ya sea que viajeis por necesidad, ya por voluntad y recreo, procurad siempre conocer vuestro país ántes que el extranjero, á fin de que podais comparar exactamente el uno con el otro, y aprender lo que en cada cual de ellos sea respectiva y absolutamente digno de estimacion ó de censura.

Procurad igualmente, no tanto el ver muchas cosas, como el verlas bien, es decir, con reposo, sin ligereza, proponiéndoos adquirir de lo que veais una noticia cabal y cierta, y no únicamente

satisfacer una mera curiosidad. Tened tambien en cuenta que no todo en este mundo es para visto, y no hagais lo que ciertos jóvenes viajeros que, so pretexto de estudiar las costumbres de los pueblos, se lanzan á ser testigos, cuando no actores, de escenas y costumbres que en todos los pueblos del mundo son materia vedada para jóvenes cristianos.

Cuidad muy mucho tambien de no entregaros con una confianza irreflexiva á la amistad y compañía del primer advenedizo que la casualidad os depare. Corteses y afables con todas las personas que en el curso de vuestros viajes hayan de ponerse en contacto con vosotros, guardad respecto de todas la reserva que la prudencia más vulgar exige á un hombre juicioso en su trato con gentes desconocidas; y no les comuniqueis con extremada franqueza las impresiones que os causen vuestros viajes, ni acepteis sin previo exámen las que se os quieran comunicar por los otros. Esta precaucion os libertará de peligros graves, y muy frecuentes en los viajes, para vuestra bolsa, para la seguridad de vuestra persona, y para la rectitud de vuestra conciencia.

En vuestros juicios, en vuestras conversaciones, en toda vuestra vida de viajeros, llevad por guia predilecta la verdadera fe, y jamas abandoneis las prácticas religiosas. Desconfiad de toda palabra y escrito, de todo hecho y espectáculo que veais estar en contradiccion con la santa

Religion que profesais. Por donde quiera que camineis, vean Dios y el mundo que sois, y que teneis á honra ser cristianos fieles y sumisos á la Iglesia.

Con estas prevenciones y sencillas reglas, conseguiréis que vuestros viajes produzcan de lleno en vosotros, y sin merma de ninguna de vuestras virtudes, el saludable y el mayor resultado que de los viajes se obtiene: el de ver que el hombre, en todos los climas, bajo todas las formas de gobierno, y en toda especie de sociedades, no posee más suma de felicidades y de bienes sino la proporcionada á las *sólidas verdades* que profesa, y á las *sólidas virtudes* que ejerce.

Ya veis, pues, ¡oh jóvenes cristianos! que los viajes no son cosa de poca importancia: léjos de ser así, ellos pueden, segun estén bien ó mal dirigidos, perfeccionar una educacion mediana, ó corromper la mejor del mundo.

A vosotros hago esta última advertencia, y más bien que á vosotros, á vuestros padres y maestros.

XXVIII.

ESTUDIOS Y LECTURAS.

Desdichadamente no se necesita viajar para adquirir la mayor parte de los vicios que se adquieren en los viajes. Dios ha permitido que en

esta nuestra edad se multipliquen asombrosamente, entre todos los hombres y entre todos los pueblos, los medios de recíproca comunicacion. Sólo que este inmenso beneficio de la Providencia, que deberia servir para que, ligada con vínculos más estrechos la gran familia humana, juntase sus comunes esfuerzos para procurar la mayor gloria de Dios, no parece que sirve sino para aumentar el nativo orgullo de los mortales, y para difundir más abundantemente en el mundo la ponzoña de todas las corrupciones.

Con los buques de vapor y por los ferrocarriles se da hoy en pocos dias la vuelta al globo terráqueo. Con el telégrafo eléctrico corre la palabra de continente en continente, casi tan veloz como el pensamiento. Con la multiplicacion de las industrias crece la competencia entre los productores, y se abaratan fabulosamente las mercancías. Con la necesidad de buscar salida á tan multiplicados y varios productos crece el comercio, y en su afan emprendedor todo lo invade: la cuestion es producir y vender, sin pensar en la calidad de lo que se produce y expende; para la industria y el comercio no hay más religion ni más moral ni más política, que ganar dinero.

Esta ley comun de nuestra edad debia, natural y más principalmente, cumplirse en lo relativo á los que se llaman productos directos de la inteligencia, es decir, á lo que se escribe para

imprimirlo convirtiéndolo en libro, en periódico, en folleto, en revista, en hoja suelta. La ciencia mecánica tambien por su parte se ha dado tanta prisa para inventar medios de imprimir rápida y abundantemente, cuanto la locuacidad del siglo se da prisa en vaciar palabras que se impriman.

De aquí esta prodigiosa multiplicacion de mercados para todo lo que se imprime: bibliotecas, librerías ambulantes, gabinetes de lectura, círculos literarios, casinos, ateneos, etc., etc.

De aquí el prurito que todo el mundo tiene de escribir de todo, y la correspondiente manía de leerlo todo y de querer saberlo todo. Los Gobiernos mismos trazan sus leyes y planes de instruccion pública como si quisieran que cada hombre fuese una Enciclopedia viva de todos los ramos del saber.

De aquí el temerario arrojo de meterse todo el mundo á estudiarlo todo y á enseñarlo todo; y de aquí á su vez esta universal impaciencia con que, juzgándose todo el mundo apto para todas las cosas, aspiran todos á salir de su propia esfera: el artesano quiere ser artista; el artista quiere ser literato; el literato quiere ser filósofo; todos pretenden ser sabios en todas las cosas, y por consiguiente, todos aspiran á poseerlo todo y á gobernarlo todo.

De aquí ese afan por ser á toda costa ricos, opulentos, poderosos. De aquí estas perturba-

ciones políticas y sociales, que nos traen una revolucion cada veinticuatro horas. De aquí esta osadía de los súbditos, y esta correspondiente debilidad de los Gobiernos.

De aquí este enflaquecimiento universal del principio de autoridad, que hace deplorar á la Iglesia herejías, y á los Soberanos legítimos rebeliones sin cuento. Cada hombre cree tener en su sola razon todo lo que necesita para su espíritu y para su cuerpo, y de aquí la rebeldía contra la autoridad de la Iglesia, que reprime los extravíos de la razon, y contra la autoridad del Estado, que castiga los desenfrenos de la voluntad.

—«Pues que la Iglesia no consiente que cada cual piense lo que quiera en todas las cosas, ¡guerra contra la Iglesia! ¡viva Lutero! Pues que el Estado no puede consentir que cada ciudadano obre como se le antoje ¡guerra contra el Estado! ¡viva la libertad! No queremos autoridad religiosa que nos predique al verdadero Dios, y nos enseñe el verdadero modo de adorarle; adórele cada cual como quiera; ¡viva la libertad de conciencia! ¡viva la libertad de cultos! No queremos autoridad política que nos dé leyes y nos obligue á cumplirlas; dése cada cual á sí mismo la ley que le acomode, y cúmplala como quiera; ¡viva!... ¿qué sé yo qué?... Soberanía de la razon para pensar lo que se quiera. Soberanía de la voluntad para querer lo que se nos antoje. Li-

bertad desenfrenada para obrar todo lo que queremos»...

Y este grito de guerra y muerte, pronunciado en el Paraíso por el Angel de la soberbia para quitar su inocencia á nuestros primeros padres; este grito, repetido constantemente durante cuatro mil años por generaciones y generaciones; este grito, cuya mortífera eficacia vino á matar el Cordero de Dios en favor de cuantos quisieran lavarse en su sangre purísima; este grito, reproducido por cien y cien heresiarcas desde el gran dia del Calvario, y tenazmente perpetuado por el protestantismo antiguo y moderno; este grito es el mismo que, diseminado hoy, en mayor extension y con más rapidez que nunca, por el espíritu del mal, va resonando como un eco lúgubre en todos esos *Estudios* y *Lecturas* condenadas ántes y ahora por la voz de la Iglesia.

Seguidme unos instantes con atencion, mis amados jóvenes, pues voy, aunque sea muy por encima, á daros alguna idea de cómo habla, de dónde procede, y á qué fin se encamina este industrialismo literario que hoy dia se ha desatado á perturbar vuestros entendimientos y á emponzoñar vuestras conciencias.

XXIX.

FILOSOFISMO.

Entiendo por *filosofismo* todo sistema de ciencia, ya sea religioso, ya político, económico, físico, artístico ó literario, que en sus doctrinas primarias y secundarias, en sus premisas ó en sus consecuencias, sea contrario ó pretenda ser superior á lo que, respecto de Dios, del universo y del hombre enseña la *filosofía cristiana* por la voz de la Iglesia católica.

La filosofía cristiana nos enseña la existencia real de un Dios Omnipotente, infinitamente sabio, sumamente bueno, principio supremo y único de donde emana, y fin último y supremo á que se refiere todo lo creado, con plena y absoluta libertad por su omnipotencia en la tierra y en los cielos: uno en esencia y trino en las personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo; Criador, Redentor, Salvador, Glorificador, Juez eterno y soberanamente Justo; Conservador y Providencia de todo cuanto es visible ó invisible; Espíritu purísimo, inmenso, eterno, inmutable, inefable, incomprensible.

Pues bien: oid ahora, hijos mios, cómo el *filosofismo* habla de Dios. O, desvergonzadamente impío, le niega, blasfemando sin rebozo; ó le

concede una existencia tan inútil como absurda, pues no le supone absolutamente más relaciones con el mundo y con el hombre que el haberlos creado para dejarlos despues abandonados al casual impulso de un ciego destino; ó identifica al Creador y á la criatura, confundiéndolos en un solo y único ser.

El primero de estos sistemas es el *ateismo* crudo y neto; el segundo es el *deismo;* el tercero es el *panteismo.*

El *ateo* dice redondamente: no hay Dios.

El *deista* dice: hay Dios, pero yo no sé de él ninguna otra cosa, sino que me parece que es el *Ser Supremo*, Criador del mundo. El *panteista* dice, Dios es todo, y todo es Dios.

El *ateismo* crudo rara vez lleva su desvergüenza hasta el punto de presentarse organizado como una doctrina filosófica: de esta manera apénas se le encuentra más que en la antigua filosofía de los tiempos gentílicos. Sin embargo, hijos mios, no faltan hoy dia ni hombres que crean, sin decirlo públicamente, que no hay Dios, y que realmente vivan como si no lo hubiera; ni escritores, aunque pocos, que fundan sus abominables doctrinas en el supuesto de que la idea de Dios no es necesaria para explicar la existencia del mundo y del hombre.

El *deismo* fué casi una especialidad filosófica del siglo pasado, que tuvo por principales intérpretes á los famosos Rousseau y Voltaire. La

impiedad de los deistas de entónces fué un arma para combatir á la Religion cristiana y á la autoridad de la Iglesia, más bien que una conviccion filosófica. Se forjaron allá un Dios que no tuviera nada que ver con las cosas de este mundo, para sacar la consecuencia de que la Iglesia de Jesucristo no es más que un conjunto de hombres sin mision ninguna de Dios, y que Dios no ha autorizado á ningun hombre para que en su nombre enseñe la manera cómo quiere ser adorado. De este modo el *deismo* volteriano, miéntras por un lado atacaba en particular á la Religion cristiana, atacaba por otro á todas las demas religiones. Así es cómo el *deismo* resulta ser verdadero padre de las funestas teorías sobre *libertad de conciencia* y *libertad de cultos*, las cuales suponen que no se sabe cuál sea la Religion verdadera.

Pero la gran blasfemia del *filosofismo* de hoy dia es el *panteismo*, que en resúmen no es más sino el *ateismo* puro. En efecto, tanto monta decir redondamente que no hay Dios, como enseñar que Dios no es otra cosa sino *el conjunto idéntico*, la *unidad absoluta* de todas las sustancias materiales y espirituales. Cuando los *panteistas* hablan de Dios, y se empeñan en sostener que ellos no son ateos, me causan el mismo efecto que me produciria un ciudadano de la República de Ginebra si, diciéndole yo que en su país no habia Rey, me respondiese: se equi-

voca V.; en mi país hay Rey; este Rey somos todos los ginebrinos.—Pues, hombre, le replicaria yo: cabalmente, por lo mismo que en Ginebra son Vds. todos *el* Rey, no hay en Ginebra *un* Rey; y por eso el Estado de Ginebra es y se llama República, y no se llama Monarquía.

Pues bueno, aplicando el ejemplo, digo á los panteistas: por lo mismo que, segun Vds., no hay entre todas las sustancias *una* que sea Dios, sino que todas juntas son *el* Dios de Vds., no hay verdaderamente Dios en la filosofía de ustedes; y por eso, Vds. son ó se deben llamar *ateos*.

La prueba de que es así, está en que del *panteismo* salen exactamente las mismas consecuencias que del ateismo puro: vaya una sola.

Si para Vds., señores panteistas, no hay más Dios que la totalidad, el conjunto, la unidad, la identidad de todas las sustancias, Dios es para Vds. piedra y planta, agua y fuego, burro y hombre. Pues á ver cómo de todas estas partes de la *sustancia única*, de ese *gran todo* á quien Vds. llaman Dios, me sacan un Juez remunerador de buenos, y castigador de malos.

¿Qué responderán á esto los panteistas? Lo que responden: que el bien y el mal no son cosas que existen realmente, sino que son meros puntos de vista que los hombres tomamos para juzgar las acciones humanas; ó de otro modo, que nada hay *bueno* sino lo que el hombre dice que es *bueno*, y que nada hay *malo* sino aquello

que la razon de los hombres ha convenido en llamar *malo*. Es decir, que el dar limosna á un pobre no tiene de bueno más sino que así nos lo parece á nosotros; y que el asesinar á un hombre no tiene más de malo sino que por matar llevan á la horca.

¡Famosa moral! Y lo peor es que del *panteismo* no puede salir otra. Veamos ahora cuál es la religion del *panteismo*.

Religion es el vínculo que nos liga con Dios; vínculo de amor por los beneficios que le debemos; vínculo de temor por la justicia de su juicio; vínculo de esperanza por las promesas que su santa palabra nos hace. Pues bien, ¿con cuál de estos vínculos estamos ligados con el dios de los panteistas?

¿Con el vínculo del amor? veámoslo. Si Dios es el gran todo, la sustancia única, conjunto idéntico de todas las sustancias, cuando yo dirija mis afectos de adoracion á una, se los dirijo á todas, pues lo mismo da la una que la otra; porque en este sistema panteístico no hay *otra*, no hay más que *una*. Por consiguiente, cuando me dé gana de dar gracias al dios panteístico por los beneficios que le debo, vengo á dar gracias á la teja que me rompe la cabeza, al ladron que me roba el dinero, á la víbora que me muerde, al mar que me traga en sus olas, y demas bienhechores de esta especie.

¿Será el vínculo del temor el que me ligue

al dios panteístico? Entónces sucede que yo, hombre, sustancia espiritual, ó por mejor decir, segun la doctrina panteística, porcion mínima de la totalidad indivisa del espíritu universal, someto mis acciones al juicio de una piedra berroqueña, porcion mínima de la totalidad indivisa de la materia universal.

¿Será el vínculo de esperanza? Tendria que comer un Padre nuestro rezado al dios panteístico, es decir, á la rana que me está aturdiendo los oidos, al ratoñ que me roe los zapatos, al... Basta, hijos mios, basta.

Ya veis que el panteismo no puede tener Religion. La Religion supone acciones libres del hombre, dignas de premio ó castigo; supone un alma inteligente y responsable ante su Juez eterno; supone un ser distinto de mí, superior á mí con una superioridad infinita. Y el panteismo no admite seres ni cosas distintas unas de otras: no admite libertad en el hombre, pues que no admite distincion real entre el bien y el mal, que son los objetos en que la libertad se ejerce: no admite distincion entre Criador y criatura, pues para el panteista no hay *creacion*, sino que todo lo que es y todo lo que existe, empezó á ser no se sabe cuándo, ni por obra de quién, ni para qué fin, ni con qué objeto.

Pero es el caso que el hombre, aunque sea *panteista*, está construido de tal manera que no puede vivir sin algun género de religion: buena

ó mala, verdadera ó falsa, el hombre ha de tener alguna. Pues bueno, ¿cuál será la verdadera religion del panteismo?

Es muy sencillo. En ese *gran todo* de todas las sustancias materiales y espirituales, el panteista halla que la materia es inerte, sin vida, sin inteligencia, sin sensibilidad, sin libertad, miéntras que en el espíritu halla todos estos atributos. Es decir, el panteista ve que el espíritu es de nobleza y calidades tan superiores á la materia, como lo son la causa al efecto, el señor al esclavo, el Soberano al súbdito. Visto esto, su mismo instinto le lleva á dar al espíritu una preeminencia divina sobre la materia. Pero como él no ve este espíritu manifestado más que en el hombre, necesariamente acaba por dar al espíritu humano la preeminencia divina.

He aquí cómo el hombre sale divinizado de manos del panteismo. La religion del panteismo se compone, pues, de estos solos dos dogmas: el hombre es Dios; no hay más Dios que el hombre.—¡Qué horror!

Y aquí teneis ya, hijos mios, el fundamento filosófico y la explicacion más profunda de todos los espantosos trastornos del órden social, que va presentándonos el siglo presente. Continuad prestándome con gran fijeza vuestra atencion.

La filosofía cristiana enseña que el hombre, creado y hecho por Dios mismo á imágen y se-

mejanza suya, salió de manos de su Hacedor con toda la perfeccion que es propia de la naturaleza humana, es decir, salió de tal manera que su entendimiento entendia perfectamente la verdad, y su voluntad apetecia constantemente el bien, y sabía escogerlo.

Pero la perfeccion del hombre era limitada como de criatura, y su conservacion dependia de que guardase el precepto de Dios. El hombre, libre para perderse ó para vivir en gracia de su Dios, prefirió perderse, desobedeciendo á su Dios; y privado entónces de la perfeccion que es propia de su naturaleza, quedó con su entendimiento sujeto al error, y con su voluntad inclinada al mal. Perdido su estado de justicia original, y entregado á todos los azares y peligros de su libertad, quedó el hombre con sus potencias, no ya del todo destruidas, ni corrompidas absoluta y necesariamente, pero sí tan quebrantadas y enflaquecidas como las vemos hoy, constituyendo la imperfecta condicion humana.

Pero al cabo el hombre no perdió nunca su libertad, y con esta misma libertad, que es su mayor peligro, puede, sin embargo, restaurar su ser degradado, y reunirse con su Dios, á condicion, empero, de que con humildad pida, y de la misericordia divina obtenga, el auxilio sobrenatural de la *gracia* que nos fué prometido y ganado por los méritos infinitos de Nuestro Señor Jesucristo.

De esta manera, y con estas condiciones, el hombre, bien que *imperfecto* por *naturaleza*, es *perfectible* por *gracia;* y en esta vía de su *perfectibilidad* es de fe que puede ir constantemente *progresando*.

Tal es la doctrina cristiana sobre el orígen de la caida y la restauracion del hombre; tal el sentido cristiano de las famosas palabras *perfectibilidad* y *progreso*. Pues oid ahora cómo el panteismo desfigura y afea esta magnífica y noble enseñanza de la Iglesia católica.

El panteismo no se mete á averiguar cuándo ni cómo empezó á ser el hombre. Para el panteismo el hombre, como todo el universo, es el mismo Dios, sin principio ni fin; pero un Dios que se va perfeccionando á fuerza de años, y que madura, por decirlo así, á golpes. El espíritu del hombre, que ha de ser, como si dijéramos, el maestro de capilla de esta música del *progreso*, se basta á sí mismo y se sobra para llegar á un estado de perfeccion nada ménos que divino. Por medio de la discusion ha de llegar su razon á encontrar y poseer la verdad de todas las cosas. Por medio de la libertad absoluta ha de llegar á romper los frenos religiosos, sociales y políticos que hoy le oprimen. Con su talento ha de llegar á dominar la vida y la muerte. Con su libertad absoluta ha de destruir todos los obstáculos.

Consecuencias de esta doctrina:

1.ª Si el hombre no tiene más medio de saber la verdad que su razon, y si su razon ha de bastarle para encontrar y poseer todas las verdades, su razon es soberana é independiente; y como tal, tiene derecho á investigarlo todo, y á discutirlo todo perpetuamente, pues la discusion ha de ser la luz que le dé la verdad. Siendo su razon soberana é independiente, ninguna obligacion tiene de sujetarse á las enseñanzas de la fe; y cualquiera que en nombre de Dios le impone una religion, la injuria y la esclaviza. Por consiguiente, no sólo está de sobra toda especie de religion, sino que es menester condenarlas y perseguirlas á todas como á enemigos mortales del progreso humano. El panteismo no reconoce, pues, más religion que la filosofía.

2.ª Si el hombre ha de llegar por medio de la libertad absoluta á romper los frenos que hoy le sujetan, cortando el vuelo á su perfectibilidad, es menester que despues de haber condenado toda especie de religion, condene toda especie de gobierno y de autoridad. Por consiguiente, están de sobra las monarquías y las aristocracias, y aun las repúblicas, si en ellas ha de haber unos que manden y otros que obedezcan. Por consiguiente, el hombre no está obligado á reconocer ni leyes ni autoridades, ni magistrados de ninguna especie ni categoría. Por consiguiente, el estado político de las sociedades debe ser la *anarquía*, es decir, el *no-gobierno*.

3.ª Pero como, aun despues de suprimida la autoridad política, quedaria en pie todavía la autoridad doméstica, es decir, la del padre de familia, el panteismo rompe tambien este freno, y disuelve la sociedad de la *familia*. Por eso, en vez del matrimonio santo que nos da la Religion cristiana, el panteismo nos ha dado por de pronto el concubinato legal llamado *matrimonio civil*, y luégo ha como entronizado la impúdica doctrina del *libre amor*, segun la cual la conservacion y reproduccion de la especie humana no ha de tener más reglas que las de las fieras en los bosques.

4.ª No siendo necesaria la *familia*, tampoco es necesaria la *propiedad*, cuyo fin directo y primario es la conservacion y propagacion de las familias. Ademas, siendo Dios el hombre, todos los hombres son dioses, todos con derechos absolutamente iguales en número y calidad; y como el tener unos propiedad, y el no tenerla otros, destruiria esta igualdad absoluta, es menester nivelarlos á todos, no ya haciendo á todos propietarios, de manera que cada cual tenga una porcion de propiedad suya, sino haciendo una masa general de todas las propiedades particulares del Estado, y declarando á todos los ciudadanos con derecho absolutamente igual á tomar de esta masa comun de propiedad lo que necesiten para su subsistencia. De aquí sale, armado de todas armas, el *comunismo*, que no es

otra cosa sino la doctrina panteística, aplicada á la distribucion del *tuyo* y el *mio*.

Tales son los principales puntos que abraza y profesa el filosofismo en su rama panteística. En nombre de la razon soberana é independiente se propone fundar sociedades sin Dios, sin culto religioso, sin gobierno, sin familia y sin propiedad. En nombre de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad, aspira á fundar Estados en que el débil sería sin remedio víctima indefensa del fuerte, y en los cuales, si alguna igualdad llegara á conseguirse, sería la que reina en los sepulcros.

¿Os espanta semejante doctrina, jóvenes cristianos? ¡Ya lo creo! Pero sabed que, espantosa y todo como es, ella es la que se os presenta con el bello nombre de *Filosofía*, y ella la que, unas veces ostentándose en toda su desnudez repugnante, otras ocultándose bajo velos que no os dejan mirarla con la debida repugnancia, por esas academias y gabinetes de lectura, por esos teatros y liceos, por esos estudios y lecturas que se os permiten y se os recomiendan, va apoderándose poco á poco de vuestros entendimientos, habituando vuestra vista á mirarla sin horror, é interesando vuestros corazones con el cebo de los vicios para seguirla y amarla.

Voy todavía á daros algunas pruebas, que os sirvan de aviso.

XXX.

LITERATURA, BELLAS ARTES.

El panteismo es una doctrina horrible, pero completa. Bien mirado, no es otra cosa sino el catolicismo vuelto al reves: sus negaciones satánicas siguen paso á paso las divinas afirmaciones de la fe católica; y de esto le proviene al panteismo el ser á un mismo tiempo doctrina tan completa y tan horrible. Coged un catecismo del P. Ripalda: id poniendo *no* donde el catecismo dice *sí*, y poniendo *sí* donde dice *no*, y ya teneis hecha y derecha toda la filosofía del panteismo.

La Religion cristiana nos manda que, ofreciendo á Dios todos nuestros pensamientos y obras, humillemos ante su inmensa Majestad nuestras potencias todas, y enderecemos á su servicio y alabanza todas las operaciones de nuestra mente y de nuestro cuerpo. Por eso, la filosofía cristiana, declarándose sierva, y no rival, ni mucho ménos soberana de la fe; nos enseña á ejercitar nuestra razon en penetrar, guiados siempre por la antorcha de la fe, lo que nos sea dado averiguar respecto á las causas de las cosas superiores, es decir, respecto á los principios fundamentales de los seres y de la vida de los

seres. Por eso tambien, la literatura y las bellas artes cristianas no son más que una consagracion perpetua de nuestra imaginacion y de nuestros sentidos para cantar las alabanzas de Dios, imitando las obras de su creacion, y aspirando á que estas imitaciones salgan de nuestra mano tan física y moralmente bellas como nos sea posible.

Pues bien: para el panteismo el hombre es Dios; y como tal, no dependiendo más que de sí mismo, debe estar en perpetua adoracion de sí propio. Por eso, así como la filosofía del panteismo, declarándose soberana rival, y vencedora impía de la fe, camina sin otra guia más que la razon humana, con el propósito y la esperanza de hallar el íntimo secreto de todas las esencias, y de robar todos sus misterios á la Divinidad, al universo y al hombre, así tambien la literatura y las bellas artes inspiradas por el panteismo, no son más que una vil adulacion de los sentidos, una grosera adoracion de la materia, ó una especie de difusion vaga del espíritu, que más se parece á los pensamientos incoherentes de un sonámbulo, que á los conceptos ordenados de una cabeza sana.

El hombre dios del panteismo toma la literatura y las bellas artes como á ministros dóciles de todos sus apetitos bestiales, y como á órganos de su fantasía, destinados á divinizar sus pasiones y sus vicios.

Una vez considerado así el asunto, ya empe-

zareis á explicaros, queridos mios, la causa fundamental del desenfreno literario cuyo bosquejo os tracé al hablaros del teatro. Lo propio que allí os dije de las obras dramáticas, os repito aquí de todas las demas comprendidas bajo el nombre específico de *Literatura*.

Vosotros no érais aún nacidos cuando, desde las crestas del Pirineo, invadió á nuestra España un *sentimentalismo romántico*, de tal manera desarreglado, y hasta tal punto escandaloso, que ni ante el sentido comun, ni ante la conciencia moral del público, logró vivir mucho tiempo. Pero si bien pasó muy en breve lo que habia de característico y singular en aquel género literario, permanecieron por desgracia sus depravaciones del órden moral, infestando gran parte de la escasa literatura que hoy se produce en nuestra patria, un tiempo tan rica y tan insigne en este importante ramo de la cultura social. Sin embargo, ademas de no faltar por acá *ingenios* que con novelas y comedias hacen todo lo posible por proseguir la obra panteística de divinizar los vicios y pasiones humanas, tenemos tambien un magnífico repertorio de necedades y de blasfemias, que el extranjero entrega al furor de nuestros traductores y á la codicia de nuestros editores y libreros.

Gracias al diablo, no dejan de abundar novelones y novelitas, consagradas á cantar un himno perpetuo á la lascivia, al adulterio, á la

insurreccion, á la venganza, á la herejía y al ateismo. La cosecha de *Los Misterios de París*, de *El Judío Errante*, de *Martin el Expósito* y de *Los Miserables*, continúa aumentada diariamente con el veneno suave de los *folletines* de los periódicos, y suele lograr venturosísimos remates en la *Gacetilla de la capital.*

Dignos émulos del autor, graciosamente impúdico, de *Los Mosqueteros*, de *La Dama de Monsoreau*, de *La Reina Margarita*, de *Memorias de un Médico* y *El Conde de Montecristo*, no faltan por acá *folletinistas* y *gacetilleros* que, con la mayor sangre fria, cuando no con entusiastas fervores, nos trazan el cuadro de una familia desolada por causa del *puro amor* que en el *angélico seno* de una doncella logra encender cierto galan muy generoso, muy adorable de cuerpo y de alma; pero que con todas sus perfecciones, no vacila en abandonar á la mujer que la Iglesia le ha dado por esposa, y á los hijos cuya educacion le está encomendada por Dios mismo, para abusar de la confianza con que se le ha recibido en una casa honrada, seducir á una jóven de la familia, y huir con ella, no se sabe á dónde.

¡Qué magníficas apologías hace aquí nuestro folletinista ó gacetillero del *virginal candor* de su heroina! ¡Qué elogios de la nobleza con que su seductor se ha dignado no matar en duelo al hermano de la jóven, el cual, en vez de pedir

á los tribunales la reparacion de su agravio, y el castigo del infame adúltero, creyó, más digno y acertado provocarle al *campo del honor!* ¡Qué ingeniosa y merecida venganza ha tomado despues el vencido hermano empleándose con odio tenaz en fingir amor violento á la abandonada esposa del adúltero, logrando al cabo triunfar de las resistencias de su virtud para infamarla haciendo pública su flaqueza!

¿Y sabeis cuál ha sido el fundamento y ocasion de todas estas donosas aventuras? Pues ha sido que la seducida jóven, era víctima infeliz de la tiranía de un bárbaro padre, que se empeñaba en hacerle oir Misa, y en guardar su honestidad, la ha precipitado al extremo de buscar su emancipacion en los brazos amorosos de aquel *ángel de su juventud, que Dios le puso en su camino para salvarla!...*

Os advierto, queridos mios, que aquí estoy yo inventando un argumento de novela, no describiendo el de ninguna ya publicada en nuestro moderno repertorio literario. Pero esto que yo invento, es poquísima cosa, punto ménos que nada, comparado á las descripciones repugnantes, á las subversiones del sentimiento moral, al infernal desbarajuste de sucesos y de ideas que se contienen en las *amenas lecturas* contemporáneas.

Mi pluma no se atreveria á remedar el sin número de absurdas combinaciones de vicios que

en la novela de hoy se preconizan y representan como virtudes; ni el respeto á mi Religion me permitiria jamas inventar ejemplos de la manera con que en estos desdichados engendros de la ignorancia y de la malicia se nos pintan las casas y personas religiosas, haciendo interesante siempre la supuesta liviandad de la sacrílega monja infiel á su Esposo Jesucristo; convirtiendo en soñados calabozos inquisitoriales las pacíficas inmaculadas mansiones de la oracion y de la penitencia; presentando como monstruos de egoismo y de crueldad, ó como víctimas repugnantes de un fanatismo estúpido, á los héroes de la humildad y de la severidad cristianas; calumniando á nuestros Pontífices, infamando á nuestros Reyes, burlándose de la verdad histórica, del sentido comun, de la moral eterna.

Y ojalá que estos abortos de un filosofismo, no ménos impío adorador de la corrupcion humana, que enemigo sistemático de Jesucristo y de su Iglesia, no se disfrazasen algunas veces con cierta capa de religiosidad poética, de cristianismo sentimental, y aun hasta de cierta piedad nerviosa, por decirlo así, que seducen con su falso brillo á muchos jóvenes, haciéndoles creer que se puede ser religiosos y cristianos saciando su ambicion política so pretexto de salvar la patria, violando la felicidad conyugal so pretexto de no querer profanar un tálamo que ya no se ama, adorando con ridículo misticismo á un Dios in-

ventado á propósito para que ni nos mande refrenar nuestras pasiones, ni nos imponga ninguna mortificacion de carne ni de espíritu, ni nos exija obra ninguna de piedad sincera, ni nos pida cuenta ninguna de las ofensas que le hayamos causado... ¿Quién no reconoce al dios de los panteistas en este dios de la religiosidad novelesca, que no sirve ni de Providencia, ni de Salvador, ni de Legislador, ni de Juez?

En esa misma ausencia de toda règla de arte que caracteriza la mayor porcion de las poesías, novelas y dramas de nuestros tiempos; en ese horrendo *galimatías*, medio frances, medio aleman, con que nos aturden sus frases vacías, sus conceptos vagos, sus palabras sin sentido fijo; en esa especie de nebulosidad en que envuelven todas sus doctrinas y todos sus sentimientos, y aun los mismos sucesos que describen ó representan; en esa confusion, en fin, con que aparece la mentira revuelta con la verdad, el mal con el bien, lo deforme con lo bello, ¿quién no ve la huella y el reflejo de la filosofía panteista? ¿Quién no descubre que el autor de aquellas páginas no tiene ninguna idea sana, ni fija, ni determinada de Dios, ni de la virtud, ni de la bondad, ni de la belleza, ni siquiera del lenguage? ¿Quién no ve claramente que, aunque este desdichado ingenio no sepa siquiera que existe una filosofía panteista, está recibiendo su callado influjo, y obedeciendo á la huella que en su inte-

ligencia y corazon han estampado las teorías panteistas del moderno racionalismo?...

Y esto que pasa con las bellas letras en general, es lo propio que pasa con las bellas artes, si bien mucho ménos en estas últimas, porque dirigiéndose, por su naturaleza misma, solamente á los sentidos, no cabe tanto en ellas el ser instrumento directo para pervertir las inteligencias.

Sin embargo, procurad observar en la música, que es, por su índole misma, la más vaga, la ménos representativa de las bellas artes; procurad observar, no tanto el carácter de voluptuosidad y de molicie que en sí misma tiene la música moderna, como las aplicaciones que de ella se hacen á interpretar los inmorales argumentos de la *ópera* del dia, y sobre todo el baile pantomímico. No parece sino que cada nota de aquel afeminado canto, ó cada escena de esta danza impúdica, son cómplices sabedores de las concupiscencias que despiertan en el alma. Esto se siente mejor que se explica. Si quereis percibirlo con plena claridad, figuraos el efecto que os produciria oir tocar una *jota* en un entierro, ó asistir á cualquiera de los funerales donde diariamente oimos cantar los *De profundis* con música que, más bien que en el templo del Señor, estaria oportunamente empleada en la *Norma* ó en el *Rigoletto*. No soy maestro en filarmonía, ni siquiera un mal aprendiz; pero creo no aventurar nada asegurando que hay una música gra-

ve, digna de llevar al cielo las oraciones de la tierra, y una música profana, y auxiliar poderoso de la sensualidad y del vicio. Así lo enseñan los maestros del arte, y así lo sentimos aun los no iniciados en él.

La escultura, y mucho más la pintura, son ya otra cosa; en una y otra cabe articular, por decirlo así, el lenguage de la corrupcion en la piedra y en el lienzo. Y efectivamente, dóciles una y otra á la voz y al impulso del sensualismo contemporáneo, muy frecuentemente dan de sí lastimosas muestras, que arrancan á la Iglesia reiteradas reprobaciones.

¿Quereis pruebas de esta verdad? Pues no teneis más que recorrer cualquier Museo público ó privado, cualquier Exposicion de bellas artes, ó aunque sea una simple estampería, y vereis con qué sacrílega profanidad se ve colocada una imágen de María Santísima junto á una Vénus, un San Jerónimo junto á un Sátiro, ó la crucifixion del Señor junto á una danza de Bacantes ó una asquerosa caricatura.

De aquí nace para vuestra inocencia un peligro grave que es menester señalaros, amados mios. El entusiasmo artístico de los adoradores de la materia, y de los idólatras del ingenio humano, suele ser tan indiferente en punto á moral y religion, que, con tal de que un cuadro ó una estatua sean artísticamente bellos, nada les importa que representen, ó una profa-

nacion bestial de algun misterio cristiano, ó una escena de la lubricidad más repugnante. Para ellos, lo mismo da una Purísima Concepcion de Murillo que una de las obscenidades flamencas de Theniers; en igual admiracion confunden un Cristo del Ticiano y los *caprichos* de Goya. Que el ingenio de un poeta ó de un artista se consagre á cantar en la epopeya las glorias de un héroe de la Religion ó del patriotismo, ó que enlodace su númen para rehabilitar la horrenda memoria de un Calvino ó de un Marat, todo le es igual; el caso es que los versos sean buenos, que la pintura sea clásica.

Vosotros, queridos jóvenes, ois á este género de maestros del arte ensalzar indistintamente todas estas obras, y juzgando que os es lícito y aun obligatorio admirarlas y estimarlas todas indistintamente, llegais tambien á haceros indiferentes á la verdad y al bien. Creyendo que puede haber belleza donde no hay virtud ó verdad, separais en vuestra mente calidades de perfeccion que Dios quiso que anduviesen perpetuamente juntas, y os teneis por autorizados para dar á vuestra sensualidad un pasto sin freno ni medida.

Penetraos, hijos mios, penetraos bien de este principio eminentemente cristiano, entrevisto ya anticipadamente por el gran genio del pagano Platon: Lo *verdadero*, lo *bueno* y lo *bello* no son más que partes integrantes é indivisibles de una

esencia misma; reflejos uno de otro recíprocamente, lo son todos á la vez del Dios infinitamente perfecto. Y ¡ay del hombre ó de la sociedad que crean poder existir belleza donde faltan el bien ó la verdad! ¡Ay! digo, de esta sociedad ó de este hombre, porque muy en breve sucederá que, confundiendo en uno todos los bienes y todos los males, oscurecida su mente, podrido su corazon, cegados sus sentidos, apartados, en fin, de Dios que nos manda buscar en todas nuestras obras la perfeccion que nos sea posible, se quedarán á un mismo tiempo sin poseer la verdad ni el bien, y perderán hasta el instinto de aquella propia belleza que adoraron.

¿Sabeis, amados mios, cuál es el camino seguro de la barbarie? Pues es la *filosofía* que pretende encontrar la verdad con el solo esfuerzo de la razon humana, desentendiéndose de la fe; la *moral* que indistintamente tiene por bueno todo lo que es útil y agradable; el *arte* que, tomando por principal objeto la materia, y por fin único despertar nuestros apetitos y satisfacer nuestra sensualidad, llama *bello* á todo lo que nos lisonjea, y prescinde de la fe y de la moral, ó las injuria abiertamente.

Este género de *filosofía*, este género de *moral*, y este género de *arte*, son cabalmente los que han nacido, en la Europa moderna, del panteismo. Por eso os digo que el panteismo llevará á Europa á la barbarie, como llevan á la bar-

barie, en todas partes y siempre, todas las doctrinas que se apartan de los preceptos de Dios, de los ejemplos de Jesucristo y de las enseñanzas de su Iglesia.

XXXI.

LAS CIENCIAS NATURALES.

Usar de los sentidos, de la razon y de la libertad que Dios nos ha dado, para registrar cuanto guardan la tierra en su centro, el mar en sus abismos, el aire en sus espacios, en su refulgente bóveda los cielos; afanarse por descubrir las fuerzas ocultas de la naturaleza para emplearlas en satisfaccion de nuestras necesidades, y en el perfeccionamiento de todo nuestro ser; estudiar al hombre para conocer su organismo, y por medio de este conocimiento conservarle la salud, acrecentarle las fuerzas, ó curarle en sus enfermedades: éstos y otros análogos son los objetos de las *Ciencias naturales*.

Nada más digno del hombre que cultivarlas. Esta es la voluntad de su Hacedor Supremo que, al crearle sobre la tierra, dijo estas palabras: «HAGAMOS *al hombre á nuestra imágen y semejanza, y domine los peces del mar, las aves del aire, los animales y la tierra entera*». Esta es la voluntad de Dios que, al imponer á nuestros primeros padres, despues de su prevaricacion,

el precepto de no comer pan sino regado con el sudor de su frente, quiso que nuestras facultades todas, consagrándose á pagar esta irremisible pena de nuestro pecado, trabajaran de consuno en la obra laboriosa de nuestro perfeccionamiento físico y moral. Esta obra laboriosa, ántes de ahora os lo he dicho, es al mismo tiempo una acerba condicion y un magnífico privilegio de nuestro ser. Tiene de acerbo lo que tiene de laborioso, y por eso es una pena; pero tiene tambien de privilegiado el que la satisfaccion de esta pena es medio de restituirnos algo de lo mucho que perdimos por el pecado, y de acercarnos más y más á nuestro Dios.

Tal es la regla fundamental que guia y fecunda las tareas del naturalista y del sabio cristiano.

Pero es el caso, hijos mios, que el filosofismo ateo, borrando esta regla de la memoria y del corazon de algunos hombres, les ha infundido el orgullo, por demas impío é insensato, que consiste en creerse dispensados de ver ante todo á Dios en sus obras; ó lo que es más horrible, en juzgar que pueden negarle.

Cosa es que aterroriza y pasma al mismo tiempo el ejemplo de indiferencia religiosa ó de impiedad y ateismo que nos ofrecen algunos hombres consagrados á las ciencias naturales. Uno os dirá que él no ve en la naturaleza más que fuerzas espontáneas que se desenvuelven y obran por impulso exclusivo de la materia de que pro-

ceden, sin que descubra síntomas ni pruebas de que aquella materia haya necesitado una Omnipotencia que la cree, ni estas fuerzas una Providencia que las conserve y dirija. Otro os dirá, siguiendo el mismo concepto absurdo, que él no ve en el hombre más que carne, sangre, huesos y nervios, sin que pueda descubrir en dónde reside esa alma inmortal que reconoce en él la voz del género humano.

Para esta clase de naturalistas, el mundo y el hombre son dos máquinas asombrosas, montada una sobre otra, que empezaron á existir por sí mismas, y que por sí mismas se mueven. Es decir, miran al mundo como á un reloj que anda sin que nadie lo haya fabricado, y sin que nadie le dé cuerda. ¡Qué insensatez tan inconcebible!

Vosotros no podreis comprender cómo hay nadie que piense y diga semejante desatino; pero lo que todavía comprendereis ménos, es cómo puede decirlo ni pensarlo ningun hombre que se emplee en estudiar la naturaleza, y que por consiguiente ha de saber más que los demas hombres el mecanismo admirable del universo, y está, por decirlo así, más cerca de averiguar los misterios de la vida.

Afortunadamente, no es grande ni ilustre el número de estos naturalistas ateos; y es, en cambio, muy grande y muy ilustre el de los que, en todos tiempos, han levantado á Dios sus pensamientos por el camino de la ciencia, y le han

conocido y adorado más, miéntras más han estudiado sus obras. El canciller Bacon, uno de los más señalados entre ellos, dice constantemente en sus obras y, lo que es mejor, prueba con el ejemplo de su misma vida, que «poca filosofía conduce al ateismo; pero que mucha filosofía lleva derechamente á la Religion». Copérnico, Leibnitz, Descartes, Newton en siglos pasados; el Baron de Humboldt, Cuvier y el Cardenal Wisseman, y sobre todos, el malogrado jesuita P. Secchi, en nuestros mismos dias, todos han consagrado sus talentos á probar y ensalzar la Omnipotencia creadora y la Providencia de Dios; y sus grandes pruebas han sido cabalmente deducidas de sus estudios sobre la naturaleza.

Pero si es tan escaso, y tan oscuro por fortuna, el número de naturalistas ateos, y en cambio es tan abundante y tan ilustre el de los religiosos y cristianos, no es por desgracia tan limitado el de los *indiferentes*, olvidados de todo punto de sus deberes religiosos por atender únicamente á sus estudios y experimentos.

Encerrados éstos noche y dia en un verdadero laberinto de bichos, de plantas y de piedras ó metales; metidos constantemente en un laboratorio revolviendo redomas, componiendo y descomponiendo toda clase de sólidos, flúidos y gases; pegados perpetuamente sus ojos al telescopio para ver los círculos del Firmamento,

y sus manos al compás para trazarlos en la tierra; diríase al verlos tan exclusiva y ciegamente entregados á sus tareas científicas, que para ellos es imposible pensar en Dios y en el alma, y ser al mismo tiempo naturalistas, físicos, químicos ó astrónomos.

¿Cómo, al ver y experimentar por sí mismos tantas maravillas de la creacion, pueden no levantar al Creador los ojos y la mente? ¿Cómo es posible que aquel comercio habitual con las obras infinitas de la divina Omnipotencia no les recuerde á cada instante la grandeza de Dios y la pequeñez del hombre? ¿Cómo no verse á cada instante impulsados á dar alabanzas al Hacedor y Conservador de tantos prodigios? ¿Cómo no sentirse alguna vez enternecidos y dar gracias al Supremo Dispensador de tantas mercedes? ¿Cómo no pedirle luz para conocerle mejor cada dia, y amor para adorarle más cada hora?...

No me lo explico, hijos mios. Esta es una de las contradicciones de la naturaleza humana, que indudablemente tiene su raíz en el orgullo del hombre. A fuerza de descubrir el ingenio humano tantos secretos del mundo, se han figurado algunos, sin duda, que se bastan y se sobran á sí mismos para conocerlo todo y dominarlo todo: petrificado su corazon por la vanidad, se han hecho incapaces de la humildad, que es la primera condicion del amor y el primer efecto de la piedad sincera; y endureciéndose así su pecho

más y más cada dia, han llegado á prescindir enteramente de toda idea y de todo sentimiento religioso (*).

Es mucho lo que desfigura y degrada al hombre el entusiasmo por la ciencia, cuando no está contenido en límites prudentes, y sobre todo cuando le faltan la guia y el pasto de la fe

(*) Lamentando este inmenso infortunio, y explicando sus varias causas, los ilustres y piadosos redactores de la magnífica Revista italiana *La Civiltá Cattolica*, aducen el ejemplo siguiente:

«Pocos meses ha que nos suministraba Francia una dolorosa prueba de esta verdad en el más célebre de los profesores de ciencias naturales. El 2 de Octubre de 1853 murió en Paris Mr. Francisco Arago, físico, astrónomo, escritor y orador eminente. Eranle familiares todos los ramos de la ciencia experimental, y sabia enseñarlos con una facilidad, lucidez y elegancia incomparables. Habia penetrado los secretos del cielo, descubriendo nuevas propiedades del sol y de los planetas, de las estrellas y de las nebulosas; habia profundizado con exquisita perspicacia la naturaleza de la luz, y fijado nuevas reglas para conocerla: habia medido el gran cerco de la tierra, y escrito con gran sagacidad y doctrina respecto á los vientos y torbellinos, á los metéoros y al rayo. Con grave, copiosa y elegante pluma habia publicado tambien noticias y elogios de muchos colegas suyos, que le habian precedido en la tumba. Durante veintitres años habia sido secretario de la *Academia de Ciencias* francesa, siendo objeto de constante admiracion para aquellos sabios que

religiosa. ¿Habeis visto nada más repugnante que la helada frialdad ó la sacrílega irreverencia con que en los gabinetes anatómicos de las escuelas de medicina, tratan algunos alumnos á los cadáveres que disecan? Y al fin, el cadáver, aunque sombra de un cristiano, que bien merece consideracion y respeto, no es más que un

le oian como á un oráculo. A su fama de literato y naturalista juntábase su celebridad como hombre político, pues habia sido varias veces de la Cámara de Diputados en tiempo del Rey Luis Felipe, y despues Ministro de la República.

»Pues bien, con tanta sabiduría, con tántos timbres y laureles, Francisco Arago no conocia á Dios, no conocia al Hacedor de aquel sol y de aquellas estrellas cuyos giros y propiedades le habian quitado tantas noches de sueño. El cielo, que anuncia la gloria de Dios, habia sido para él un libro cerrado, y en su pecho no habia sentido una sola palpitacion de amor al Dios Sumo que ha puesto la tierra por escabel de sus plantas. Con toda su ciencia política no habia entrevisto siquiera la divinidad de esta monarquía católica que, durante diez y ocho siglos, pacífica, inerme, combatida siempre, y siempre perseguida, subsiste en pie, triunfadora, y ensanchando perpetuamente sus conquistas por cuanto el sol alumbra. El simple y rudo aldeanillo que sabe y cree las dos primeras respuestas del *Catecismo de doctrina cristiana*, es más docto y más grande que Francisco Arago; pues, si bien no conoce la superficie de las cosas que pueblan este granillo de arena que llamamos *mundo*, conoce en cambio á

cuerpo insensible; pero, ¿qué me direis de tal hábil cirujano operador, que el dia que ha cortado á un hombre la lengua, ó le ha dejado sin brazos, os dice con una cara de beatitud que da gozo: *¡qué caso tan bonito he tenido hoy!*

Poned á un geólogo entusiasta donde mire ante sí los estragos de un terremoto, y es muy

Dios, y se conoce á sí mismo; es decir, sabe su principio y su fin; sabe, en resúmen, cuanto noble y augusto hay que saber debajo y encima de las estrellas.

».....Oigamos al mismo Arago cómo hablaba, poco ántes de terminarse su vida, á un sincero amigo que le exhortaba para que pensase en Dios.—«Bien sabeis, »le decia, que, educado como fuí en medio del torbe»llino de nuestra revolucion, no he recibido instruccion »alguna religiosa; *no conozco nada, absolutamente »nada de los dogmas de la Revelacion;* y muchas ve»ces habreis podido notar el estudiado artificio con »que siempre he esquivado toda cuestion religiosa.....» «El problema de lo infinito y de lo porvenir es un tre»mendo problema, bien lo veo; su profundidad me es»panta; me falta valor para mirarlo de frente, y conozco »que mi espíritu se perderia naufragando en ese Océa»no sin orillas..... Me abandono, pues, con inmenso do»lor á mi ignorancia.....»

De esta manera ha muerto ese sabio celebérrimo, dejando en pos de sí una gloriosa memoria, sin duda, para los hombres doctos, pero tambien para los cristianos una enseñanza bien dolorosa y fecunda».—(La Civiltá Cattolica, *segunda serie*, tom. V, págs. 633 y 634.)

posible que, apartando la vista y la compasion de los montones de cadáveres sepultados entre las ruinas de una ciudad, os diserte tranquilamente acerca de la corriente subterránea de viento que ha producido aquella catástrofe, y se entretenga en recontar las capas diversas de tierra abortadas del abismo. ¡Dios os libre de interrumpir su éxtasis científico para llamar su atencion sobre las abominaciones que pueden haber suscitado la cólera divina sobre aquella ciudad soterrada!... ¿Qué sabe él de abominaciones de pueblos, ni de cólera divina? ¡Os oirá con estúpido asombro, ó se reirá soberanamente de vuestra *supersticiosa credulidad!*

Porque esto tambien sucede: que á los tales naturalistas, entusiastas ciegos por su ciencia, se les cauteriza el sentimiento moral al mismo tiempo que el sentimiento religioso; y su inteligencia misma llega de tal modo á materializarse, absorta en la naturaleza física, que suelen ser mucho más ignorantes en todas las cosas no pertenecientes á sus estudios especiales, y mucho más torpes en la conducta de su vida, que el resto de los demas hombres.

Cada vez que veo á uno de estos infelices tan esclavo de su ciencia, tan olvidado de Dios, tan incapaz de percibir nada bello ni bueno, tan indiferente á una accion heróica como á un crímen horrendo, y á una obra maestra del arte como á un monstruo de fealdad, tan inútil para

apreciar los hechos más comunes de la vida, tan propenso, á dejarse dominar de un sensualismo grosero y degradante, no puedo ménos de recordar aquellas palabras que dirigia el Apóstol de las gentes á los romanos: «La ira de Dios se manifiesta desde el cielo contra toda la impiedad é injusticia de aquellos hombres que injustamente retienen la verdad de Dios; puesto que cuanto de Dios puede conocerse, les es notorio á ellos, como que Dios mismo, desde el principio del mundo se lo manifiesta dándoles á mirar la obra visible de su creacion, á fin de que por ella conozcan la invisible, inclusa la misma eterna virtud y su divinidad. Así es que no tienen disculpa; pues que, habiendo conocido á Dios, léjos de glorificarle y darle gracias como á Dios, se desvanecieron en sus propios pensamientos, se oscureció su corazon insensato; y mientras á sí mismos se llaman sabios, llegaron á no ser más que necios, y mudaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de figura de hombre corruptible, y de aves y de cuadrúpedos y de reptiles, por lo cual los entregó Dios á los deseos de su corazon y á la inmundicia...»

¿No es verdad que parecen escritas á propósito estas palabras de San Pablo para la casta de sabios á que nos vamos refiriendo? ¿No son ellos los que, olvidados de Dios, de Jesucristo y de su Iglesia, para entregarse exclusivamente

á sus investigaciones y experimentos, *mudan la gloria del Dios incorruptible en semejanza de figura de hombre corruptible, y de aves y de cuadrúpedos y de reptiles?* ¿No son ellos los que haciéndose incapaces de percibir todo género de belleza moral, *se han desvanecido en sus propios pensamientos*, y han dejado *oscurecerse su corazon insensato?* ¿No son ellos los que, convirtiendo en adoracion de sí mismos la que deben á Dios por causa de aquellas propias maravillas de la naturaleza que estudian, *retienen injustamente la verdad de Dios?* ¿No son ellos, en fin, los que, sepultándose en el materialismo grosero que de ordinario los acompaña, han sido entregados por Dios *á los deseos de su corazon y á la inmundicia?...*

¡Cuidado, hijos mios, cuidado! La filosofía anticatólica de estos tiempos os dirá á cada instante que la Iglesia es enemiga implacable de la industria y de las ciencias; y que su doctrina y sus prácticas están reñidas con todo progreso material y con todo género de ilustracion. ¡Qué falsedad tan impudente, y qué ingratitud tan grande!

¿Dónde estaria ya la civilizacion del mundo si no fuera por la Iglesia? ¿Qué invento grande y útil á los hombres ha sido condenado nunca por ella? ¿Cuándo ha dejado de auxiliar, de promover y aun de inaugurar todas las nobles y lícitas empresas del talento y de la actividad humana?

Lo que la Iglesia ha hecho siempre, es decir

al hombre que su fin es más alto que el que mira en esta baja tierra; que sus ciencias, sus industrias, sus artes todas han de ser guiadas y sostenidas por la enseñanza y los consejos de Jesucristo. La Iglesia es la primera en enseñar que el hombre *vive de pan*, es decir, de trabajo, de fatiga, de afan por dominar la materia y por adquirir incesantemente los medios de satisfacer todas sus legítimas necesidades; pero que *no vive de pan solo, sino de toda palabra que procede de los labios de Dios*. La Iglesia, en fin, no prohibe, ántes bien manda que se busquen las obras de Dios, pero para buscar á Dios en ellas.

Sea éste ¡oh jóvenes cristianos! el principio que os guie en vuestros estudios de ciencias naturales; y estad ciertos de que no dejaréis de ser eminentes físicos, matemáticos, químicos ó astrónomos porque penseis y obreis y vivais conformes en un todo á la doctrina soberanamente civilizadora de Jesucristo, y á los preceptos y consejos de la Iglesia que Él puso por maestra de su verdad, por administradora de los tesoros de su Redencion, y por dispensadora de sus gracias celestiales.

Léjos de pretender yo desviaros de esta clase de estudios, ni mucho ménos de condenarlos en nombre de la Religion, los aplaudo y bendigo; pues, cada dia que pasa, van las ciencias trayendo nuevos materiales para confirmar la verdad y la santidad de nuestra fe.

Los impíos volterianos del siglo pasado, que eran muchas veces más tontos que malos, se reian grandemente de Moisés, porque al referir los dias genesíacos, pone la creacion de la luz en el primero, y la del sol y demas astros en el cuarto; y decian con su ordinario sarcasmo: «aquí el amigo Moisés perdió la chabeta, pues puso la luz, que viene de los astros, ántes que los astros, de donde emana la luz». Creian los tales sabios decir una gracia y hacer un argumento contundente, y no dijeron sino una sandez de que hoy se reiria el último chico de la escuela; el cual sabe que la luz, es decir, el flúido lumínico, ha tenido que preceder necesariamente á los astros, los cuales no son sino conductores de la luz, creada necesariamente ántes que ellos.

La ciencia geológica ha confirmado la historia mosáica de toda la *creacion* y del *diluvio;* así como la geografía, la cronología, el estudio de las antigüedades y todas las demas ciencias auxiliares de la Historia sagrada y profana, están confirmando cada dia más y más la verdad de todos y cada uno de los hechos naturales y sobrenaturales que se refieren en el Antiguo y Nuevo Testamento.

Es claro, hijos mios: no podia suceder otra cosa en cuanto los verdaderos sabios prescindiesen de todo designio de combatir á toda costa la Religion. Naturaleza, Religion, Historia,

son hijas del mismo Dios, autor de la verdad; y entre ellas no puede haber, y no hay en efecto, contradiccion ninguna.

Si alguna contradiccion aparece, no por eso ponen en duda los hombres juiciosos la verdad de la palabra divina; sino que, tan prudentes como humildes, culpan á su propia insuficiencia, y no á la palabra divina, de aquella contradiccion aparente.

Y Dios premia al cabo pródigamente esta humildad y prudencia; pues, concediendo por de pronto á los prudentes y humildes la paz del corazon, y la posesion de las virtudes, suele tambien descubrirles, cuando ellos ménos lo esperan, la misma verdad que ignoraban, y mostrarles el medio seguro de deshacer la aparente contradiccion que pudo un instante perturbarles su fe.

Tan cierto es, hijos mios, que el temor de Dios es, no sólo el principio, sino la prenda y condicion y recompensa de toda sabiduría.

XXXII.

SECTAS Y SECTARIOS.

La verdad es *una*, el bien es *uno;* pero la mentira y el mal son infinitamente *varios;* y aquí teneis, amados mios, porqué son tan infinita-

mente varias las doctrinas falsas y perversas que contradicen y combaten el bien y la verdad de la Iglesia católica, sola santa, sola verdadera.

De entre estas doctrinas falsas y perversas, os he señalado en los tres capítulos anteriores, las que inmediatamente se dirigen á combatir la existencia y los atributos principales de Dios. Habeis visto el *ateismo* que le niega, el *deismo* que le desnaturaliza, y el *panteismo* que le destruye confundiéndole con *el todo* de las sustancias creadas. Hijos todos estos sistemas del dogma sacrílego de la soberanía de la razon humana, claro está que todos ellos niegan y combaten, no solamente la Religion cristiana, sino toda especie de religion.

Voy á mencionaros ahora otros sistemas que, aceptando, al parecer, la Religion de Jesucristo, pero realmente combatiéndola tambien en nombre de la razon soberana, vienen igualmente á destruirla, unos negando la divinidad de Jesucristo, otros negando la existencia legítima de una Iglesia universal instituida por el mismo Salvador, otros negando el principado supremo del Pontífice Romano, Vicario de Jesucristo en la tierra; otros, en fin, reconociendo á la Iglesia universal y al Pontificado, pero negándoles los derechos y la libertad con que su divino Fundador los dotó para enseñar y santificar al mundo.

A estos varios fabricadores de negaciones,

los llamo en comun *sectarios;* y á las turbas que respectivamente los siguen para formar comuniones y símbolos separados de la Iglesia católica, las llamo *sectas.* Todas convienen entre sí en que distan igualmente de la verdad, porque entre la verdad y la mentira no hay avenimiento posible; pero se diferencian por la suma de verdades particulares que niegan, constitutivas de la verdad una y absoluta que posee la Iglesia católica. En este último sentido puede impropiamente decirse que los unos distan de la Iglesia más que los otros.

Pero á todos comprende la sentencia de Jesucristo: *el que no está conmigo*, sea en poco, sea en mucho, *está contra mí.* Para todos dijo, ha ya mil seiscientos años, San Cipriano, Obispo y mártir: NADIE PUEDE TENER Á DIOS POR PADRE, SI NO QUIERE TENER Á LA IGLESIA POR MADRE.

XXXIII.

RACIONALISMO.

Explicada así la cosa, resulta que los *sectarios* más distantes de la Iglesia católica son los llamados *protestantes racionalistas.* Estos son, por lo comun, *deistas*, y más principalmente *panteistas*, que, segun su nombre mismo de *racionalistas* expresa, no admiten de la Religion

cristiana nada de cuanto en ella hay de *sobrenatural*. Su principio es que todo lo que excede el natural alcance de la razon humana, es falso; y que, por consiguiente, de la Religion cristiana no debe aceptarse sino lo que comprende ó puede comprender la razon del hombre. En virtud de este principio confiesan y tienen por verdad cuanto la Religion nos enseña respecto á la *humanidad* de Jesucristo; es decir, que nació y vivió y padeció, y murió en cruz, y predicó su doctrina, y tuvo discípulos, y éstos fundaron la Religion llamada *Cristianismo*. Pero niegan y tienen por inventado todo lo que se refiere á la divinidad de Jesucristo, es decir, su divina esencia como Verbo eterno, verdadero Dios de verdadero Dios, su milagrosa Encarnacion en las entrañas de María Santísima, sus milagros, su Resurreccion, su Ascension gloriosa, etc., etc.

Sería ofender vuestra piedad é ilustracion, hijos mios, el detenerme mucho á demostraros todos los absurdos contenidos en las blasfemas negaciones de estos *protestantes racionalistas*. Para sostener su doctrina tienen que probar las falsedades siguientes:

En primer lugar, tienen que probar que la razon del hombre alcanza por sí sola á saberlo todo, y averiguarlo todo en todas las cosas, sin que en ningun caso acepte ninguna verdad superior á la razon. Preguntadles, por ejemplo, si aceptan como verdad que en el mundo unos vi-

ven y otros mueren: todos os responderán que sí, aunque ellos no sepan, por mucho que agucen su razon, qué es la *vida*, ni qué es la *muerte*. Preguntadles si es verdad, que de un granito de simiente como la punta de un alfiler, se forma en la tierra un árbol como un castillo: todos os dirán que sí, por más que su razon no alcance jamas á averiguar cómo se verifica transformacion tan maravillosa.

Ni tampoco ¿cómo probarán nunca que estén autorizados para aceptar los Evangelios y la tradicion cristiana en todo lo relativo á la humanidad de Jesucristo, rechazando todo lo que se refiera á su divinidad? Si los *racionalistas* tienen por buenos y fidedignos los documentos históricos que prueban la existencia, la predicacion y la muerte de Jesucristo, ¿en qué pueden fundarse para negar fe á estos mismos documentos cuando refieren la Encarnacion, la Resurreccion y los milagros del Hijo de Dios? ¿Se fundan únicamente en que lo primero es creible y lo segundo no?

A esto les respondo yo que tan creible es lo segundo como lo primero, pues lo uno y lo otro habia sido anunciado en las antiguas Profecías: lo uno y lo otro fué visto y oido y presenciado por los que lo escribieron y predicaron, sin que nadie los desmintiese formalmente, ni los convenciese de error ó falsedad, cuando lo predicaban, ni despues que lo escribieron: lo uno y

lo otro fué tan notorio y evidente para los primitivos cristianos, que murieron á miles y á millones por defender y confesar la verdad que creian: lo uno y lo otro es conforme á la sabiduría sobrehumana, á las inimitables virtudes, á la asombrosa doctrina y á la perfectísima vida del Salvador de los hombres, pues un hombre no habria podido jamas hablar, ni vivir, ni obrar, como vivió nuestro Señor Jesucristo, verdadero Dios y verdadero Hombre: lo uno y lo otro está confirmado por el cumplimiento perpetuo de las Profecías de Jesucristo, como son la destruccion de Jerusalen, la dispersion del pueblo judío, y el establecimiento, propagacion y conservacion milagrosa de la Iglesia, siempre perseguida por toda clase de enemigos, y siempre triunfante de todos ellos: lo uno y lo otro, en fin, está confirmado por el testimonio de toda la historia antigua y moderna, sagrada y profana, y por las apologías de tantos hombres tan ilustres por su talento, por su ciencia y por sus virtudes como en todos tiempos han defendido con su palabra, con sus escritos y con su sangre la divinidad de Jesucristo.

Ante semejantes pruebas, ¿qué vale el necio antojo de un *racionalista*, sin más razon para no creer una cosa que la de no parecerle á él creible? Y sin embargo, ahí los teneis falseando perpetuamente la historia, negando los hechos más averiguados, desfigurando los sucesos más co-

nocidos, hasta el punto de que algunos, más locos ó más impíos que los demas, niegan aun la misma existencia histórica de Jesucristo, y sin más pruebas que su necia palabrería, aseguran pedantescamente que el Salvador es un *mito;* es decir, un personage inventado allá no se sabe cuándo ni por quiénes para atribuirle todo lo que se atribuye á Jesucristo...

¡Jesucristo un personage inventado! ¿y por quiénes? ¡Por unos miserables pescadores ignorantes y sencillos, por humildes mujeres del pueblo, por turbas sin ciencia y sin concierto!... ¿Y éstos habian de haber sido los inventores de un personage en cuyo nombre se predicó una doctrina jamas oida hasta entónces; contra cuyo imperio se levantaron pueblos, Príncipes y Reyes; por cuya defensa murieron y siguen muriendo millones de confesores y de mártires? ¿Y ese *personage inventado* llegó á tomar cuerpo y realidad, de tal manera que desde el mismo dia en que se inventó, nada pasó en el universo entero que no fuera en su nombre, en contra ó á favor de Él? ¿Y la invencion sigue siendo tan poderosa, que hoy dia basta para conservar viva y esplendente la obra fundada por él, su Iglesia, su Pontificado, sus Pastores, sus Ministros, sus innumerables fieles de todas las regiones y zonas del globo!

¿O será tambien inventado todo esto, y habremos de llamar un *mito* la sangre de los már-

tires, y la lucha de la Iglesia, y nuestros altares y nuestros templos?... ¡Mentira parece que la locura humama pueda llegar á tamaños desatinos!

Pero, tales y tan inconcebibles como son estas locuras, sabed, hijos mios, que en ellas se fundan sistemas enteros de Filosofía, de Historia y aun de Política y Literatura, que se os dan y recomiendan diariamente como prodigios del talento y de la sabiduría humana. Sabed que hay hasta infelices católicos que, miéntras ponderan y ensalzan al cristianismo como á fuente de toda civilizacion, é inspirador de todo *progreso*, y como condicion de toda *perfectibilidad*, están dando á conocer, en sus palabras mismas, y en el modo de presentar sus ideas y raciocinios, que allá para sus adentros piensan y creen de Jesucristo todas esas sandeces y locuras de los protestantes racionalistas. Estos católicos forman la secta de los cristianos *sentimentales*, que os he descrito en el capítulo III.

Regla general: siempre que oigais á alguno de estos encomiadores del cristianismo, que prescinden de los preceptos determinados, de las prácticas concretas, de la organizacion perpetua de la Iglesia católica, tenedlo por racionalista, que ve en el cristianismo un buen sistema de gobierno, una Filosofía más ó ménos sabia, pero no una Religion santa, predicada por el mismo Dios, hecho hombre para redimir y salvar al género humano.

No se os olvide la advertencia, queridos mios, y pasemos á la otra *secta*.

XXXIV.

PROTESTANTISMO.

A los protestantes *racionalistas* siguen los protestantes llamados *ortodoxos*, y entre cuyas innumerables sectas pueden figurar como tipos los *anglicanos*, los *luteranos*, los *presbiterianos* y los *calvinistas*. Estos no niegan la divinidad de Jesucristo ni la existencia de una Iglesia universal fundada por el Salvador; sólo que dicen no saber en dónde reside esta Iglesia, ni á quié-nes está confiada su direccion y gobierno. Unos dicen que la Iglesia reside en la asamblea de los Obispos, como los *anglicanos*; otros dicen que reside en el conjunto total de los presbíteros, con exclusion de los Obispos, y por esto se llaman *p. esbiterianos;* otros dicen que reside en otras partes. Pero todos están conformes en estos tres principios: Que la Iglesia católica no es infalible, ni vive con regla fija é inmutable: Que si acaso tiene alguna regla, no es más que la Biblia, entendida, interpretada, añadida, mermada ó corregida, segun le dé la real gana á cada quisque: Que el Papa no es más que un intruso; que si acaso será, cuando más, Obispo de

Roma, pero no Gefe de la Iglesia universal, ni Vicario de Jesucristo.

Es decir, todos estos *ortodoxos*, aunque opuestos entre sí por la infinidad de sectas en que se dividen, haciéndose una guerra crudísima, están conformes y se unen: 1.º para rechazar la autoridad de la Iglesia católica, y hacer al Pontificado guerra implacable; 2.º para defender los fueros del *libre exámen* en materia de Religion; 3.º para seducir y corromper á los católicos con su propaganda, más bien que religiosa, política y mercantil; y cuando no alcanzan á seducirlos y corromperlos, para vejarlos, oprimirlos, calumniarlos, perseguirlos y vilipendiarlos por cuantos medios están en su mano.

Lo más gracioso ó, por mejor decir, lo más triste de todo este barullo de los tales *ortodoxos*, está en que todos ellos, cada cual en su secta respectiva, tienen la pretension de resucitar al cristianismo primitivo y de *reformar* la Iglesia. Pero, por más que gritan y se afanan, no consiguen destruir la perpetua acusacion que contra todas sus pretensiones y novedades les está lanzando esa Biblia misma que toman por única regla de su fe.

Niegan la infalibilidad de la Iglesia, y la Biblia les dice que la Iglesia está perpetuamente, segun se lo prometió Jesucristo, y segun se lo cumplió, asistida, iluminada, regida y gobernada por el Espíritu Santo.

Niegan á la Iglesia el supremo magisterio de verdad que ejerce en el mundo para predicar, explicar, interpretar y definir toda la doctrina cristiana, como tambien le niegan la facultad de santificar á los fieles, comunicándoles la gracia de salvacion por el canal de los Sacramentos, protegiéndolos con sus oraciones, guiándolos con sus consejos, y obligándolos con la autoridad de sus preceptos.

Niegan á la Iglesia estas atribuciones divinas; y sin embargo, la Biblia les muestra estas palabras con que Jesucristo habla á sus Apóstoles: «Id, y predicad el Evangelio en mi nombre».—«Quien á vosotros oye, á mí me oye; quien á vosotros desprecia, á mí me desprecia».—«Lo que ligareis vosotros en la tierra, será tambien ligado en el cielo; y lo que desligareis en la tierra, desligado será tambien en el cielo».

Niegan que Jesucristo confirió estos divinos poderes á los Apóstoles y á sus sucesores; y sin embargo, Jesucristo les promete, segun la Biblia, que estará con ellos hasta la consumacion de los siglos, es decir, miéntras vivieran los Apóstoles, y despues que estos murieran (porque bien sabía Jesucristo que habian de morir), en sus sucesores.

Niegan que el Sucesor de San Pedro sea Gefe supremo de la Iglesia universal, legítimo Vicario de Jesucristo; y sin embargo, la Biblia está ahí repitiéndoles perpetuamente aquel «Tú eres Pedro,

y sobre esta piedra fundaré mi Iglesia (MI IGLESIA, es decir, mi única, mi sola Iglesia), y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella».—«A ti doy las llaves del reino de los cielos»; y luégo repite Jesus en particular las palabras dirigidas en otra parte al conjunto de los Apóstoles: «Lo que tú ligares en la tierra, será ligado, etc., etc.»—Es decir, confiere Jesus á San Pedro toda la autoridad de todos los Apóstoles, con más la primacía de jurisdiccion y de magisterio sobre todos ellos.

Los protestantes toman la Biblia por regla de fe: la Biblia les da estos textos que no pueden negar; y ellos, sin embargo, siguen tenaces en su herejía. ¿Qué significa esto? Que lo mismo les importa á los protestantes la Biblia, que la Iglesia y que Jesucristo. La gran cuestion para ellos es divinizar la razon humana, declararla soberana é independiente, y destruir la autoridad de la Iglesia, que no les deja fabricarse religiones y cristianismos á medida de su gusto, y segun el capricho de sus pasiones.

El protestantismo, con toda su *ortodoxia*, no es más que *racionalismo* puro. Por eso, no tiene unidad, ni consistencia, ni virtud para obrar el bien. Por eso se va dividiendo más y más cada dia, y deshaciéndose á fuerza de divisiones. Por eso, los protestantes honrados, sinceramente cristianos, y verdaderamente instruidos, se van restituyendo á bandadas al gremio de la Iglesia ca-

tólica, miéntras los que permanecen pertinaces, van abismando la poca religion que les queda en los sepulcros del panteismo, ó en los lodazales del materialismo más brutal. Por eso el protestantismo está reconocido hoy como causa primera é inmediata de esas terribles y sangrientas perturbaciones sociales y políticas, cuyo último término y más genuina expresion son el *socialismo* y el *comunismo*. Esta es la verdad.

Y porque esta es la verdad, confesada ya hoy dia por los mismos protestantes, es menester, hijos mios, que andeis muy precavidos en tomar como moneda corriente ciertas ideas y frases que andan muy en boga en gran parte de libros, en no pocas revistas, y en multitud de periódicos. En estas lecturas se os está encomiando á cada instante, como una gran conquista de la civilizacion, la *Reforma* del siglo XVI, y se os asegura que entónces fué cuando, emancipada la razon de las ligaduras con que la sujetaba la *teocracia* (es decir, la Iglesia católica), tendió su vuelo el espíritu humano por las regiones del progreso, y en un santiamen se encontró hecho y derecho el bello ideal de los Gobiernos, de las filosofías, de las industrias y de las artes.

En pos de estos encomios, y como prueba de su exactitud, se harán lenguas ponderándoos la gran prosperidad de que gozan los pueblos protestantes, en cambio de la miseria y de la esclavitud que reinan en los pueblos católicos. Sobre

todo, en lo que echarán el resto, será en pintaros la tremenda opresion, el vergonzoso atraso en que se hallaban los Estados Pontificios, el horror de sus cárceles, la intolerancia de su administracion, las vejaciones de su policía, su oposicion á toda reforma económica ó política, su ansia por llevarse, á cambio de bulas, el dinero de todo el mundo...

¡Pobre Roma! tan hermosa y tan santa en medio de tus calumniadores, llevando en tu seno la gloria de los tiempos pasados, la fe de los presentes y la esperanza de los venideros; inerme ante tus perseguidores, hospitalaria para con tus enemigos, paciente hasta el heroismo, sobria hasta la pobreza, siempre caritativa, siempre prudente! ¿Qué has hecho? ¿Cuál es tu crímen para que todos los enemigos de la verdad, y todos los interesados en el triunfo de la mentira, levanten contra ti sus manos?

Tu crímen es poseer esa verdad que en vano busca el mundo: tu crímen es estar ahí puesta, como la luz sobre el celemin, donde todo el mundo la vea y se alumbre con sus rayos: tu crímen es no transigir con las preocupaciones del mundo, ni callarte ante el clamoreo de sus vicios, ni admitir en tus muros el imperio de sus errores! ¡Ese es tu crímen: por eso te odian, por eso te calumnian: por eso, el sueño dorado de todos los impíos y revolucionarios del mundo es siempre llevar el incendio á tus entrañas, y no

dejar piedra sobre piedra de tus basílicas y monasterios, ni de tu Pontificado y tu Sacerdocio, ni de tus tradiciones y esperanzas!

¡Jóvenes españoles! ¿Quereis saber lo que hay de verdad en esas prosperidades de los pueblos protestantes, que se os pintan haciendo tan magnífico contraste con la supuesta miseria y atraso de los pueblos católicos? Pues mirad lo que fué España en tiempos de sus Reyes Católicos, y cuando ella misma era un pueblo católico: el sol no se ponia en sus dominios; sus artes, su industria, sus letras daban la ley al orbe entero, tanto como sus armas; tenía en sus manos la guerra ó la paz del universo; descubria un nuevo mundo, poblaba el campo de héroes, y de santos el cielo... Comparadla á la España de hoy, y ved luégo si es hoy nuestra patria una nacion tan sincera, tan profunda y universalmente católica como lo fué en tiempo de sus grandezas.

Y si quereis tender la vista por otros horizontes, mirad á cualquiera de estas naciones del mundo que fué cristiano, y que hoy en rigor no lo es, proscrita como en todos los Estados se ve la soberanía social de Jesucristo; y los vereis temiendo que en una hora de expiacion salgan de sus cuevas manadas de criaturas, sin religion y sin pan, á devorar sus magníficas escuadras, sus palacios suntuosos donde no habita la caridad, sus fábricas y lonjas donde reinan la codicia y

el fraude, las calles y plazas de sus ciudades donde se ostenta sin velos la embriaguez y la prostitucion.

No, no es verdad, aunque siempre importaria poco que lo fuera, que los pueblos protestantes gocen de más prosperidad que los católicos. Aun suponiendo exacto que, por circunstancias fortuitas, un pueblo protestante tuviese más industria y más riqueza y más poder material que otro católico, faltaba ver si tenía más suma ordinaria de virtudes, más paciencia y valor en la adversidad, más templanza y prudencia en la prosperidad. Y lo que es en esto, os digo sin vacilar, que el último de los pueblos católicos tiene más virtudes sólidas que el más virtuoso de los protestantes.

Examinad con calma, y vereis que os digo la verdad. No os dejeis alucinar de esa falsa historia, de esa falsa política, de esa desastrosa economía de los intereses materiales exclusivos y de toda esa balumba de elogios que el protestantismo os hace de sí propio, hallando eco miserable en la pluma y en los labios de algunos pocos católicos, ó engañados ó corrompidos.

No: la llamada *Reforma* no trajo libertad al mundo, sino que se la quitó: se la quitó, juntando en una sola mano el poder religioso y el poder político, que la Iglesia católica habia separado para libertar de tiranos á los pueblos, y de revoluciones á los Reyes; se la quitó, diciéndole

que el hombre no debe reconocer más guia de sus pensamientos, afectos y obras que su sola razon; lo cual fué hacerlo esclavo de todos sus errores y extravagancias, de todas sus pasiones y vicios... Esta es la libertad que la *Reforma* dió al mundo; la libertad de perderse en los abismos de la impiedad por lo que hace á la Religion, en los abismos de la anarquía por lo que hace á la política, en los abismos de la sensualidad por lo que toca á la literatura y á las artes. Volverse contra la Iglesia, fué volverse contra Dios; y el hombre no se vuelve jamas contra Dios en nombre de la razon y de la libertad, sin perder la libertad y la razon á un tiempo mismo

Perdonadme, jóvenes cristianos, si me he extendido algo más de lo que queria en este punto. Pero es tan palpable la seduccion de que se os rodea, y tan abundantes son los medios que el demonio tiene de pervertir vuestra inteligencia para corromper vuestras almas, que me ha parecido necesario daros algun aviso para manifestaros las malas artes de este grande enemigo de nuestra fe y de nuestra patria llamado el *Protestantismo*.

XXXV.

LOS MALOS CATÓLICOS.

Al combatir ese monstruo, que ha derramado sobre esta sociedad como una atmósfera de muerte, dejo implícitamente combatidas las otras sectas que quiero mencionaros: el *Cisma*, que se limita á negar y desconocer la suprema potestad del Romano Pontífice; y el *Regalismo* que, sin negar la autoridad de la Iglesia ni la supremacía pontificia, quiere hacer al Estado político superior á la Iglesia, y pretende que ésta someta su jerarquía y el libre ejercicio de sus funciones al imperio de las leyes civiles.

El bello ideal de estos últimos sectarios sería acabar de encerrar al Pontífice en el Vaticano, de modo que nada pudiese prescribir ni aconsejar á la Iglesia universal, encomendada á su tutela y gobierno; sujetar á los Obispos y al Clero á la jurisdiccion de las potestades seculares, y dar á éstas el pleno y exclusivo derecho de intervenir soberanamente en el ejercicio de todas y cada una de las funciones eclesiásticas.

Estos son los perpetuos violadores de la santa libertad de la Iglesia; los que haciendo perpetuamente el *bú* á pueblos y Reyes con el fantasma de la *tiranía clerical*, de las *pretensiones*

de la teocracia, de las *intrusiones de la gente de cogulla*, quisieran que, en nombre del órden público y de la autoridad del Estado, se pusiese un escucha en cada confesonario, un celador de policía en cada púlpito, un intendente de rentas en cada cabildo; en resúmen, quisieran que en todo y para todo se aplicase á la Iglesia la célebre *ley de sospechosos* de la revolucion francesa, considerando á la Esposa de Jesucristo como á enemigo nato de las libertades públicas, y no viendo ¡tan ciegos están! que donde no es respetada la libertad de la Iglesia, perecen, faltas de su natural y más firme apoyo, todas las libertades y derechos.

A esta secta, ciertamente no ménos funesta á la Religion que las demas mencionadas, únense luégo aquellos católicos de fe tibia y corazon cobarde, y los *prudentes segun la carne*, como San Pablo los llamaba; los cuales todos, afectando una moderacion que no es sino velo ingenioso para cubrir su debilidad ó su codicia, parecen destinados á hacer con la Iglesia el papel que Pilatos hizo con el Salvador; esto es, la defienden tibia y tortuosamente, porque les repugna la injusticia, ó no tienen valor para aprobarla sin rodeos; pero en cuanto ven amenazado su interes ó comprometida su seguridad, ya los veis *lavarse las manos*, soltar á Barrabás, y entregar al Cordero sin mancilla á los insultos de las turbas, á la tiranía de las sinagogas, á la

perfidia de los fariseos, y al furor de los verdugos.

Hay personas *prudentes* y *hábiles*, de este género de católicos, que consentirian primero ver la Iglesia sepultada otra vez en las Catacumbas, que dejarse llamar *oscurantistas;* y que ántes perderian mil veces su alma, que ser tenidos por *ultramontanos*.

Tales son, amados mios, los principales enemigos de Dios, de Jesucristo y de su Iglesia; ellos son los ciegos ejecutores de aquella palabra divina que envió á los discípulos del Salvador á que entrasen en el mundo *como corderos entre lobos;* son los ministros que Satanás emplea para hacer perpetuamente zozobrar esta barquilla de San Pedro, combatida siempre de furiosas tempestades, y siempre vencedora del mar y de los vientos; los que, con blasfemias desatadas, con argumentaciones especiosas, con historias inventadas para calumniar al bueno y disculpar ó santificar al malo, con filosofía pedantesca, con literatura desenfrenada, con artes impúdicas, con industrias diabólicas, van por el mundo corrompiendo á un tiempo mismo vuestras inteligencias y vuestros corazones, con el intento de haceros adorar vuestra razon soberana é independiente, y ponerla en lugar de la tutelar autoridad de la Iglesia, que es la única, la verdadera iluminadora de vuestras mentes, guia segura de vuestros afectos, y salvadora cierta de vuestras almas.

XXXVI.

LA POLÍTICA.

En todos tiempos, hijos mios, pero nunca tanto como en estos últimos, sobre todo de un siglo á esta parte, ha sido la política una grande encubridora de perversidades, y auxiliar complaciente de crímenes y de preocupaciones.

La perpetua lucha establecida entre el bien, que procede de Dios, y el mal, que procede del hombre, tiene por campeones respectivos, de un lado la autoridad divina de la Religion, luz y maestra y juez de la razon humana, y de otro lado la razon humana entregada á sus propios delirios, y rebelándose contra las enseñanzas de la Religion.

Y así como la divina autoridad de la Religion tiene levantadas sus tiendas, y edificados sus baluartes en el vastísimo y santo imperio de la Iglesia católica, del propio modo los ejércitos rebeldes de la humana razon suelen abrir sus trincheras y levantar sus campamentos en los dominios, comunmente inficionados, de la política humana.

De esta manera se ha podido trabar, y de hecho se ha trabado en el mundo, la formidable batalla que tiene por objeto resolver si los ca-

prichos de la razon han de sobreponerse á las enseñanzas de la fe; ó lo que es igual, si el hombre ha de ponerse sobre Dios, la mentira sobre la verdad, el mal sobre el bien, el Estado sobre la Iglesia, la Política sobre la Religion.

Contra *la fe* que la Religion enseña suele empeñarse la política en oponer *la ciencia*, que presume de ser rival y censora de la fe y de la Religion.

Contra la *suprema autoridad* que sólo la Religion ejerce para dirigir el espíritu del hombre y de las sociedades humanas, suele la política oponer su *filosofía y sus leyes civiles*, pretendiendo que los individuos y las naciones piensen, hablen y obren en todas las cosas con absoluta *soberanía*, y sin reconocer más regla que la mera voluntad del hombre.

Contra la *potestad* que sólo á la Iglesia católica fué dada por Dios mismo para establecer con plena y absoluta independencia de todo poder humano los medios de conservar, acrecentar y administrar á los fieles los tesoros de verdad y de gracia que ella sola recibió de manos de su divino Fundador, suele la política oponer la *suspicacia recelosa* ó *la abierta enemistad* del Estado, presumiendo convertir á la Esposa de Jesucristo en cómplice forzosa ó en vil esclava, ora del capricho de Príncipes apóstatas, ora de la sórdida avaricia de magnates disolutos, ora de la tiranía brutal de seducidas muchedumbres, y

del gárrulo clamoreo de impetuosas turbas populares.

Contra la Cátedra del Espíritu Santo que perpetuamente se ve levantada en la Iglesia de Dios, suele la política levantar pedestales, cátedras y estrados para sofistas pedantes, tribunas sangrientas para demagogos feroces, teatro libre para todos los escándalos, campo abierto para todas las disoluciones.

Contra la *unidad* de la fe, suele la política oponer la *indiferencia* entre todas las religiones, y la *libertad* de todos los cultos. Contra la *caridad* activa y consoladora de los cristianos, suele oponer la *filantropía* helada é infecunda de filosofastros sin alma. Contra la regla segura de la *conciencia*, suele oponer el ciego estímulo del *interes*. Contra el espíritu de *mortificacion* regeneradora, suele oponer los desenfrenos de la *sensualidad* corrosiva.

Por último, contra la fundamental constitucion y natural organismo dados por el mismo Dios á las sociedades humanas, suele la política oponer miserables combinaciones de mecanismos, inútiles unas veces, y otras veces contrarios á la naturaleza eterna del hombre, y á las condiciones esenciales de todas las sociedades humanas.

Así es ¡oh jóvenes cristianos! cómo el *libre albedrío* del hombre ha logrado introducir la perturbacion del desórden en cosas que la bon-

dad de Dios hizo para que vivieran ordenadas con magnífica armonía.

Dios quiso hacer á la razon hija sumisa y legítima usufructuaria de los tesoros de la fe; y el hombre prevaricador, haciendo á la hija rebelarse contra la madre, la ha dejado entregada á todas las prostituciones y miserias.

Dios quiso hacer á la ciencia, á la filosofía y á las artes siervas fieles de la Religion, su señora; y el hombre, vano y rebelde, ha querido romper estos vínculos de amor y de sumision, poniendo una guerra injusta y desastrosa en los alcázares de la paz y de la abundancia.

Dios quiso poner la verdad de su palabra y la santidad de sus preceptos por regla saludable de la libertad humana; y el hombre, traspasando el límite impuesto por esta regla suprema á su libertad, ha querido condenarse á perpetua y degradante esclavitud.

Dios quiso poner á las sociedades humanas un órden jerárquico, segun el cual la Iglesia, maestra de verdad, y dispensadora de gracia, tuviera el encargo de *dirigir los espíritus* para salvar las almas, miéntras que el Estado, sumiso á la potestad espiritual de la Iglesia, cumplia el encargo, que le es propio, de juntar en uno y para el bien comun, los esfuerzos individuales de los ciudadanos, dirigiendo y gobernando conforme á justicia los *actos exteriores* de la sociedad confiada á su tutela. Pero el hombre soberbio

no quiso reconocer que el Estado, como los particulares que le constituyen, necesita de la verdad y de la gracia del cielo para cumplir su encargo en la tierra; y aleccionado por un filosofismo político tan necio como infausto, se alzó contra la Religion en nombre de unos derechos que el hombre no tenia, ó que la Religion no le disputaba si los tenia, ántes se los confirmaba y garantizaba; y levantando en alto esta funesta *tabla de derechos* ó imaginarios ó no controvertidos por la Iglesia, divorcióse de ella, como si fuera su mortal enemiga, ó procuró absorberla en su seno, como si la mano del hombre alcanzase, no ya á oprimir, sino ni aun á abarcar las obras de Dios.

Dios habia dicho: *Mi reino no es de este mundo;* y el hombre, sacrílego falsificador de esta palabra divina, dijo en su orgullo: «Pues si Dios no reina en este mundo, seamos nosotros los reyes absolutos del mundo, y dejemos á Dios que reine en el otro: el mundo de acá es nuestro; y como la Iglesia está en este mundo, nuestra es tambien la Iglesia: nosotros somos la Iglesia: no hay más Iglesia que nosotros».

¡Necios! Lo que Dios quiso decir á los hombres, y lo que les dijo fué: «Reinad vosotros enhorabuena sobre las cosas que *no son más* que de este mundo; pero ved que yo me reservo el reinado sobre las que son del otro, y que allí os pediré cuenta de cómo hayais reinado sobre

las cosas que en este mundo entrego á vuestro poder: ved cómo, para enseñaros la manera de que, reinando en las cosas de este mundo, podais entrar un dia en el otro que es mi reino, os dejo por maestra de mi verdad y por depositaria de mis promesas á la Iglesia que fundo ante vosotros. ¡Ay del que no oyere á los que yo puse por oráculos! Quien á ellos los desoye, á mí me desoye; quien á ellos los desprecia, á mí me desprecia. Y ¡ay del que á mí me desprecia y me desoye!... Ya sabeis, pues, lo que os quiero decir al deciros: «*Mi reino no es de este mundo*».

Dad al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios. En estas palabras del Salvador se encierra el fundamento de toda la política cristiana.

Dad á Dios todo lo que es de Dios; y nada de cuanto es de Dios, y de Dios solo, deis al hombre. *Sólo á Dios honor y gloria.* Todo hombre es criatura de Dios, y Dios solo es Señor de todas las criaturas. Dios es Señor de cada hombre en particular, y de cada sociedad de hombres. Dios es Señor de cada Estado en particular y de todos los Estados. Dios es Soberano dueño de cielos y tierra; cada hombre en particular, cada sociedad en comun, los Estados, las naciones todas, la humanidad entera deben á Dios cuanto es de Dios. El hombre que niegue á Dios lo que le debe, perecerá; la sociedad que niegue á Dios lo que le debe, perecerá...

Tal es la ley, y la primera regla de la política cristiana. Con esta regla sabeis ya ¡oh jóvenes cristianos! que la dignidad de vuestro ser, que vuestra santa libertad de hijos de Dios, están bajo la inmediata proteccion y tutela de Dios mismo, y que por ninguna otra causa pueden ser destruidas ni menoscabadas sino porque, en nombre de la libertad, cometais el criminal desacierto de volveros contra Dios.

Con esta regla sabeis ya que las obligaciones que cada cual de vosotros, como ciudadano particular, tiene para con Dios, esas mismas tiene el Estado de que formais parte; y que ni el potentado por su oro, ni el magnate por su grandeza, ni el Rey por su cetro, ni la nacion por su poderío, están exentos de dar á Dios, y por consiguiente á la Iglesia de Dios, aquello que á Dios corresponde. *Dad á Dios lo que es de Dios.* Esta es la primera regla de la política cristiana.

He aquí ahora la segunda:

Dad al César lo que es del César.—San Pablo os explica el sentido de estas palabras divinas: «Toda alma, dice, esté sometida á las potestades superiores: porque no hay potestad sino de Dios; y las que son de Dios son ordenadas: por lo cual, el que resiste á la potestad, resiste á la ordenacion de Dios; y los que resisten, ellos mismos atraen á sí la condenacion. Porque los Príncipes no son para temor de los que obran lo bueno, sino lo malo. ¿Quieres tú no temer

á la potestad? Pues haz lo bueno, y tendrás alabanza de ella, porque es ministro para tu bien. Mas si hicieres lo malo, teme; porque no en vano trae la espada, pues es ministro de Dios y vengador en ira contra aquel que hace lo malo; por lo cual es necesario que le esteis sometidos, no solamente por la ira, sino tambien por la conciencia. Por esta causa pagais tambien tributos; porque son ministros de Dios, sirviéndole en esto mismo. Pagad, pues, á todos lo que se les debe: á quien tributo, tributo; á quien pecho, pecho; á quien temor, temor; á quien honra, honra. No debais nada á nadie»...

Meditad bien estas palabras, hijos mios, pues en ellas se contienen todos los principios de la más sana política, de aquella política que atiende, no solamente á conservar el órden *material* y *externo* de los pueblos por medio de la *fuerza*, sino más principalmente á conservar el órden *moral* é *interno* por medio del conocimiento y la práctica de los deberes de cada ciudadano, es decir, por medio de la *conciencia*.

Pues bien: si la primera condicion del órden político material y externo es la obediencia de los súbditos al Soberano legítimo del Estado, tambien la primera condicion del órden moral é interno, que es el único órden verdadero, consiste en que esta obediencia se funde, no en la *ira* ni en la *espada* del que manda, ni en el mero *temor* del que obedece, sino en la *conciencia* de todos

El que manda, ha de ejercer su potestad como quien de ella ha de dar cuenta al Dios que la ha puesto en su mano, pues *no hay potestad sino de Dios; y las que son, de Dios son ordenadas.* El Príncipe cristiano sabe que el poder que ejerce no es suyo sino porque Dios se lo ha confiado, como á ministro de su justicia: la política cristiana empieza diciendo, con la voz de Dios, á los que gobiernan á los pueblos: *Por mí reinan los Reyes, y por mí los legisladores establecen leyes justas.*

El que obedece ha de obedecer al que le manda, porque en él ve la imágen de Dios. Por eso no le obedece verdaderamente cuando lo hace sólo por temor á su ira, sino cuando lo hace porque sabe y comprende que Dios le manda obedecerle.

La política cristiana, pues, no hace al hombre superior al hombre: el que manda, no es más que un delegado de Dios; Dios es el que manda por medio de él, haciéndole su ministro, el que obedece, no obedece á ningun hombre, sino á Dios, cuyo ministro es el hombre que le manda.

¿Conoceis vosotros, amados mios, ó podeis imaginar una doctrina que ponga más en salvo la dignidad del súbdito, y que enaltezca, al mismo tiempo, la autoridad del Soberano con tan admirable concierto, que le dé, junto en un solo principio, cuanto necesita para ser fuerte, y cuan-

to debe tener para que sea ejercida con justicia y con prudencia?

¿No es cierto, decidme, que, aplicados rectamente estos principios á la gobernacion de los Estados, cualesquiera que fuesen sus legítimas formas de gobierno, resultarian de hecho imposibles la tiranía de los que mandan y la rebeldía de los que obedecen? ¿No os parece que estos principios, y ellos solos, contienen en su fecundísimo seno los únicos gérmenes, la única regla, la única garantía de esa *libertad* é *igualdad*, de todos esos derechos, en fin, que tanto os encomia, sin entenderlos siquiera, la moderna gerigonza política?

¡Ah, hijos mios! La política que se divorcia de la Religion, y mucho más la que la hostiliza y la persigue, me asombra ménos por lo que tiene de sacrílega, que por lo que tiene de absurda. ¡Insensatos! Si expulsais á Dios del gobierno de las sociedades humanas, ¿qué os queda sino el hombre?

Y habiéndoos una vez quedado con el hombre solo, ¿cómo extrañais que la flaqueza y las pasiones humanas traigan tan honda y constantemente perturbadas á las sociedades? ¿Cómo extrañais que el que manda no considere el poder y la dominacion sino como medio de gozar, de enriquecerse, de satisfacer su orgullo? ¿Cómo extrañais que el que obedece, considere siempre y necesariamente como á enemigo al que le

manda, y que, por tanto, maquine á todas horas el medio de aniquilarle para sustituirle?

En vano inventais cada dia un nuevo mecanismo político que os garantice de la arbitrariedad de los gobernantes y de la rebelion de los gobernados. En vano os agitais, cambiando á cada instante las formas de gobierno, derribando hoy los ídolos que adorasteis ayer, derribando mañana los que hoy adorais. En vano todo: habeis olvidado que el temor de Dios es el principio único de la justa potestad y de la libre obediencia; y á donde quiera que dirijais los pasos, os hallaréis con potestades que os tiranicen miéntras tengan fuerza, y con pueblos que se insurreccionen en cuanto tengan ocasion. Buscabais la libertad sin Dios, y la libertad es lo primero que habeis perdido.

Oid bien, jóvenes cristianos, oid la voz de la fe, de la razon y de la historia.

Dios hizo al hombre para que viviera en sociedad con sus semejantes. El hombre no puede vivir sino en sociedad, y la sociedad no puede vivir sin Gobierno. El Gobierno no puede vivir sin Dios, y Dios abandona á los Gobiernos y á las sociedades que le olvidan ó le niegan. En Gobiernos y sociedades abandonadas por Dios, queda solamente el hombre frente al hombre, con su entendimiento limitado, con su voluntad pervertida, con sus caprichos y errores, cõn sus pasiones y concupiscencias.

Y como todos estos son elementos de muerte, estad seguros de que, para Gobiernos y sociedades, la cuestion social y política, presente y futura, está planteada en el siguiente dilema: O Gobiernos y sociedades vuelven á adoptar de lleno y sin tardanza los principios católicos; ó que unos y otras se dispongan á hundirse en los abismos de la barbarie, y á perder para siempre la paz, la libertad y el órden en la tierra, y la vista de Dios en el cielo.

Con los principios católicos, Gobiernos y sociedades tendrán paz, libertad, justicia y abundancia, ora se llamen monarquías, ora repúblicas, ora sistemas representativos; pues la Religion católica, como que está fundada por Dios para santificar á todas las razas y pueblos, y á todas las edades, no proclama ni condena exclusivamente ninguna constitucion social en lo que tiene de *mera forma* de gobierno. Sin los principios católicos, en monarquías y repúblicas, en aristocracias y en democracias, disponeos á ver consumarse esta obra de destruccion social de que ya os han dado y os están dando tan espantosa muestra las pasadas y las presentes revoluciones.

La cuestion política no consiste, pues, en saber si ha de mandarnos un Rey absoluto ó un Rey constitucional, ó un Parlamento más ó ménos democrático: esta cuestion, aunque no indiferente, es siempre accidental y secundaria,

pues, como quiera que se resuelva en los Estados, quedará bien resuelta si se toman sincera y totalmente por guia los principios católicos.

La cuestion consiste, pues, en resolver si nuestros actos é instituciones políticas y civiles han de tener por norma las enseñanzas de la Iglesia católica, ó si hemos de prescindir de toda Religion, y combatir sin tregua contra aquella maestra única de verdad, y dispensadora única de todos los bienes, poniendo por único juez y autor, conservador y reformador de nuestra vida pública y privada la razon humana, independiente de toda regla de fe y de toda autoridad divina.

Esta, y sola esta es, ¡oh jóvenes cristianos! la cuestion entregada á la generacion que comienza en vosotros. Mirad cómo la resolveis; pues en la manera con que la resolvais, va encerrado el porvenir, la eterna salvacion, ó la perdicion eterna de vosotros y de vuestros hijos.

XXXVII.

UN GRAVE PELIGRO.

Abusando de algunas de las verdades contenidas en el capítulo precedente; y participando un poco de todos los errores que os dejo ántes determinados, ha tomado cuerpo, hijos

mios, en estos últimos tiempos, la que bien podemos llamar «secta», denominada *Catolicismo liberal*, ó *liberalismo católico*.

Lo inconciliable que hay en las doctrinas y en los procederes de esta secta, denúnciase ya muy bien por lo contradictorio de su mismo nombre, pues miéntras el Catolicismo es una suma completa de íntegras verdades aplicadas á toda la vida moral del hombre en relacion con su último fin, el liberalismo, tal como lo definen todos los doctores católicos, y tal, sobre todo, como él á sí propio se define en sus obras, viene á ser una quinta esencia de todos los errores opuestos á las verdades católicas, aplicadas á las relaciones del órden religioso con el órden civil.

Por consiguiente, las meras frases *Catolicismo liberal* ó *liberalismo católico* implican una contradiccion en los términos, tan monstruosa como las de *verdad falsa*, ó *falsedad verdadera; bien malo*, ó *mal bueno*.

Daros en breve espacio noticia cabal de esta flamante secta no es fácil, pues ella, como engendro que es el más fino del demonio de la confusion, no presenta doctrina alguna organizada, ni forma alguna invariable de procedimientos. Pero á buena dicha, cuanto de ese logogrifo puede afirmarse, ha sido enseñado por el más competente maestro; es á saber, por la Santa Sede, que con la voz del inmortal Pio IX le ha ido describiendo y condenando durante

siete años consecutivos (de 1870 á 1877) en una serie de Breves pontificios, que tal vez pasen de una veintena.

Pues bien: tomando yo del texto literal de esos documentos los principales caracteres distintivos del *Catolicismo liberal*, ó *liberalismo católico*, os diré que pertenecen á esta secta:

Los gerentes y fautores de «la desdichada »política *de balancin*» (así la calificó el Papa) basada en la doctrina de que, «para bien go»bernar, son menester una legislacion atea, in»diferencia en materia de Religion, y aquella »táctica singular que consiste en saber acomo»darse á todas las opiniones, á todos los parti»dos, á todas las religiones, y amalgamar los »inmutables dogmas de la Iglesia con la libertad »de cultos y de conciencia».

Los hombres que «á pesar de hacer gala de »amor y sumision á la Iglesia, y aun al parecer, »consagrando á su defensa talentos y obras, »esfuérzanse, sin embargo, en pervertir su espí»ritu y doctrina, y cada cual, segun la índole »privativa de su carácter, ora se doblega ante »el querer del César, ora ante las supuestas pre»rogativas de una mentida libertad, imaginando »absolutamente indispensable tomar este rumbo »para evitar disensiones, ver de conciliar con el »Evangelio el progreso de la sociedad contem»poránea, y restablecer el órden y la tranqui»lidad».

Trátase, pues (y este es punto capitalísimo de tratar), no de «los declarados enemigos de »la Iglesia, de los que la persiguen con injurias »é invectivas, pues á estos (dice el Papa) ocioso »habria sido denunciarlos; sino de católicos, »hombres de bien y aun piadosos, pero los cua»les, reteniendo y fomentando el virus oculto »de los principios liberales, que han mamado »con la leche, cual si no estuviese impregnado »de palpable malignidad, y fuese tan inofensivo »como ellos piensan para la Religion, lo incul»can holgadamente en los ánimos, pues por el »influjo mismo de su religion y autoridad pue»den fácilmente causarlos, propagando así la »semilla de estas turbulencias que ha tanto tiem»po ya, traen convulso al orbe».

Estos hombres son «los imbuidos de aquella »doctrina ambigua, que miéntras repele las úl»timas consecuencias de los errores, retiene »obstinadamente, y fomenta sus gérmenes, y que »no queriendo ni atreverse con la verdad ínte»gra, ni atreviéndose tampoco á desecharla por »entero, afánanse en intrepretar las tradiciones »y doctrina de la Iglesia, con la mira de ajus»tarlas al molde de sus privadas opiniones».

Ampliando esta misma idea, nos manda el Papa vivir muy alerta contra «los sutiles y me»losos discursos de estos hombres que, pagados »de sí mismos... creen haberse agenciado una »especie de justo medio en cuyo seno se den

»amoroso abrazo la verdad y el error, enemigos »irreconciliables, y tienen por obra de pruden»cia el no profesar plenamente la una ni el otro, »como por miedo, ora de que la verdad pertur»be al error en la posesion de sus dominios, »ora de que el error traspase los límites que ne»ciamente se ha intentado trazarle».

Estos son los hombres que «haciendo con«sistir en los actos externos la Religion, pero »destituidos de su verdadero espíritu, por el »jactancioso afan de favorecer á lo que llaman »ellos *progreso de la civilizacion*, piden clamoro»samente y á toda hora una paz cuyas vias des»conocen, con la cual atraen á su partido multi»tud de gentes codiciosas de egoista reposo, »abriendo así camino á todas las tentaciones »de la impiedad»...

En suma, estos son aquellos que ciertamente, sin ser contados entre los enemigos intencionales de la Religion, la dañan en definitiva, «cual si con ellos se hubiesen concertado, pues »aspirando á una conciliacion falsa y reprobable, »han tomado á pechos poner alianza entre la »luz y las tinieblas, entre la justicia y la iniqui»dad, entre Cristo y Belial»...

Tales son, mirados en junto, los principales caracteres distintivos del *Catolicismo liberal*, ó *liberalismo católico*. «Perniciosísima peste» le llama el anterior Pontífice, y últimamente le calificó de «insidioso error, más peligroso que una

»enemistad declarada, por cuanto se cubre bajo »el velo especioso de celo y de caridad». De los sectarios de este error, dijo tambien nuestro Padre Santo que «son de todo punto más peli»grosos y funestos que los enemigos declarados, »no sólo en razon á que sin que se les note, y »quizás tambien sin advertirlo ellos mismos, se»cundan las tentativas de aquellos, sino ademas, »porque encerrándose dentro de ciertos límites »de opiniones reprobadas, se muestran con cier»tas apariencias de probidad y sana doctrina, »muy para alucinar á los imprudentes amadores »de conciliacion, y seducir á gentes honradas »que habrian combatido el error manifiesto: con »solo lo cual suscitan discordia en los cristianos, »despedazan la unidad, y amenguan fuerzas que »debieran, adunadas, oponerse á los adversarios»

Por altas razones de caridad y prudencia, que algun dia, hijos mios, sabreis apreciar, no debo daros aquí señas más particulares para conocer á los individuos ó grupos contaminados de esa «perniciosa peste». Básteos, por ahora, esta noticia de su existencia, y pluguiese á Dios que en llegando á la edad madura, ni vuestra fe religiosa ni vuestro patriotismo tuviesen ya porqué precaverse y lidiar contra ese artero corruptor de esta España que, á pesar de él, todavía, gracias á Dios, no ha perdido sus títulos tradicionales á llamarse entre todas la nacion «católica» por antonomasia.

Miéntras tanto, queridos mios, para evitár todo contagio de esa ponzoña que hoy envenena la vida pública de los pueblos cristianos, yo no sé proponeros regla más general ni más segura que la que al efecto os propone nuestro Padre y Maestro comun el Vicario de Cristo: «Tened vosotros en la memoria que al Romano »Pontífice, vicegerente de Dios en la tierra, in»cumbe todo lo tocante á la fe, á las costumbres, »y al gobierno de la Iglesia, pudiéndosele apli»car aquellas palabras que Cristo afirmó de sí »propio al decir: *El que conmigo no recoge, des»perdicia.* Poned vosotros, pues, todo vuestro »acierto en obedecer absolutamente, con pronta »y perpetua voluntad, á esta Cátedra de Pedro; »pues si todos os informais de un mismo espí»ritu de fe, andaréis unánimes en el pensar y en »el sentir, consolidaréis aquella unidad que se »debe oponer á los enemigos de la Iglesia, y »haréis tan agradables á Dios como provecho»sas á vuestros prójimos, las obras de caridad »á que os hubiereis dedicado».

XXXVIII.

LA VOZ DE LA IGLESIA.

Los *racionalistas* han querido, como todos los rebeldes de todo tiempo, justificar su rebelion; y con este fin, segun ántes de ahora os he dicho, van por el mundo gritando que la Iglesia católica es enemiga de la razon del hombre, enemiga de la ciencia y de la industria, del progreso, de la civilizacion y de la libertad. ¡Insensatos!

Oid, hijos mios, oid la manera en que se expresa la Iglesia por los labios de su Jefe universal y Vicario único de Jesucristo, el Pontífice Romano. Despues de haber lamentado y censurado con la severidad merecida, *como tan funestos á la sociedad cristiana y civil*, los espantosos errores del *indiferentismo* y de la *indiferencia entre las diversas religiones*, dice nuestro Padre Santo é infalible maestro:

«Otra enfermedad hay tambien en nuestros dias, no ménos peligrosa que las anteriores, y á la cual ha sido dado el presuntuoso nombre de *racionalismo*, por el orgullo y la vanidad especial de que procede.

»No condena, ciertamente, la Iglesia el ejercicio de los que se dedican á conocer la verdad,

pues este es un noble deseo puesto por Dios mismo en la naturaleza humana: no condena tampoco los esfuerzos de la sana y recta razon, con los cuales se cultiva la mente, se escudriña la naturaleza, y se descubren sus más ocultos secretos. La Iglesia, madre tiernísima de los hombres, reconoce y proclama en alta voz que, entre los dones del cielo, el más insigne es este de la razon, pues que por medio de ella nos sobreponemos á los sentidos, y presentamos en nosotros mismos como una imágen de Dios. La Iglesia sabe que es nuestra obligacion el *buscar* hasta que hayamos *encontrado*, el *creer* despues de haber encontrado, y el atenernos luego íntima y exclusivamente á lo que una vez hemos ya creido, pero con tal que creamos ademas que ninguna otra cosa nos cumple ya creer ni buscar, una vez encontrado y creído lo que nos ha sido enseñado por Jesucristo, el cual no nos manda buscar otra cosa sino lo que por Él nos ha sido enseñado.

»¿Qué es lo que la Iglesia no tolera ni permite, sino que ántes bien absolutamente lo reprende y condena, en virtud del encargo que ha recibido de conservar el depósito á ella confiado? Pues la Iglesia reprende severamente, y siempre ha condenado y condena la conducta de aquellos que, abusando de la razon, no sienten vergüenza ni temor alguno de oponerla y preferirla loca y criminalmente á la autoridad de

Dios; de aquellos desatentados rebeldes que, ciegos de vanidad y de orgullo, pierden la luz de la verdad, y desechan con soberano desprecio aquella fe, de la cual está escrito: *el que no cree será condenado.* Llenos de confianza en sí mismos, niegan que se deba creer á Dios por su sola palabra divina, y que haya obligacion de aceptar con humildad lo que Él ha querido revelarnos acerca de su propia naturaleza.

»A estos hombres no cesa la Iglesia de responderles que, cuando se trata del conocimiento mismo de Dios, solamente á Dios hay que creer, pues que de Él solo nos procede cuanto acerca de Él creemos, sin que el hombre hubiera jamas llegado á conocerle, como lo necesita, si Dios mismo no nos hubiese comunicado este conocimiento saludable.

»Tales son los hombres á quienes la Iglesia procura inspirar pensamientos más sanos con aquellas palabras: «¿Qué cosa hay más opuesta á la razon que el tratar de hacerse superior á la razon por medio de la razon misma? ¿Y qué cosa más opuesta á la fe que el resistirse á creer lo que de ningun modo puede alcanzarse por medio de la razon?»—La Iglesia no cesa de repetir á esos hombres, que la fe se apoya, no sobre la razon, sino sobre la autoridad, porque no convenia de ningun modo á Dios el que, al hablar á los hombres, confirmase sus palabras con razonamientos, como si se pudiera dejar de

creerle. Dios ha hablado como convenia, es decir, como Juez supremo que es de todas las cosas, y el cual, en este concepto, no debe argumentar, sino pronunciar.

»La Iglesia declara manifiestamente, que la única esperanza de salvacion para el hombre es la fe cristiana, como que ella sola enseña la verdad, disipa las tinieblas de la ignorancia con el esplendor de su luz, y obra por la caridad; y la esperanza única de salvacion no está colocada sino en la Iglesia católica, que, manteniendo el verdadero culto, es asilo firme en esta fe; y es templo de Dios, fuera del cual ninguna persona, á ménos de tener la excusa de una ignorancia invencible, puede abrigar esperanza ninguna de vida ni de salud.

»La Iglesia, pues, enseña y proclama que, si alguna vez es lícito á la ciencia humana ejercitarse en estudiar los oráculos divinos, no por eso es lícito á la razon el orgulloso y usurpador intento de enseñar como maestra; pues, ántes al contrario, debe conducirse como sierva obediente y sumisa, si, obstinándose en avanzar sin más guia que el mero sentido externo de las palabras, no quiere extraviarse y perder la luz de la virtud interna, y el recto sendero de la verdad.

»Y no se deduzca de aquí que en la Iglesia de Jesucristo no haya ningun progreso de Religion, pues este progreso existe, y es muy grande, pero es progreso verdadero de la fe, no cambio

ni mudanza. Conviene que la inteligencia, la ciencia y el juicio de todos y cada uno, tanto de los individuos en particular como de las edades y siglos de toda la Iglesia, crezcan y alcancen grandes, grandísimos progresos, á fin de que cada dia se vaya entendiendo con mayor claridad lo que en un principio era creido más oscuramente; á fin de que la posteridad tenga la dicha de entender lo que la antigüedad veneraba sin entenderlo; á fin de que, por último, las piedras preciosas del dogma divino sean pulimentadas, sólidamente engastadas, y exornadas sabiamente, para que sean cada vez más ricas de gracia, de esplendor y belleza; pero con un mismo género de riqueza siempre, es decir, segun una misma doctrina, en un mismo sentido, en una misma sustancia, de manera que, al emplearse términos nuevos para decir las cosas, no se digan, sin embargo, cosas nuevas (*)»...

(*) (Encíclica de Su Santidad Pio IX á los Cardenales de la S. R. Iglesia y á los Arzobispos y Obispos del imperio y reino de Austria, fecha el 17 de marzo de 1855). De entre los innumerables documentos solemnes que pudiera citar, relativos á la doctrina expuesta en este capítulo, sólo mencionaré, por ser los más recientes al publicarse la presente edicion, las dos Encíclicas de Su Santidad el Papa Leon XIII, *Inscrutabili Dei consilio*, fecha el 28 de abril de 1878, y *Quod apostolici*, fecha el 28 de diciembre del mismo año.

Esta es, hijos mios, la voz de la Iglesia: tales son las reglas con que traza sus límites propios y saludables á la razon humana. Madre amorosa del hombre, Esposa infalible y santa del Dios bueno que creó al hombre, ella es la única que sabe respetar la dignidad humana; y cuando quiera que traza límites á la razon del hombre, no lo hace, no, para deprimirla ni humillarla, sino para iluminarla y enaltecerla.

Estad seguros de que las censuras de la Iglesia no reprobarán los escritos que verdaderamente os ilustren en cualquiera de los ramos del humano saber, ni los destinados al honesto esparcimiento de vuestros ánimos. La Iglesia no condena más escritos que los que defienden el vicio, los que disculpan la flaqueza, los que siembran y justifican la mentira, los que pregonan la insurreccion contra toda autoridad divina y humana. La Iglesia no quiere más sino impedir la propagacion y crédito de estas doctrinas que, sin freno, se han desatado en la Europa moderna para extinguir toda fe, para derribar todo Gobierno legítimo, para disolver toda familia...

Mirad cómo está el mundo: recordad lo que ha padecido desde que, en nombre de lo que se llama *civilizacion moderna*, se rebeló contra la Iglesia; mirad los peligros que hoy lo circundan y los que le amenazan. Fijad luégo los ojos en la historia pasada y en el estado presente de la Iglesia, contra la cual se quiere despertar

vuestros desdenes ó vuestros odios: mirad su energía en proclamar la verdad, su constancia en defenderla, su celo por propagarla; mirad lo que esta nuestra santa Madre padece hoy, precisamente por no faltar ni un ápice á ese su divino encargo.

Mirad quiénes la aman y la defienden, mirad quiénes la aborrecen y la persiguen; y si os queda un solo resto de sano juicio y de recto corazon, escoged, jóvenes cristianos: ó la salvacion con la Iglesia, ó la segura perdicion sin ella. Tal es el problema que os debeis poner delante de la mente en vuestros estudios y lecturas: no mireis lo que el modo de resolver este problema os valga para aumentar vuestro interes, ó para lisonjear vuestro amor propio: mirad lo que os vale ante el Juez de las conciencias, y considerad cómo quisierais todos habéroslo resuelto en la hora de la muerte.

La mentira pasa, el mundo pasará; pero no pasarán los oráculos salvadores de la que es Verdad eterna y eterna Sabiduría.

XXXIX.

EL SUICIDIO.

He demorado con gran deliberacion hasta las presentes páginas el hablaros de este horrendo y oprobioso crímen, porque me proponia presentároslo como la última y más desastrosa consecuencia de todas las perversiones del corazon y del entendimiento que respectivamente producen en el alma de los jóvenes los desenfrenos abominables que os dejo mencionados.

El suicidio, hijos mios, es casi un privilegio especial de esta época infausta que vamos atravesando: en ningun período de las edades cristianas ha sido tan frecuente como es hoy este crímen, ni jamas se ha perpetrado con circunstancias que le hagan tan espantoso.

Este se mata porque no quiere sufrir la enfermedad que le aqueja; aquel porque se ha arruinado en sus especulaciones mercantiles; el otro porque no ha satisfecho el pueril antojo de un amorío sentimental; la otra porque se juzga deshonrada; la otra, se ignora porqué... Todos dicen que se han quitado la vida, porque no querian sufrirla: cada cual se ha tasado á sí propio la medida de la felicidad á que juzgaba te-

ner derecho; y porque les faltaron algunos granos para llenarla, se mataron...

¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿Cómo es posible que en una sociedad cristiana se vea semejante desprecio de todas tus leyes? ¿Cómo es posible que así se desatiendan, y se olviden de tu ejemplo divino los que, habiendo una sola vez tenido noticia de tu adorable Hijo Unigénito, saben que, entre todos los tesoros de salvacion que nos amontonó su misericordia, ninguno tan precioso é inagotable como el dolor voluntariamente aceptado, y con sincera resignacion sufrido? Preciso es ¡oh buen Jesus! que se haya borrado mucho de la memoria de los hombres tu santa palabra, cuando tantos hay que léjos de recibir tu cruz como escala segura para subir á tu gloria, te la arrojan al rostro pisoteada y escupida, con gozo de Satanás y con júbilo del infierno.

Os confieso, hijos mios, que el crímen del suicida es para mí un misterio tan profundo, una violacion tan inconcebible de las leyes de la naturaleza, que cuantas veces oigo referir alguno, no sé si experimento más asombro todavía que terror y desconsuelo. Y esta impresion que en mí produce la noticia de un suicidio, debe de ser sin duda muy comun, porque la voz casi unánime del género humano califica de *locura* ese acto, y supone que el que le comete, se halla fuera de juicio.

Efectivamente, el que se suicida, ó cree en Dios y en la inmortalidad del alma y en la eterna vida futura, ó no cree. Si cree, ¿cómo estando en su cabal juicio, puede cometer un pecado que no tiene remision posible, pues que la muerte, que es su consecuencia, no le deja ya lugar al arrepentimiento ni á la expiacion? Y si no cree, ¿qué va ganando de todos modos con matarse? El quitarse la vida es el único expediente seguro para perder toda esperanza de remedio á los males que le inspiren tan horroroso atentado.

Oigo, por ejemplo, que tal persona se mató porque no podia sufrir el padecimiento de su enfermedad; y digo para mí: «¡buen modo de curarse! ¿Quién aseguraba á ese infeliz de que el dia mismo en que se mató, no era el de la crísis definitiva de su enfermedad, y el principio de su restablecimiento?»

Oigo que un negociante se mató porque, á consecuencia de una especulacion desgraciada, se encontró en quiebra y arruinado; y digo para mí: «¡buen modo de pagar á sus acreedores, y de reparar su fortuna!»

Oigo que un pobre muchacho se levanta la tapa de los sesos porque alguna coquetuela insustancial le ha hecho un desaire insignificante, y me quedo estupefacto, sin poder ménos de exclamar: «¡valiente tontería! ¿No habia más mujer que esa en el mundo para ese pobre mozo?

¿Cómo no le ha ocurrido, ántes de matarse, el imaginar á su adorada tirana con la cara pintada de viruelas, y habria visto con este solo pensamiento, que aquel amor volcánico, causa de su desesperacion, no era más que un capricho de pasajera liviandad juvenil? ¿Cómo no le ha ocurrido que aquella misma sirena por quien se mata, va á ser la primera en asombrarse de su tontería, y en olvidarle por el primer mequetrefe que le dirija un galanteo?»

Pero todavía hay suicidios con circunstancias que elevan mi desconsuelo y estupefaccion á un punto indecible. Los ejemplos que acabo de citar, del enfermo, del bañquero que quiebra, y del enamorado jóven, contienen al cabo cierta explicacion de su crímen. Pero ¿cómo explicarse la absurda ceguedad de algunos que se matan sin causa determinada y próxima, y sin tener más razon para buscar la muerte que la de hallarse cansados de vivir?

A esta última especie de suicidas pertenecen los desgraciados que, hartos ya de goces, y habiendo probado en sí todas las combinaciones posibles de todos los vicios conocidos y no conocidos del resto de los hombres, se encuentran sin saber en qué emplear su vida, y friamente corren á dejarla en las puertas del infierno, como si fuera un peso inútil. Víctimas lamentables de ese interno padecer, oscuro y tenebroso como el abismo, y al cual llamamos *tedio*, es tan intensa

la degradacion de estos desventurados, que no les queda de su ser de hombres sino la cantidad de razon absolutamente necesaria para comprender y usar de la tremenda libertad que tienen de entregar su alma al demonio.

Pues todavía, con ser tan horrorosa é inconcebible la culpa de esta última clase de suicidas, no me parece tan absurdamente extravagante como la de algunos insensatos que se han matado por hacer un poco de ruido en el mundo con su nombre, porque se hable de ellos durante veinticuatro horas, ó porque han visto escrita en novelas estúpidas, ó representada en dramas patibularios, la apología del suicidio. A nuestra edad infeliz estaba reservado, sin duda, este privilegio de reunirse en un solo acto lo ridículo con lo espantoso.

Particularmente, durante aquella especie de cólera-morbo literario que, como en otra parte os he dicho, invadió á nuestra España, veinte años ha, con el nombre de *Romanticismo*, pudo tambien ocurrir por acá el siguiente lance que hallo contado en el libro del P. Bresciani, que me sirve de guia.

«Érase un célebre literato que, miéntras vivia el no ménos célebre escritor romántico italiano Hugo Fóscolo, lo trataba en Milán con grande intimidad y franqueza. Habia ido una mañana á pasar un rato con él; y en efecto, miéntras en santa paz hablaban, el Fóscolo en mangas de

camisa y subido encima de una silla se entretenía en clavar algunas alcayatas en la pared para colgar cuadros, cuando he aquí que de repente se cuela en la sala un zagalon larguirucho, con los ojos extraviados, con el rostro pálido, y descompuesta la hebrosa cabellera; arrójase á tomar la mano del amigo de Hugo, creyendo que era éste mismo, y despues de habérsela estrechado convulsivamente y plantado en ella dos retumbantes besos:

—¡Oh Fóscolo! exclama: deja que ántes de matarme, bese la mano del ilustre autor de las *Cartas de Jacobo*, las cuales han inducido mi ánimo á terminar con una pistola mis horrendas desventuras: ¡oh, Fóscolo! ¡oh santo pecho!...

—¡Oh loco, oh bruto, animal! gritó Fóscolo desde la silla en que estaba subido, soltando la carcajada y sin volverse siquiera á mirar al pobre mozo; ¡oh burro de reata! Yo he escrito que es muy dulce matarse por amor; pero ya ves que continúo viviendo tan bueno y tan gordo, y sin maldita la gana de saltarme la mollera.

El jóven, creyendo que quien así le hablaba no era el mismo Fóscolo, sino algun criado suyo, llenóse de ira contra él, y comenzó á decirle:

—Oye tú, bestia grosera; vete á gastar bromas con tus iguales, porque, si no, yo...

Entónces el amigo de Fóscolo, adelantándose á calmar la furia del pobre muchacho:

—No soy yo Fóscolo, le dijo, sino el mismo que acaba de hablaros.

Bastó esta declaracion para que el muchacho quedase tan atónito como avergonzado; y aun fué mayor su confusion cuando, apeándose Fóscolo de su silla, continuó dándole una zumba despiadada, con la cual le quitó de veras toda tentacion de quitarse la vida.

Así acabó esta comedia en la casa de Hugo Fóscolo. Pero no tan risible ni dichoso ha sido el término de tanta locura, parecida á la del enamorado mozo de esta anécdota, como hemos presenciado y continuamos por desgracia presenciando en nuestra España, á consecuencia de las bárbaras doctrinas y espectáculos atroces que aun continúan prodigándose á nuestra juventud en lecturas graves y amenas, y sobre la escena de los teatros.

¿Qué ha de suceder? Se empieza destruyendo la fe en el alma de los jóvenes; se les arranca todo temor de Dios y todo respeto á la Religion que han aprendido y amado en su infancia; se les dice que su razon es soberana para definir como le acomode, y sin sujecion á regla ninguna, los eternos principios de moral; se les predica que su voluntad es soberana para dar rienda suelta á todas sus pasiones, y para fijarse á sí propios, segun quieran, la naturaleza y los grados de su felicidad; se les enseña que el hombre ha nacido para gozar, y nada más que para gozar,

inspirándoles odios ó desdenes hácia esta Religion divina, que ha santificado los dolores; se les acostumbra á formar la idea de que el hombre se basta y se sobra á sí mismo para ser dichoso...

¿Qué ha de suceder? Roto de esta manera todo freno de Religion, de razon, de humanos respetos, el jóven infeliz, aleccionado en esta escuela de infernal perversion sistemática, ó tiene un natural enérgico, y lo emplea en hacerse un bribon consumado y un malvado feroz; ó tiene espíritu limitado y corazon cobarde, y acaba por quitarse una vida que jamas halla tan feliz como le han pintado sus inicuos maestros. A poco que el dolor le estimule, á poco que el sufrimiento le fatigue, ó que la vanidad le ciegue, rompe decididamente todo vínculo con la razon y con la virtud, y se arroja desesperado en brazos de la muerte y en los abismos infernales.

¡Cobarde, cobarde! suelta esa pistola. ¿No ves que Dios te está mirando? ¿No te avergüenza esa flaqueza, indigna de un ser racional; no te avergüenza ese apocamiento de espíritu y ese envilecimiento de corazon que sientes á vista de tus penas reales ó imaginarias? ¡Miserable! ¿Quién te ha hecho creer que esa vida es tuya? ¡Insensato! ¿Quién te asegura de que no serás mañana tan dichoso como desgraciado te crees hoy? ¡Villano! ¿Y tu pobre madre? ¿Qué va á ser de ella? ¿Con qué derecho privas á los tuyos de tu amor,

á la patria de tus servicios, á la desgracia de los auxilios que de ti puede esperar cuando vuelvas en tu acuerdo? ¿Con qué derecho das al mundo ese escándalo, y haces á Dios tan atroz ofensa?...

¡Ah, hijos mios! El suicidio es una de estas abominaciones especiales de nuestro tiempo, permitidas por Dios sin duda para probarnos que, si bárbara y abyecta es una sociedad en que todavía no ha penetrado la luz de la fe cristiana, es sin comparacion mucho más degradada y criminal la sociedad que pierde esa luz despues de haberla poseido.

Sólo explicándomelo así, puedo entender algo de la espantosa frecuencia con que se repiten los suicidios; de los horrorosos caracteres con que algunos se realizan; de la criminal ceguedad con que no parece sino que se le ensalza y recomienda en libros y periódicos, en novelas y dramas; de la casi indiferencia, en fin, con que por esta edad egoista va siendo mirada esta incomparable violacion de las leyes de Dios, de la naturaleza, y de la sociedad, y de cuanto hay sagrado encima y debajo de las estrellas.

¡Jóvenes cristianos! Vosotros no cometeréis tan incalificable crímen. Si los dolores os ponen á prueba, si las penas y desgracias de toda especie caen sobre vuestra vida, direis con Jesucristo: «¡Padre mio! Si es posible, pase de mí este cáliz... El espíritu está pronto, aunque la

carne esté flaca... Hágase ¡oh Dios! tu voluntad y no la mia»...

Sufriendo con resignacion se gana el cielo, y más merece el que más sufre. ¿Qué otra cosa necesita saber el cristiano para besar la mano que le hiere, y que no le mortifica sino para sanarle?

XL.

LA ELECCION DE ESTADO.

Vamos llegando ya, queridos mios, al término de esta humilde tarea que os consagro. Durante ella, he ido siguiendo, por decirlo así, los pasos de vuestra juventud desde el último punto de vuestra adolescencia. Hora es ya de que tomemos el punto en que vuestra juventud se termina, y el cual podeis considerar naturalmente llegado cuando os resolveis á elegir el estado de vida más conforme á vuestra clase y facultades, á vuestra educacion é inclinaciones.

Si vuestra juventud es como el umbral por donde penetrais en la vida de hombres, la eleccion de estado viene á ser para vosotros la toma definitiva de posesion, y la entrada irrevocable en esa misma vida. Entónces es ya cuando verdadera y plenamente os perteneceis á vosotros mismos, y cuando vosotros y vuestra patria ha-

brán de sacar todo el fruto del buen ó mal cultivo que hayais dado á vuestras flores juveniles.

Tal y tan grande importancia tiene ante los ojos de la Religion este momento solemne de elegir estado, que la Iglesia le destina especialmente dos de sus augustos Sacramentos, el Orden sacerdotal y el matrimonio; y quiere que ántes de recibir el que respectivamente convenga al estado elegido por sus hijos, se pongan éstos de una manera especialísima en la presencia de Dios para pedirle humilde y fervorosamente la luz y la fortaleza necesarias.

Este espíritu de la Iglesia fué sin duda el que guió al bienaventurado y glorioso compatriota nuestro San Ignacio de Loyola, cuando, al trazar aquellas admirables reglas de vida cristiana llamadas EJERCICIOS ESPIRITUALES, puso el de la *eleccion de estado* como un resúmen práctico de todos los demas que le preceden, y como fin próximo á que debe encaminarse el atento exámen que nos manda hacer, puestos en presencia de Dios, de todas nuestras potencias y de todos nuestros afectos.

Para este momento, pues, hijos mios, os pido yo con la voz de la Iglesia y con el particular ejemplo de San Ignacio, que juntando en uno todos los auxilios de vuestra fe, prudencia, experiencia propia, y del consejo ajeno, y sobre todo del de vuestros padres y de vuestro director espiritual, levanteis al cielo una oracion más fer-

vorosa que nunca, para pedirle la divina gracia, que ilustre vuestro entendimiento, y que dirija rectamente vuestra voluntad.

«¡Cuán prolija y dolorosa (exclama el ilustre jesuita P. Ravighan al exponer esta parte de los EJERCICIOS ESPIRITUALES) sería la historia de tantas existencias vagabundas y malogradas como hay en el mundo por no haber sido iniciadas y escogidas á los pies del Supremo Árbitro de la vida, en la fuente de los pensamientos religiosos!

«¡Ah! Pluguiese á Dios que toda persona, por compasion siquiera de sí misma, cuando no por sumision á su Creador, dejase por algunos dias el torbellino del mundo ántes de tomar inconsideradamente alguna de las infinitas posiciones sociales, para recoger su espíritu durante algunas horas! ¡Ojalá que ningun jóven resolviera nada acerca de su porvenir, sino poniéndose ántes en presencia de Aquel que prodigó su sangre y su vida por la salvacion de todos! Entónces sería bien entendido por todos los cristianos instruidos el alto encargo que deben desempeñar en el mundo; y ya fuese magistrado, ya militar, hombre de Estado, padre de familia, literato, maestro, Pontífice, sacerdote ó religioso, seguiria fielmente las banderas de la fe, apto y presto siempre para remediar los males y acrecentar los bienes comunes. De este modo se veria el cristianismo manifestado con todo el inmenso poder que tiene para labrar la dicha de la huma-

nidad. Pero no se sabe ya ni deliberar, ni escoger, ni orar, y *la desolacion cubre la tierra*» (*)...

Considerad, pues, ante todo, queridos hijos mios, pero hacedlo desapasionadamente, y sin mira alguna de terreno interes ni de aficion mundana, las particulares señales con que Dios se haya dignado significaros su voluntad soberana respecto á vosotros. Proponeos como fin principal y como regla única de vuestra eleccion el tomar aquel estado en que creais servir mejor á Dios, y lograr más fácilmente la salvacion de vuestras almas.

Una vez formado este propósito, invocad con toda vuestra fe y ternura, como el mismo San Ignacio lo recomienda, á la Madre Purísima de misericordia, la Vírgen María, á fin de que, como dice el Santo, se digne daros lugar, y reteneros bajo la enseña de su divino Hijo en el grado y manera que sea su voluntad.

Con tan poderoso auxilio, fácil y seguramente hallaréis el saludable camino que os tracen las condiciones especiales de vuestra organizacion física, de vuestro carácter, aficiones, estudios, y costumbres que hayais adquirido, y por último, del puesto que tengais señalado en la

(*) De la existencia y del instituto de los jesuitas, por el P. Ravignan, de la Compañía de Jesus. Nueva traduccion al castellano de la séptima edicion francesa, cap. I, págs. 48 y 49.

sociedad por vuestro nacimiento ó por vuestra riqueza.

Pureza de intencion, exámen atento, voluntad desapasionada, sumision prudente á la voluntad de vuestros padres ó tutores, confianza en la divina gracia, oracion, Sacramentos, docilidad para seguir el consejo de vuestros confesores: tales son las reglas generales que os recomiendo ántes de elegir estado de vida. Voy ahora brevemente á daros algunas otras más especiales.

XLI.

VOCACION ECLESIÁSTICA.

¿Qué puedo yo deciros, humilde seglar, condenado quizás á vivir perpetuamente en el torbellino del mundo? ¿Qué puedo yo decir á vosotros los que, llamados por Dios al servicio de sus altares, anhelais el inefable privilegio de consagraros Ministros de Jesucristo y corredentores del mundo? ¿Qué puedo yo deciros que no sea mezquino y pálido ante los severos avisos, las solemnes amonestaciones, las prescripciones augustas, las celestiales esperanzas, que están llegando á vuestras mentes y á vuestros corazones por la voz de la Iglesia?

¡Almas verdaderamente escogidas de entre la grey del Señor para apacentar sus ovejas en

la inmarcesible campiña regada con la sangre del Calvario; espíritus verdaderamente elevados, que aun en esta baja tierra habeis de contemplar más de cerca que los demas hombres las perfecciones divinas; corazones verdaderamente enérgicos, destinados por Dios á ser entre los hombres misterio perpetuo de caridad angélica y de valor sobrehumano! ¿Dónde hay palabras para encarecer lo augusto del encargo y la alteza de la dignidad á que vuestras almas aspiran?

Vosotros habeis de recibir al que yace en poder de Satanás, para robárselo al infierno y ponerlo en brazos de Jesucristo: el hombre, cuando aun no pueda ni siquiera miraros, os tendrá ya al pie de su cuna para bendecirle y santificarle. Jueces misericordiosos de las flaquezas del hombre, y profundos conocedores de las necesidades de su alma, vosotros le habeis de dar el aviso que le ilustre, el consejo que le guie, la esperanza que le conforte, el perdon que le pacifique, la medicina que le sane, el escudo que le defienda. De vuestras manos ha de recibir el pan de vida, y de vuestros labios la palabra de verdad. Limosneros del rico, proveedores del menesteroso, únicos dispensadores equitativos y prudentes de la única verdadera caridad, todos os llamarán *padre*, porque todos sabrán que vosotros los amais como á hijos. El tálamo nupcial, preparado por los castos amores, será legitimado por vuestra sancion, y consagrado por

vuestras bendiciones, que le harán santo y fecundo.

Vosotros, que habeis de recibir al que entra en la vida, y que habeis de guiar al que camina por ella, iréis tambien á despedirle cuando se termine el viaje doloroso: vuestra mirada amorosa y vuestro acento consolador le seguirán hasta el último suspiro; vuestra mano enjugará su última lágrima; vuestra compañía es la única que no puede faltarle hasta que le cubra el sepulcro; y cuando ya el mundo ingrato ni aun recuerde el nombre del que yace bajo aquella losa, vuestra memoria, más fiel que la del mundo, le consagrará sufragios piadosos, que le abrevien las horas de expiacion, y le abran las puertas del Paraíso.

¡Oh Sacerdocio católico, monumento el más patente á los hombres de la Providencia infinitamente sabia, y de la Misericordia infinita! Tú eres *la luz del mundo*: tú eres *la sal de la tierra.* Sin ti ¿qué sería ya del hombre y de las sociedades? Discípulo fiel y continuador perpetuo del Maestro divino, tú sigues siendo para el mundo la verdad que le salva, y que es, sin embargo, perpetuamente sacrificada por el mundo.

Porque ese es tu perpetuo destino, Ministro de Jesucristo; amar y padecer. En ti se ha de cumplir indefectiblemente la palabra jamas desmentida de Aquel que te dijo al encargarte la salud del mundo: «Os mando como á ovejas en

medio de lobos... Por causa de mí os harán los hombres comparecer en sus tribunales, y os azotarán en sus sinagogas; y seréis aborrecidos de todos por mi nombre». Y esto, no para que seais ricos, ni poderosos, ni para que tengais ningun género de premio de los que se llaman *premios* en el mundo; pues os mando que «no querais poseer ni oro ni plata, ni dinero en vuestras fajas, ni dos túnicas, ni calzado, ni baston; porque digno es el trabajador de su alimento»... «Bástale al discípulo ser como su Maestro, y al siervo como su Señor»... Pero nada temais «porque nada hay encubierto que no se haya de descubrir; ni oculto, que no se haya de saber»... «No temais... Todo aquel que me confesare delante de los hombres, le confesaré yo tambien delante de mi padre, que está en los cielos»... «El que no toma su cruz y me sigue no es digno de mí». El que halla su alma, la perderá; y el que perdiere su alma por mí, la hallará».

¡Ministro de Jesucristo esta es tu suerte, repito: amar más que todos los demas hombres. A ese precio se te da el poder de «sanar enfermos, de resucitar muertos, de limpiar leprosos, de lanzar demonios»... á precio de pobreza, de humildad, de sacrificios, de abnegacion, de martirios, de sangre...

¿Has meditado esto bien, jóven cristiano, que pienses consagrarte al altar? Examinada tu salud, tu educacion, tu carácter, tus facultades;

interrogada la voluntad de Dios un dia y otro; implorada la asistencia de su Santísima Madre; tomado el consejo de tus padres, maestros, confesores y amigos, ¿hallas ser tu vocacion tan firme que ni la miseria, ni las humillaciones, ni los cadalsos te arredren para amar tan heróicamente, para sufrir tan heróicamente, para buscar tan insigne alteza en la tierra y tan inefable recompensa en el cielo como te está prometida?

¿Sabes ya bien que el que emprende la carrera eclesiástica con la mira puesta en las riquezas y honores del mundo es un sacrílego traficante con la sangre de Jesucristo? ¿Sabes ya que, desde la hora y punto que consagres á Dios tu cuerpo y tu alma, no hay para ti personas más acreedoras á tu solicitud y cariño que las almas que padecen, los corazones que lloran, y todos cuantos de cualquier manera necesiten consuelo ó remedio, escudo ó medicina?

¿Sabes todo esto, y sabiéndolo, estás firmemente resuelto á cumplirlo? Pues oye cuál es entónces tu deber, resumido en una sola palabra. Si el mundo entero se opone á tu vocacion, lucha con el mundo entero, y cumple la voluntad de Dios que te llama.

Pero te estoy dando reglas prácticas, y debo advertirte los principales peligros que te cercan. Desde luégo, tienes todos los que al hombre en general, y en particular al jóven, ofrece el mundo, y de los cuales te he señalado ya una gran

porcion. Tienes, ademas, dos peligros especiales que tambien te señala el Salvador divino cuando te advierte que «muchas veces los mayores enemigos del hombre son los de su casa».

Tienes, pues, el peligro de que, por meras razones de familia, por impulso de vanidad, ó porque de tus talentos esperen ventajas y medros terrenales, se empeñen los de tu casa en inspirarte una falsa vocacion que Dios no acepte, y en obligarte con importunidades, con artificios, ó quizás con amenazas, á que abraces el estado eclesiástico. Pintaránte la vida sacerdotal como el *non plus ultra* de las comodidades y regalos, como una carrera en que se asegure la pitanza, y se logren fácilmente buenas prebendas y honoríficas dignidades. Hablaránte de lo útil que puedes ser á tus padres para sostenerlos en su ancianidad, á tus hermanitos para ponerlos en carrera, á tus hermanitas para dotarlas. Lisonjearán tu vanidad ensalzando el honor que proporcionas á la familia haciéndote Sacerdote. Daránte otras muchas razones, puramente mundanas, que basten á forzar tu voluntad, y te impulsen á abrazar el estado eclesiástico, sin que para él te hagan apto quizás ni tus estudios, ni tu carácter, ni tus talentos, ni tus costumbres, ni tus aficiones.

¡Ay de ti, jóven cristiano, si sólo por motivos tan mundanos é insuficientes cometes el sacrilegio de consagrar á Dios un alma no llama-

da por Dios á la augusta perfeccion del Sacerdocio! ¡Ay de ti! En el mundo habrias podido ser acaso un buen cristiano seglar, excelente padre de familia, ciudadano ejemplar; y ahora en el templo vas á ser, ó un obrero inútil en la viña del Señor, ó escándalo quizás de su Iglesia y del mundo. La Religion y la patria, tu familia y tú mismo, todos lloraréis acaso con amarguísimas lágrimas el que hayas entrado en la casa de Dios con los ojos vueltos al mundo. De las vocaciones erradas proceden las excepciones dolorosas que Dios permite algunas veces que aparezcan entre el crecido número de sus Sacerdotes y Ministros dignos... No te digo más.

Otro peligro te cerca, opuesto al que acabo de indicarte. Por razones puramente humanas tambien y mundanales, puede ser repugnante á los tuyos el propósito firme en que te vean de hacerte eclesiástico. Segun sean en tu casa, más ó ménos concienzudos y cristianos, te dirán: que no es menester hacerte Cura para servir á Dios; que eres un ingrato y descastado en querer apartarte así de los tuyos que tanto te aman; que el siglo te ofrece una posicion social distinguida y envidiable; que hoy dia la carrera eclesiástica está más llena de sinsabores, de privaciones y de riesgos que en otros tiempos; que tu elegante figura no se ha hecho para encerrarse en el saco de una sotana, ni tus talentos para sepultarse en el estrecho límite de un claustro ó de una sa-

cristía; que te has dejado llenar el caletre de santurronerías y supersticiones que á nada conducen...

De esta manera, miéntras que por un lado se intente acobardar tu ánimo ó perturbar tu razon asediándote perpetuamente con el afecto puramente carnal de tu familia, con sarcasmos, con intimidaciones, y acaso con violencias, procurarán quizás por otro lado distraerte y apartarte de tus santos pensamientos, llevándote á viajar de placer en placer, de disipacion en disipacion, acaso de vicio en vicio; te rodearán de amistades y compañías que á todas horas se estén mofando de tu *beatitud*, y que, en ocasiones dadas, sepan despertar tu sensualidad con la perspectiva de goces que te atraigan y de espectáculos que te recreen... ¡Oh! quiera Dios no se hayan dado tan buena maña *para quitarte aquella manía de la cabeza*, que hayan logrado efectivamente convertirte, de ángel de candor y de inocencia en demonio de vanidad y en monstruo de abominaciones.

Dios permitirá tal vez que tu vocacion sea combatida por estas varias clases de enemigos. Pero entónces mira tú, ante Dios, si puedes y sabes resistirlos á todos; examina si en medio de todas las tempestades y escollos, continúas firme siempre en tu santo propósito. Y si es así, ofrece á Dios las penas que tales contradicciones te causen; dale gracias porque, aun ántes de

consagrarte á Él, quiere que empieces ya á servirle, y probarte á ti propio; redobla tus oraciones con mayor fervor que nunca; ama con todo tu corazon á los que te causen tantos sinsabores, y ruega á Dios que los ilumine como á ti, y que purifique sus intenciones; respóndeles con prudencia, resísteles con respeto; súfrelos con resignacion, y ora sin tregua... Dios te indicará el momento oportuno de que, venciendo ya todo obstáculo, te hagas irrevocable y perpetuamente servidor de sus altares y ministro de sus gracias.

¡Animo, pues, recluta valeroso de las filas de Jesucristo! ¡Animo, Levita escogido de entre las tribus de Israel para que los muros de Jerusalen sean reedificados! ¡A dar ejemplo de sobriedad y de pobreza á esta sociedad entregada á los desenfrenos del lujo y de la sensualidad; á dar ejemplo de castidad á este mundo apestado de lascivia; á dar ejemplo de humildad á este tiempo tan lleno de soberbia y de vanidad; á consolar á los que lloran, á sostener á los que vacilan, á despertar á los dormidos, á dirigir á los despiertos, á predicar la verdad, á obrar el bien, á merecer el martirio, á salvar el mundo, á ganar el cielo!...

¡Mision magnífica! ¡Destino envidiable! ¡Quién os mereciera! ¡Quién pudiera lograros!...

XLII.

ÁNTES QUE TE CASES...

«Mas cada uno tiene de Dios su propio don, dice San Pablo; el uno de una manera, y el otro de otra. Cada cual permanezca en la vocacion en que fué llamado».

¿No place á Dios escogeros para la alta perfeccion, para el sublime encargo del Sacerdocio? ¿Os destina para cumplir el designio de su Providencia en el seno de una familia, ligados á una mujer con el vínculo de amor santificado por la Iglesia?

Meditadlo bien. No es la satisfaccion de un capricho sentimental, ni el ciego impulso de un devaneo juvenil, ni el egoismo calculador de una grosera codicia, ni el estímulo de una miserable vanidad; nada de esto es lo que os pide la voz de la razon, ni mucho ménos la Religion cristiana, para cosa tan grave como es entregar á una mujer el depósito de la honra, la educacion de los hijos, la paz de la vida, y hasta la salud del alma.

Por muy alta idea que tengas de la superioridad del hombre respecto de la mujer, por muy bien que sepas mantener en la familia los fueros de tu autoridad, no puedes negarme que tu mu-

jer, no solamente ha de compartir los cuidados de tu casa y la suerte de tu hogar, sino que ha de ser guarda vigilante de tu hacienda, árbitro casi absoluto de tu honra, primer maestro de tus hijos, la autoridad más inmediata sobre tus criados; tan ligada, en fin, á ti con tan estrecho lazo, que Dios mismo la llama *hueso de tus huesos*, *carne de tu carne*, y te dice que por ella dejarás á tu padre y á tu madre, y que, unido á ella, seréis *dos en una carne*, dos cuerpos y un alma sola. La Iglesia te dirá que esa union, santificada por ella, es imágen y figura de la union mística entre ella misma y su Esposo nuestro Señor Jesucristo.

Ya veis, hijos mios, que la cosa es seria; y entenderéis la gran razon con que el antiguo refran dice: *ántes que te cases, mira lo que haces.*

Desde el momento, pues, en que os propongais tomar esposa, recordad, os ruego, y practicad todas las reglas generales que os dejo dadas para la eleccion de estado: la oracion, la meditacion, el exámen atento, el consejo maduro y reiterado de vuestros amigos prudentes, de vuestros maestros, y sobre todo de vuestro director espiritual.

Comunicad vuestro proyecto á vuestros padres; oid dócilmente sus consejos y advertencias, porque ellos no quieren más que vuestra felicidad, y porque les debeis, en este caso más que en otros, respeto y obediencia. Confiad,

sobre todo, cuanto tengais en el pensamiento y en el corazon á vuestras madres; y tened por cierto que la nativa sagacidad de mujer, unida al tiernísimo amor de madre, os darán una luz y una guia que prudentemente no debeis despreciar.

Estad seguros de que, si realmente os conviene casaros, si la mujer que hayais elegido para esposa es verdaderamente estimable, vuestros padres no os negarán su consentimiento. Si os lo negaren, creed que, de diez veces, nueve, cuando ménos, tendrán sobrada razon para negároslo; y en ese caso, no deis el escándalo de obrar contra la voluntad de vuestros padres, porque la experiencia diaria prueba que no suele Dios bendecir esta clase de matrimonios.

Sé que las leyes humanas han previsto el caso de que los padres nieguen su consentimiento; y que, ya por la intervencion de la autoridad pública, si los hijos son de menor edad, ya porque éstos hayan cumplido la edad en que se les dispensa de obtener el consentimiento paterno, hay medios legales de contraer matrimonio sin la aquiescencia y aun contra la expresa voluntad de los padres. Pero aquí os digo que sobre las leyes humanas están las leyes divinas, y que éstas nos mandan honrar y obedecer á nuestros padres.

Si os hallaseis, por desgracia, en el caso, raro siempre y siempre remoto, de que gravísimas

consideraciones os impulsen á casaros contra la voluntad de vuestros padres, no os hagais vosotros jueces exclusivos de la gravedad de estas consideraciones; sino que debeis someterlas á la censura prudente de vuestros confesores, y ellos os dirán qué es lo que verdaderamente conviene á vuestro interes en este mundo y en el otro. Dejáos guiar en todo de ese fiel amigo, y segundo padre que la Iglesia os da en el director de vuestras almas; y estad seguros de que, si entónces no saliere todo á medida de vuestro deseo, saldrá siempre lo más conforme á la voluntad de Dios, que es lo que más os interesa.

Hecha ya esta advertencia preliminar, aquí llega naturalmente la sazon de recordaros cuanto os dejo dicho en el capítulo sobre *la galantería*. Nunca necesitais más seguir las reglas de prudencia, de castidad, y de público y privado decoro, que en vuestras relaciones con la mujer á quien destineis para esposa vuestra.

Y ante todo, os digo que mucho os aprovechará para esto el no ligaros en edad temprana con el vínculo de esas relaciones que se llaman *amores* en el mundo. Si es evidente que un jóven cristiano ofende á Dios cuando dirige á una mujer miradas ó palabras ó pensamientos que no sean de modo honesto y con honesto fin; siendo igualmente claro que en todo este negocio no hay otro fin honesto sino el matrimonio, claro está que no debeis dirigiros á una mujer,

ni aun con este fin honesto, sino cuando realmente os halleis en edad y posicion de casaros. Pues bien, esta edad y esta posicion no llegan para vosotros sino cuando vuestra juventud, perfecta ya y madura, ha tocado el punto en que podeis ser buenos padres de familia.

Terminada la carrera que hayais emprendido, aseguraos de que vuestra profesion, arte, ciencia, oficio, ó cualquier otro medio lícito de subsistencia que hayais escogido, os bastan para el decente mantenimiento de vuestra casa y familia, conforme á vuestra clase y condicion: esperad sin impaciencia á que se desenvuelvan plenamente las fuerzas de vuestro cuerpo y de vuestro espíritu, y entónces ya podréis pensar en unir á vuestra suerte la suerte de una mujer honrada.

De lo contrario, ¿qué sucede? Que, enamorado el mancebo ántes de que le apunte el bozo, disipa el tiempo, la salud y todas sus facultades en galanteos frívolos, y en amoríos sentimentales de comedia, que ajando su juventud, y marchitando la primavera de su virilidad le convierten á los veinticinco años en casi un viejo, consumido por el hastío de goces prematuros, vicioso, holgazan, enfermizo, inútil á la patria, ridículo ante los hombres, perdido para Dios.

Estos enamoramientos tempranos son malos de todas maneras: malos si no se terminan pronto en boda, porque disipan, envician y corrompen; peores si se terminan pronto en boda, por-

que de estos matrimonios en agraz suelen resultar ordinariamente guerras domésticas, divorcios escandalosos, fortunas arruinadas, generaciones entecas, familias desconcertadas, casas perdidas.

Esperad, pues, á ser hombres perfectos, hijos mios, ántes de abrazar un estado que pone, por decirlo así, el sello á la perfeccion del hombre; esperad á ser ciudadanos ántes que padres de familia, y no os metais á cosa tan grave como es gobernar una casa y educar hijos, miéntras las leyes civiles no os dejan siquiera administrar vuestros propios bienes.

Pero ¿llegasteis ya á edad y posicion en que os conviene realmente seguir la vocacion que teneis de casados? Pues, amados mios, ojo avizor y mucho sentido para ver lo que se hace, porque ahora entra la parte más delicada de este asunto, es decir, la eleccion de compañera.

Sin poderlo remediar, al llegar á este punto, me acuerdo de una seguidilla que durante mis mocedades oí una vez cantar á la puerta de un meson de Extremadura:

El que quiera jarales,
Trepe á la sierra:
Sólo en el valle nacen
Las azucenas.
Quien busca espinos,
Se pinchará en las zarzas
El colodrillo.

—¡Muchas gracias! dije para mis adentros oyendo al cantador: si alguna vez me da tentacion de casarme, tendré presente la coplilla.

Jóven cristiano: ¿quieres doncella honesta, que sea esposa cristiana, y buena madre de tus hijos? Pues no la busques donde el mundo necio y vano ostenta, como en un bazar de esclavas, sus preciadas beldades. No la busques ni en el paseo público luciendo desenvoltura, ni en el brillante sarao trenzando *polkas*, ni en liceos ó academias echándola de *marisabidilla*. La doncella cristiana ama instintivamente la oscuridad y el retiro, como que en el ejemplo purísimo de la Reina de las doncellas, María Madre del Salvador, tiene bien aprendido que *sólo en el valle nacen las azucenas*.

Y no te acuite el miedo de que, por estar escondida esta flor de cristiana virginidad, que vas buscando, te será imposible dar con ella: no lo temas: la modestia, la virtud, la pureza, como todas las cosas realmente bellas, tienen un perfume de tan extraña y privilegiada condicion, que miéntras huye del que no las busca, ni las merece, se derraman en alas de todos los vientos para penetrar todos los sentidos del que las comprende y las desea. Pide tú á Dios buena esposa, y Dios te pondrá en el camino de que la encuentres.

No es esto decirte que, confiado solamente en la Providencia divina, te eches á dormir es-

perando la buena; porque en éste, como en todos los negocios de la vida, es preciso llevar en cuenta aquello de «á Dios rogando, y con el mazo dando». Para que no creas, pues, que te dejo entregado nada más que á tu buena estrella, óyeme estas brevísimas reglas prácticas.

De buen tronco, buena rama sale: de cristianos y honrados padres, salen las hijas cristianas y honestas. Doncella que ha visto en su casa ejemplos constantes de órden y de virtud, ya tiene adelantado lo más para ser virtuosa y ordenada. Averigua tú dónde están estas casas, y allí están esas doncellas. El negocio no es muy difícil; porque la casa honrada, por muy oculta que esté, tiene siempre en su frontispicio un letrero que sabe leer claramente quien lo mira con ojos honrados.

En esas casas se sabe bien lo que cumple á una doncella bien criada. No se pone todo el conato en enseñarle á vestirse con elegancia, á tocar el piano con primor, y cantar romanzas de Bellini, á hablar con perfeccion todas las lenguas, á manejar, en fin, las armas de coquetería que hoy dia suelen casi exclusivamente llamarse prendas de una jóven bien educada. No se le permite acostarse á las tres de la mañana, rendida de hacer piruetas en un baile, ó gorgoritos en un concierto, para dejarla levantarse al siguiente mediodía, y pedir durante horas enteras á su tocador el modo de reparar los estragos

hechos en su cuerpo y rostro por el desórden de su vida. No se le consiente devorar folletines, novelas y dramas que exalten su imaginacion, que despierten sus pasiones, y que le enseñen por principios el impudor y la vanidad. No se le deja elegir libremente amistades de jóvenes de ambos sexos, que rematen y perfeccionen la obra de corrupcion empezada por las lecturas. No se le deja ser indiferente ó extraña á prácticas de piedad sincera é ilustrada; porque en aquella casa se sabe bien que la mujer que no está con Cristo, está con Venus. No se le hace creer por todos los medios del mundo que una jóven no tiene otra cosa que pensar sino en pescar á un marido rico y rico y rico, y nada más que rico.

Se le enseñan, sí, aquellas artes de adorno y aquellas habilidades, propias de su clase y condicion social, que le basten para cultivar su entendimiento, formar su buen gusto, y ocupar sus ocios en honestos recreos. Se le inspira desden hácia las pueriles vanidades de un lujo inútil, y se la acostumbra á adornar su persona con sencillez, con gracia, limpieza y decoro, sin coquetería. Se la habitúa á conocer, á dirigir y á ejecutar por sí misma todos y cada uno de los pormenores que constituyen el gobierno interior de la casa, y las atenciones ordinarias de la familia. Se le entregan libros escogidos de sólida piedad, y de instruccion útil, que satisfagan jus-

tamente la sensibilidad de su corazon, y la inevitable curiosidad juvenil de su espíritu, apartando de sus manos toda lectura que próxima ó remotamente contribuya á empañar su pureza, ó á disipar su imaginacion con frivolidades. Se le inspira temor de Dios, devocion tiernísima á la Madre de pureza. Se le inspira entusiasmo por su fe, amor á su patria, cariño á su familia. Se le infunde caridad prudente, continua, eficaz para con los pobres y menesterosos. Se le enseña horror á todos los vicios, indulgencia para juzgar y sufrir las flaquezas humanas, resignacion en sus propios trabajos, enfermedades y afanes; dulzura sin empalago, candor sin imprudencia, recato sin afectacion, religiosidad sin mogigatería.

Así se educa á las doncellas en las casas cristianas: de las doncellas educadas así, salen las buenas esposas. A buscarlas, hijos mios: algo ha de costar lo que mucho vale. Pero ¡cuidado! á buscarlas con prudencia, sin comprometer su buena fama, sin espiar como un ladron sus ventanas y balcones, sin humillarlas con el indecente mensage de un billetito entregado por una camarera entrometida ó por un criado zafio. Si en el primer paso le faltais al respeto, ¿qué cosa buena podeis esperar de los demas?

En este punto, no es posible daros reglas más circunscritas. Si sois cristianos, si sois honrados, bien sabeis cuánto se debe á una mujer honra-

da; y si esa, ademas, es la que destinais para mujer vuestra, cuidad de acercaros á ella de modo que ni Dios tenga por qué ofenderse, ni sus padres por qué reconveniros, ni ella por qué avergonzarse, ni por qué arrepentiros vosotros. Lo mejor sería que en este asunto dierais intervencion á vuestros padres mismos, ó si no, á un pariente ó cualquier persona de respeto para vosotros y para la familia en que hayais hecho vuestra eleccion.

Nada más puedo ni debo deciros en esto. Pureza de intencion, decencia de costumbres, prudencia, recato en todo; y el Angel de vuestra guarda hará lo demas. Ya veis: para un negocio de amores, no os doy mala recomendacion: la mejor que cabe entre cristianos.

XLIII.

EL PAN DE LA BODA.

Y ahora que te supongo ya en libertad plena de ver y hablar á la que ha de ser tu esposa, cuida muy mucho de cómo la tratas, y no vayas á figurarte que tienes ya carta blanca para tomarte con ella familiaridades que á ti mismo, respecto de otra mujer, te parecerian licencias pecaminosas. Antes al contrario, por lo mismo que esa jóven va á ser esposa tuya, es menester

que redobles para con ella el recato, la prudencia, el cristiano respeto que debes á todas las demas.

No por estarte ya prometida, deja para ti de ser mujer ajena, y lo que es más sagrado todavía, vírgen ante Dios, ante los Angeles y ante los hombres. Dios, fuente de toda pureza é integridad, la mira con ojos celosos, y se complace en ella, porque tiene su habitacion en aquella alma pura; y ¡ay del profano que irreverente ose enturbiar la clara esplendidez de su celestial morada! Una palabra, una mirada, un hálito bastan á marchitar esas rosas virginales, haciendo que de su tallo quebrantado broten lágrimas de vergüenza y de amargura. Mira y remira, pues, muy mucho cómo te acercas á ella, cómo le hablas, cómo la contemplas.

Oye bien esto que te digo: en estos dias que preceden á tu boda, estás echando el cimiento de la angélica felicidad ó de la infernal desventura que han de seguir á tu matrimonio. Cuando esa mujer sea ya tu esposa, tú no podrás amar lo que no estimes; y ciertamente no estimarás lo que no ha sabido ser bien guardado.

Pero la mujer es mujer, jóven cristiano; y si tú no eres el primero en respetar su flaqueza, en inspirarle con tu respeto mismo una idea elevada de su dignidad de doncella y de cristiana, cúlpate á ti en primer lugar si, recordando un dia, cuando ya seas esposo, deslices ó flaquezas que

tú mismo provocaste, sientes oprimido tu corazon por desconfianzas y recelos que ahuyenten de tu alma la paz, y de tu casa las virtudes.

No tengas, pues, por exagerado el consejo que te doy de que evites como un mortal peligro el ver ni hablar á tu prometida sino en presencia de sus padres ó ante las gentes de su casa. Ni el amor más acendrado, ni la ternura más exquisita están reñidos con la castidad y el decoro; ántes al contrario, tal es en este punto la eficacia divina de las virtudes cristianas, que ellas solas casi bastan para quitar á la ternura lo que tiene de quebradizo, y al amor lo que tiene de concupiscente.

Para obviar mejor todo género de peligros en que puedan empeñarte el amor y la juventud, lo más acertado que harás, y lo que muy particularmente te recomiendo, es que, una vez ajustados los esponsales, celebres tu boda lo más pronto posible.

Ponte, hijo mio, á los pies de tu confesor; lava en las aguas de la Penitencia las manchas de tu alma; purifica tu seno para recibir dignamente en él al Rey de cielos y tierra, y pídele que se digne santificar aquel vínculo que vas á contraer en su nombre. Haz lo que te digo, y verás qué dulce tranquilidad, qué serena confianza llevas al altar, donde el Ministro de Jesucristo te aguarda para bendecir tus amores.

Por elevada que sea tu clase en la jerarquía

social, no tengan reparo, si graves y justísimas razones no lo impidieren, en ir públicamente á casarte en la Iglesia del Señor. No sé porqué, entre ciertas clases sociales, se ha dado en el capricho de celebrar los matrimonios en sus casas y á puerta cerrada, como si fuesen un crímen ó una vergüenza. Entiendo que alguna vez este sigilo pueda ser conveniente ó necesario; y claro está que nada tiene en sí de reprensible cuando la Iglesia lo autoriza. Pero condeno que se le adopte sin manifiesta necesidad ó conveniencia, porque lo supongo inspirado por un prurito de vanidad, y por un desden altivo hácia las costumbres cristianas. En el templo del Señor, y para los actos augustos del cristiano, no hay distincion de clases ni jerarquías. Al templo de todos los cristianos debe ir, como todos los cristianos, el que nace, para bautizarse, y el que se casa, para bendecirse.

Ve, pues, al templo, donde todo el mundo te vea; donde á la voz del Sacerdote que te bendice, y á la tuya, y á la de tu esposa, y á la de vuestras familias, y vuestros amigos, pueda juntarse la santa y gigantesca voz del pueblo cristiano, el cual, al verte pasar lleno de modestia con tu esposa inundada de pudor, repetirá con uncion y ternura un *¡Dios los bendiga!* que tendrá su eco en el cielo.

De otra pícara costumbre quiero hablarte, que la moda extranjera ha logrado introducir en

las clases superiores de nuestra sociedad española; y consiste en que, miéntras se está celebrando la boda, suele estarse preparando el equipaje de los recien casados para que inmediatamente, despues de recibir la bendicion, se larguen á correr montes y mares, de diligencia en diligencia, y de ferro-carril en ferro-carril.

¡Bonito modo de poner á tu esposa en posesion de tu casa, y de darle á conocer á tus criados! ¡Buena manera de iniciarla en sus graves deberes, llevársela por Francia, Inglaterra, Alemania, Italia, para que se llene la cabeza de caprichos, y se habitúe á vagar de placer en placer, disipando su corazon y vuestro dinero! ¡No hay duda que volverá bien dispuesta á recogerse en el retiro de tu casa para cuidar, como debe, de las mil y mil minuciosidades encomendadas á una esposa solícita y diligente!

En verdad que si durase hoy en los españoles el ardentísimo amor patrio de otros tiempos, á ménos tendrian nuestros recien casados de familias distinguidas, el que, en vez de ser concebidos sus primogénitos bajo el techo de sus padres y en el sagrado tálamo de sus casas solariegas, lo fuesen, como hijos de proscriptos ó de gitanos, en el suelo extranjero, y bajo el profano albergue de fondas y hospederías.

Si lo que se pretende con estas importunas viajatas es libertarse por algun tiempo de las visitas, nò siempre agradables, y de los parabie-

nes, no siempre limpios, de amigos y de parientes, váyanse enhorabuena los recien casados á respirar una temporada el aire libre del campo; y allí, rodeados de sus familias, coman en santa paz doméstica *el pan de la boda.*

Pero cómanlo en manteles de castidad, y condimentado por el recato, si quieren que sea pasto nutritivo de su felicidad futura. Mídase y compártase con cristiana prudencia aquel justo medio, que no dejarán de hallar los recien casados si son cristianos y prudentes, entre las extremadas melosidades sentimentales de un amor de novela, y la sobria manifestacion de afectos sinceros y suaves.

Sea el jóven cristiano, y continúe siendo perpetuamente, tan dulce, respetuoso, obsequioso y solícito con su mujer, cuanto cumple á lo que de un hombre bien nacido y de un esposo cristiano exige su honrada compañera. Ámela con sinceridad, y trátela tan afablemente que no le dé lugar á juzgarse desdeñada por su marido; tenga en cuenta siempre que la mujer es de suyo una criatura de tan delicada condicion, que el desvío y abandono le entristecen y amargan tanto como le contentan y lisonjean el bien entendido amor, las finas atenciones, la constante solicitud de su marido.

Mujer satisfecha en su casa, no buscará satisfacciones fuera de ella. La fidelidad de la mujer es el primer eco que responde á la afabilidad

del marido. La fidelidad del marido es la más segura prenda de la castidad de su mujer.

Para que jamas falten ni se disminuyan estas *condiciones esenciales* de la felicidad conyugal, y de la paz doméstica, cuide mucho el esposo cristiano de moderar la expansion de sus afectos, durante el pan de la boda, de modo que no se abandone á confiar á su mujer todos y cada uno de sus actos y pensamientos; pues esta confianza, que en sí nada tiene de mala, puede tener que limitarse por mil razones, andando el tiempo; y si la esposa llega á notar que hay para con ella reservas, que pueden ser hasta necesarias (por ejemplo, si el marido es hombre de Estado), fácilmente entrará en sospecha, ó de que se ha perdido la fe en ella, ó de que se ha disminuido el amor con que se la trataba. Ambas sospechas pueden ser un principio que altere la paz del matrimonio, y que acrecentado por el menor suceso, por la más inofensiva genialidad, por el descuido más inocente del esposo, traigan en pos de sí desabrimientos incómodos, luégo desvíos, luégo guerras, y al cabo escándalos y desgracias.

En resúmen, hijo mio: tu mujer es una flor criada en el jardin de su casa paterna, y cuyo cultivo queda encargado á tu amor y vigilancia: las hojas más preciadas que constituyen esta flor, son la piedad, la castidad, la fidelidad y la dulzura: en vano querrás que se conserven resguar-

dadas de hielos y de ardores y de insectos venenosos, si tú, que has de cuidarlas, las abandonas, las desdeñas, les prestas escasa atencion, y te desentiendes de lo mucho que importa á tu felicidad el conservarlas sin que se aje su tersura ni se disipe su perfume.

Pero tambien te añado que serán inútiles todos los cuidados y esmeros que consagres á mantener la piedad y castidad, la fidelidad y dulzura de tu mujer, si tú mismo no le das ejemplo de estas virtudes. Y te digo, por último, que este ejemplo no le darás, por mucho que sea tu talento, si esas virtudes no tienen raíces en tu corazon.

Sé tu piadoso, casto, fiel, dulce, y ya tienes adelantado lo más para que tu mujer lo sea. Ella respetará y amará y practicará una Religion que ha aprendido en casa de sus padres, y á la que su marido respeta, ama, y la practica. No será ella ciertamente la primera en quebrantar los hábitos de castidad que ha llevado á tu tálamo, si constantemente ve en tus actos y palabras que tú los estimas y practicas. Ella, contenta y satisfecha de tu fidelidad, sin celos que la fatiguen, sin humillaciones que la irriten, ni concebirá siquiera el más leve deseo de hacer ni decir á ningun hombre del mundo cosa ni palabra de que tu honra pudiera pedirle cuenta. Ella, en fin, acostumbrada á ver en su esposo un ánimo siempre igual, un rostro siempre afable, te mirará,

no como á dueño tiránico, ni como á juez severo, sino como amigo y hermano.

Por lo que la experiencia enseña, concluyo asegurándote que la mujer, soltera ó casada, en todos tiempos y latitudes, suele no valer más ni ménos que lo que vale el hombre á cuya guarda y autoridad está confiada. Ser débil y delicado, necesita proteccion constante, y prudente indulgencia. Sus vicios son casi siempre culpa de los hombres; y sus virtudes, á poco que se funden en el gran principio de la gratitud, llegan á ser heróicas.

A santificarte, pues, jóven esposo cristiano; á fundar una familia que aumente el tesoro de las virtudes de la patria; á protestar, con el solo ejemplo de tu casa, contra la depravacion del siglo. Dios, por mano de su Iglesia, te ha dado esa mujer para que juntos ganeis el cielo. Emprended, pues, en paz el viaje que juntos perpetuamente habeis de hacer en la vida, y sed tales el uno para el otro, que merezcais ver confirmada y sellada vuestra union en el Paraíso con vínculos gloriosos que ya no desate la muerte.

CONCLUSION.

Hemos llegado, queridos mios, al fin de nuestro viaje. No permita Dios que en ninguna de las jornadas que juntos hemos andado, os haya parecido molesta mi compañía. Grato camarada y deleitoso amigo me he propuesto ser para vosotros, no censor regañon, ni impertinente consejero.

Si alguno de vosotros ha podido alguna vez mirarme con airado ceño, y escuchar con enfado mis sencillas advertencias, culpad, hijos mios, no á mí, sino al triste y desolado aspecto de la tierra que nos ha tocado atravesar. Hemos caminado incesantemente á la orilla de precipicios, y al través de lastimosas ruinas: no extrañeis, por tanto, si agitado unas veces por el temor, y otras veces angustiado por la tristeza, os he molestado continuamente, ora con alarmas que os avisaran del peligro, ora con ayes que os movieran á provechoso escarmiento.

Harto más dulce y mucho ménos fatigoso me habria sido el llevaros por sendas de flores, y presentaros á cada instante la copa de las delicias. Pero yo no os he convocado para un viaje de recreo: nuestra santa Religion llama *valle de lágrimas* á la vida humana; y al condu-

ciros por en medio de esta mansion de llanto, no ha sido posible mostraros placeres que no hay en ella.

Y sin embargo, hijos mios, bien habeis podido conocer que, en medio de las oscuras tinieblas y de las inevitables luchas á que nuestra mortal condicion nos condena, hay puntos luminosos, y lugares de descanso, donde puede hallar sendas iluminadas, y momentos de reposo el que sinceramente los quiera y con sencillo corazon los busque.

Está la *fe* salvadora que ilumina las sombras de nuestro entendimiento, y endereza el vuelo de nuestra razon hácia la morada purísima en que tiene puesto su trono el Dios de la Verdad.

Está la *esperanza*, que va perpetuamente poniendo ante nuestros ojos las promesas infalibles de una futura dicha sin estorbo y sin término, y enderezando nuestro espíritu á las regiones donde con los brazos abiertos lo aguarda, para glorificarlo, el Dios de la Misericordia.

Está la *caridad*, copioso fruto de la *fe* y de la *esperanza*, que inundando nuestro corazon de amor á Dios y de amor á los hombres, dulcifica la amargura de nuestras lágrimas, nos pone en comunicacion con el cielo, y nos da en la tierra como una posesion anticipada del Dios de la Bondad.

Está, en fin, y por decirlo de una vez, amados mios, la divina Religion cristiana, que nos

da el *temor de Dios como principio de toda sabiduría*, y que por el camino de la humildad nos lleva á ser partícipes y coherederos de la gloria de los Santos. Está la Iglesia de Jesucristo, puesta por el mismo Dios en medio de nosotros, para ser perpetua maestra de la verdad que nos ilumine, dispensadora de la fuerza que nos restaure, y de la gracia que nos santifique.

Todas estas voces celestiales os están diciendo con acento jamas interrumpido: «Amaos los unos á los otros como os ama el Padre celestial». Y esto es lo último que yo tambien os digo al separarme de vosotros ¡oh jóvenes cristianos! Amaos los unos á los otros: el mundo está sediento de amor, y por el amor solo ha de quedar su sed apagada.

Llena teneis á nuestra pobre España de odios y de preocupaciones: miradla con ojos de cristianos; y pues ella espera mucho de vosotros, haced porque en el ejemplo de vuestra union, de vuestra hermandad en Jesucristo, aprenda á restañar la sangre que brota de tantas heridas mortales como ha recibido en estos últimos tiempos.

Yo os encomiendo, por fin, amados de mi corazon, y os pido que tambien me encomendeis á la Reina de los Ángeles, para que por su poderosa intercesion logremos reunirnos de nuevo en donde ya no tengamos que separarnos nunca.

¡María, Madre de Dios y Madre de los hombres, Vírgen inmaculada, salud de enfermos, refugio de pecadores, consuelo de afligidos, auxilio de los cristianos! Bajo tu especial amparo pongo á la juventud de mi patria. ¡Madre de Misericordia! ¡ruega por ellos y por mí!

A. M. D. G.

ÍNDICE.

	Páginas
PRÓLOGO DEL EDITOR.	V
INTRODUCCION.	15
I. Creencias religiosas	19
II. Prácticas religiosas	22
III. Los despreocupados	24
IV. Plan general de vida	30
V. La oracion cotidiana	33
VI. La frecuencia de Sacramentos	37
VII. La eleccion del director de conciencia.	41
VIII. El trabajo cotidiano	45
IX. Sobriedad y templanza	50
X. Peligros	54
XI. Petulancia	62
XII. Pedantería	68
XIII. El espíritu de contradiccion	74
XIV. Ingeniosidad	79
XV. Las almas de vidrio	84
XVI. El duelo	87
XVII. El verdadero valor	93
XVIII. Afeminacion	100
XIX. La galantería	106
XX. Músicas y danzas	115

XXI. Paseos públicos..... 127
XXII. Visitas..... 131
XXIII. Cafés y casinos..... 136
XXIV. El juego..... 142
XXV. Corridas de toros..... 147
XXVI. Teatros..... 150
XXVII. Los viajes..... 162
XXVIII. Estudios y lecturas..... 173
XXIX. Filosofismo..... 178
XXX. Literatura, Bellas artes..... 190
XXXI. Las ciencias naturales..... 201
XXXII. Sectas y sectarios..... 214
XXXIII. Racionalismo..... 216
XXXIV. Protestantismo..... 222
XXXV. Los malos católicos..... 231
XXXVI. La política..... 234
XXXVII. Un grave peligro..... 246
XXXVIII. La voz de la Iglesia..... 253
XXXIX. El suicidio..... 260
XL. La eleccion de estado..... 269
XLI. Vocacion eclesiástica..... 273
XLII. Antes que te cases..... 282
XLIII. El pan de la boda..... 292
CONCLUSION..... 301